OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR

MISS REGINA-MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR

D. CÁRLOS JOSÉ MELCIOR.

TOMO IV.

CON LICENCIA.

BARCELONA, POR JUAN DORCA.
AÑO 1819.

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS

DESCENDIENTES DE LA ABADIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

La debilidad de Amanda junto con el mareo del que sufria mucho, la obligaron á meterse á la cama entrando en el Paquebot, y de este modo hizo la travesía. Al segundo dia desembarcó y fué á alojarse al meson de la marina. Al momento envió un comisionado para que le tomase un asiento en la diligencia que debia pasar á algunas millas de Carberry-Castle. Vinieron á decirle con la mayor satisfaccion que podria marchar con aquel carruage; cuyo modo de viajar era el mejor para ella que no tenia criado. Despues de tomar algunos refrescos, entró en el coche. Ella partió á las onze de la noche con un caballero viejo, que se cubrió sin cumplimiento con un gran gorro de lana,

abotonó su redingot, y durmió con un profundo sueño. Este era justamente el compañero de viage que necesitaba Amanda, pues no la fatigó con una insípida conversacion, ó con preguntas impertinentes, y la dejó entregada á sus meditaciones durante todo el viage. El segundo dia hácia las cuatro de la tarde llegó á la poblacion mas vecina de Carberry-Castle, en donde dejando el coche tomó una silla para llegar la misma tarde á juntarse con su Padre.

Estaba ella en una gran inquietud. Temia la impresion que hária á su Padre la narracion de todo lo que habia sufrido, y que no podia ocultarle: temia que no tuviese ya algun conocimiento de ello. Sin embargo reflexionando en el valor que habia manifestado en sus pasadas desgracias, se lisongeaba que soportaria las nuevas con la misma constancia, y ella misma ayudaria á sostener y cerrar las heridas de su corazon. Ah! se decia á sí misma, cuando volveré á encontrarme en sus brazos, ciertamente nada me arrancará de ellos, ni me hará volver á entrar en un mundo perverso, en donde mi reposo y mi reputacion han recibido tan terribles golpes. Así fluctuando entre el temor y la esperanza, seguia Amanda el camino de Carberry-Cast-

le; pero el primero de estos sentimientos era el dominante.

La oscuridad de la tarde ayudaba á su abatimiento. Las nubes bajas y sombrías anunciaban una tempestad, y caía una lluvia mezclada con nieve. El aspecto de la campiña era frio y triste; las chozas parecian á Amanda mas miserables que no las habia visto en su juventud: sus pobres habitantes juntaban á sus animales errantes por fuera para ponerlos á cubierto: los trabajadores se apresuraban á entrar á sus casas, miéntras que el criado del arado silvando conducia su yunta. Las olas del mar se levantaban, y al acercarse á la costa Amanda las oia reventar con furia contra las rocas.

Ella estaba en una estrema debilidad. Su calentura no le habia dejado del todo cuando dejó la casa de Howell, y habia tomado incremento con la fatiga y falta de dormir. Solo el reposo podia restablecerla.

A corta distancia del castillo hizo parar la silla, y la despidió, á fin de poder entrar sin ruido, y hacer preparar á su Padre por algun criado. Para este fin tomó en el bosque un sendero que la conducia á su casa. Ella dió un golpe á

la puerta con la mano mal asegurada, y oyó que la aldava habia difundido su ruido en el interior inhabitado, y nadie venia. En las ventanas no parecia luz alguna. La lluvia y el viento continuaban con violencia y apenas podia tenerse en pié. En fin despues de haber esperado inútilmente, se acordó de una pequeña puerta trasera que conducia á una habitacion para los criados. Ella se fué por allí y encontró la puerta abierta. Siguió por un largo corredor hasta la cocina, donde encontró la vieja muger del Conserge delante de un gran fuego de turba. Oyendo andar, ella se volvió, y viendo á Amanda, dió un grande grito, y manifestó todos los síntomas de un estremo espanto.

Qué! mi buena Kate, le dijo Amanda, sois vos que os espantais de verme? O Vírgen santa! esclamó Kate haciendo la señal de la cruz, ¿ como quereis que no lo esté, viendo llegar tan repentinamente á uno que no se espera? Cómo se halla mi Padre? dijo Amanda. Ha! dijo Kate, el pobre querido capitan, despues de vuestra partida ha tenido muchos disgustos. Está malo? preguntó Amanda. Malo, sí, tiene motivos para estarlo: pero mi querida Miss Fitzalan ¿qué no

sabeis lo que ha sucedido despues que nos dejasteis? No, dijo Amanda.

Dios os sea en ayuda, continuó Kate; pero mi querida Miss, sentaos en este pequeño taburete, y calentaos, pues estais pálida y abatida de frio, y os lo contaré todo. Sabréis pues que ha cerca de tres semanas que mi marido trajo al capitan una carta del correo; él conoció bien por el sello que venia de Inglaterra, y cuando volvió á la cocina me dijo: Kate, el capitan ha recibido cartas que le darán gusto, pues tendrá noticias de Miss, estoy seguro. Ah! tanto mejor le dije yo; pues sabréis, mi querida Miss, que él estaba muy triste algunos dias hacia. Pues bien, yo tenia la costumbre, todas las veces que recibia carta de Inglaterra, de ir á su cuarto luego que la habia leido, para saber noticias vuestras. De manera que me puse un delantal blanco, y fuí á verle en la sala que se encontraba. Y bien Señor, le dije, yo espero que tencis buenas nuevas de Miss Fitzalan.

El Capitan estaba sentado, y con la carta abierta encima de la mesa. Tenia el pañuelo á los ojos que se quitó para hablarme, y le ví pálido y trastornado. Esta carta, me dijo él, mi buena Kate,

no es de mi hija; pero estoy contento que hayais venido, pues tengo algunas cosas que deciros. Es preciso que deje el castillo, y tengo necesidad de ver con vos si todo está en el mismo estado que cuando vine. Arreglaré las cuentas de todos los criados que he tomado, y los despacharé. Yo me aturdí del golpe: Dios nos libre, Señor, le dije, de que nos dejeis así!

El Capitan se levantó de la silla, y se fué á la ventana, suspiró, y ví correr lágrimas sobre sus mejillas. Él se dirigió aun á mi, y me suplicó que hiciese lo que me decia, de modo que oprimido el corazon me fuí á decir á Jonathan estas malas noticias. Él se afligió tanto como yo, pues amaba al Capitan con todo su corazon, no solo por que Mis Fitzalan es un hombre de bien, sino porque es un militar, como mi marido lo ha sido en su juventud, y que un soldado ama á los suyos. Jonathan habia conocido al Capitan en América, y decia que verdaderamente era caballero y un valiente oficial.

El Capitan pues nos dijo que ya no era procurador de lord Cherbury, y como entiende bien de cuentas, prontamente hubo hecho las suyas y las de los cria-

dos, dándoles buenas certificaciones con las cuales seguramente encontraron buena colocacion. En seguida nos dijo que marcharía para Inglaterra al dia siguiente, é hizo todos los preparativos. Pero en aquella noche le asaltó un mal de estómago que creyó morirse; tocó la campana, y por fortuna la oyó mi marido y me hizo levantar. Yo tenia una botella de buen aguardiente que conservaba preciosamente; hize calentar una hortera y se la llevé. Con ello se alivió; pero á la mañana fué menester renunciar el ponerse en camino, lo que le disgustó mucho. Sin embargo se levantó, y escribió muchas cartas que Jonathan trajo al correo, hizo su maleta y puso su sello sobre la secretaría. En seguida nos declaró que no quería quedarse un momento mas en la casa, y habiendo Jonathan vuelto del correo, se apoyó sobre su brazo, y fué á tomar un alojamiento en casa de Thady-Bryne, á quien conoceis.

Consternada Amanda por esta relacion, y pronta á desmayarse esclamó: Dios de bondad, sostenedme en este momento de tan terrible prueba; dadme fuerza para socorrer á mi desgraciado Padre! Las lágrimas acompañaron tan fervorosa oracion, y su voz estaba sufocada por sus suspiros.

Ay! dijo la buena Kate, no os afli-jais tanto, mi querida Miss; no perecen todos los que estan en peligro, y uno deja mas pescado que no coje; aunque hoy llueva, puede hacer buen dia mañana. Vuestra sola virtud hará un bien al Capitan. Vamos, tranquilizaos; yo os daré para cenar escelentes patatas que se cuecen en esta olla, y manteca fresca batida, y miéntras comeréis un bocado Jonathan podrá volver de la ciudad á donde ha ido á buscar carne para comer el domingo, y entónces yo misma os conduciré á casa de Thady.

Oh! no, mi buena Kate, dijo Amanda; es preciso que vaya al momento al lado de mi Padre; cada momento de tardanza es un siglo para mí. Yo le he descuidado demasiado, y demasiado tiempo le he dejado solo, y sin un amigo que pueda consolar sus penas. Oh, mi Dios! dijo ella levantando sus manos juntas al cielo, haced que no llegue demasiado tarde!

Inútilmente la instó Kate que esperase la vuelta de Jonathan. Su impaciencia de ver á su Padre le hacia contar por nada el inconveniente de ir sola en una noche negra y borrascosa: Kate, no pudiendo detenerla, la condujo á la puer-

ta, asegurándole que luego que Jonathan estaria de vuelta, ella iria á casa de Thady: Amanda se lo agradeció apretándole la mano. Enferma, débil y desalentada se habia lisongeado encontrar al lado de su Padre el socorro, el apoyo y los consuelos, y ahora debia tributar á su corazon despedazado de dolor todos sus cuidados ó á lo menos procurárselos. Hasta entónces habia esperimentado grandes desgracias; pero aun no habia conocido los horrores de la pobreza. Hasta entónces habia tenido un asilo; en el dia no solo le faltaban los medios de procurarse uno, pero ni aun podia acudir á sus primeras necesidades.

Esta situacion le era aun mas penosa por su Padre que por sí misma. Si ella hubiese podido serle de algun socorro, esto solo habria endulzado su propia situacion; pero por esta parte no tenia esperanza alguna. Su Padre hacia poco tiempo que estaba encargado de los negocios de lord Cherbury, y no habia podido hacer ningun ahorro, siendo deudor á este aun ántes de encargarse de la administracion de Carberry-Castle. Ella no conocia á nadie á quien pudiese su padre dirigirse en gus necesidades. Lord Cherbury le habia ayudado hasta

entónces; pero era claro que Fitzalan habia perdido su amistad, pues que cesaba de ser empleado por él. La desgraciada Amanda no veía pues medio alguno de escapar de la miseria, de este monstruo hambriento, pronto ya á alcanzarla.

La tempestad habia llegado á ser aun mas violenta; pero era nada en comparacion de la que agitaba el seno de Amanda. Las olas se estrellaban con furor contra las rocas y los espíritus marítimos se ponian colorados. La lluvia caía á torrentes, y traspasó luego los ligeros vestidos de Amanda. Tenia media milla que andar por un camino escabroso teniendo á un lado una cordillera de rocas, y al otro campos despejados y desiertos. Conocia á los habitantes de la casa en que su Padre se habia retirado, que eran de los mas pobres de la aldea. Los habia dado á su llegada á Carberri-Castle algunos socorros que les habia sacado de una grande miseria. Pero aunque su casa fuese una de las mas habitables, con todo era aun una pobre habitacion; sin embargo Amanda se encontró feliz de llagar á ella, pues la violencia de la tempestad y la soledad del camino la habian llenado de terror. La

casa estaba muy cerca de la costa del mar, y tenia dos ventanas que daban frente á él; de un costado un monton de turba, y del otro un techo para los cerdos. Los contravientos estaban cerrados para preservar las ventanas; pero por entre las hendiduras Amanda vió luz y se convenció que estas gentes aun no estaban acostadas. Temia comparecer demasiado repentinamente á los ojos de su Padre, y se detuvo á la puerta para pensar un medio de ahorrarle una sorpresa demasiado fuerte. En fin se determinó á golpear con poca fuerza, y en seguida se retiró algunos pasos penetrada de frio y empapada de lluvia. Abrieron, y compareció un muchacho á quien reconoció por hijo de estas pobres gentes; ella le hizo seña con el pañuelo; él titubeó un poco y temia acercarse, cuando llamándole por su nombre le aseguró, y aproximándose se admiró mucho de verle. Ella le preguntó noticias de su padre; el muchacho le dijo que estaba malo y que en este momento dormia. Le dijo ella que entrase primero, y previniese á sus Padres para que no hiciesen ruido cuando entraria. Él ejecutó sus órdenes y ella entró.

Amanda encontró al padre de fami-

lia soplando un fuego de carbon de turba, sobre el cual habia una grande marmita de patata. Tres niños andrajosos estaban al rededor, esperando con impaciencia su cena; su madre hilaba, y la abuela hacia el pan. El aposento era pequeño y embarazado. La mitad de la familia se acostaba en el piso inferior, y la otra en un camaranchon, al que se subia por una escalera, y en el cual una numerosa volatería se recogia familiarmente y cloqueaba al menor ruido que se hacia. El aposento que habitaba Fitzalan estaba separado al piso de tierra por un ligero tabique de tablas, entapizado de crucifijos é imágenes de santos.

Seais bien venida, mi buena Señora, dijo la dueña de la casa á Amanda. Bryne se levantó, y le ofreció su pequeño taburete cerca del fuego; su muger olvidando las obligaciones que tenia á Amanda parecia creer que no le debia los mismos respetos que quando Mr. Fitzalan habitaba en el castillo; pues no se levantó, ni interrumpió un momento su labor.

Con qué mi pobre Padre está malo? dijo Amanda. Ah! Ah! dijo ella, dando vueltas al torno, el Capitan ha tenido

malos ratos: ciertamente su fortuna ha cambiado mucho; pero las gentes de vuestra especie deben esperar esto, lo mismo que nosotros pobres; y yo no sé porque esto deba suceder de otra manera, supuesto que somos de la misma pasta que ellos. Nuera, le dijo Bryne, yo me admiro que hableis así á esta pobre Señorita.

El corazon de Amanda estaba oprimido de dolor; ella se sentia sufocada, se levantó, abrió la puerta y encontró algun alivio á respirar el aire fresco, y á dejar correr sus lágrimas. Pidió despues un vaso de agua. El vaso no era cosa que pudiese procurársele fácilmente. Bryne le dijo que le seria mejor beber un jarro de leche; pero lo reusó y le trajeron el agua.

Amanda superó su repugnancia de hablar á la impolítica Mistris Bryne, y le consultó sobre el mejor modo de presentarse á su padre. Mistris Bryne le dijo que estaba en cama de algun tiempo á esta parte, pero no habia tenido sino un sueño interrumpido: que ella entraria en el aposento, y veria si estaba despierto. Entró en efecto, pero salió diciendo que dormia aun. Amanda deseó verle durmiendo para juzgar mejor de

su estado: con este fin se adelantó poco á poco en el aposento. Este era pequeño y bajo, alumbrado por la débil luz de una vela, y por un poco de fuego medio apagado. Los muebles eran pobres; en un rincon habia una camita de madera sin cortinas, y sobre este ruin lecho, y bajo miserables abrigos estaba echado el desgraciado Fitzalan.

Amanda se estremeció poniendo la vista al rededor del aposento, y en este aparejo de miseria. O Padre mio! se decia así misma, es este el solo asilo que habeis podido encontrar! Se acercó á la cama, se inclinó y examinó su cara. El estaba pálido y flaco, su respiracion durmiendo era un gemido, como si su alma hubiera estado oprimida de sus males hasta en el sueño; en un instante hizo algunos movimientos, suspiró y dejó comprender estas palabras: Amanda, mi querida hija, no te volveré á ver mas?

Amanda se apresuró á salir del aposento para ceder á su conmocion, y evitar el sorprender á su Padre. Ella sollozaba, torcia sus manos, y en la amargura de su corazon decia: Ha! he llegado demasiado tarde para salvarle!

Prontamente despues oyeron que Fitzalan se habia dispertado del todo Mis-

tris Bryne entró y le notició con algunas precauciones, que Amanda habia llegado. Dios sea loado, dijo él de modo que lo oyó Amanda; mi querida hija ha vuelto! Ya podréis entrar, dijo Mistris Fryne á Amanda. Esta corrió á él. Fitzalan estaba sentado con los brazos abiertos para recibirla, y ella se arrojó á ellos. Ni uno ni otro tuvieron palabras para espresarse lo que sentian; pero por las lágrimas mas elocuentes que el lenguage, hablaron por ellos. Fitzalan fué el primero que pudo esplicarse. Mi súplica, dijo, ha sido oida; el cielo me ha devuelto á mi hija para aliviar mis penas en la cama del dolor, y endulzar mis últimos momentos!

O Padre mio! esclamó Amanda, si vos teneis piedad de mí, apartad esas horribles ideas. Alentaos por amor de vuestra hija que en este mundo desierto para ella solo tiene á vos por apoyo, por consolador y por amigo. O! sí hija mia, por amor vuestro en efecto quisiera que estos tristes momentos fuesen mas léjos de lo que son.

Él miró á su hija con atencion, observó su semblante abatido, sus facciones alteradas, su color marchito, sus rasgos postrados, y apretándola contra su seno

le dijo: El mundo, mi querida hija, os ha tratado bien cruelmente. O! sí, dijo Amanda.

Bien hija mia, el pensamiento del otro mundo, en donde la inocencia y la virtud encuentran su recompensa, os consuele de las injusticias de este! Aquí ellas muchas veces nos dan á probar la adversidad para purificarnos, como el oro con el fuego: que esta idea sostenga vuestra resignacion y vuestro ánimo en las pruebas á que Dios quiera someteros. Jamas olvideis que solo por su voluntad os llegan las calamidades que os hieren; sufridlas acordándoos de la seguridad que os da, de que vuestra sumision y vuestra paciencia serán recompensadas; que enjugará vuestras lágrimas, y os hará triunfar de la muerte.

Aunque soldado desde mi juventud y viviendo en medio de la licenciosidad de los campamentos, jamas he olvidado al autor de mi ser, y me hallo bien con ello en el dia. Mis amigos me abandonan, el mundo me desdeña, la enfermedad y el disgusto me oprimen; pero la religion me sostiene, y me consuela de lo que he perdido, endulza la memoria de lo pasado, abriéndome la perspectiva de un feliz por venir.

Escuchando los religiosos discursos de Fitzalan, Amanda sintió que se le calmaban sus agitaciones. Sus vestidos estaban mojados. Su Padre la exigió que se los mudase. En el paquete que le habia dado Eleonor, habia ropa blanca y un vestido casero de tela de algon. Ella se vistió en un pequeño gavinete, ó mas bien en un chiribitil contiguo al aposento de Fitzalan. Encendieron un gran fuego, se pusieron mas luces, y sacaron pan y vino de un pequeño bufete que era para el uso de Fitzalan. Su hija comió y bebió, y el mismo tomó de su mano un vaso de vino. El dijo que ya la esperaba de un dia á otro, y que ya habia mandado poner en el aire una cama y ropa para ella, y que esperaba que se contentaria con el pequeño gabinete por aposento.

Ah Padre mio! cómo podeis creer que yo no me hallaré bien á vuestro lado en cualquier parage que sea? Ella le manifestó el pesar de haber turbado su reposo. O! no, esta interrumpcion no me ha sido desagradable, y me ha hecho cesar un sueño penoso y agitado.

Lord Cherbury, dijo él á su hija, me ha escrito una carta que me ha traspasado el corazon. Me acusa de haber tra-

bajado á casaros con lord Mortimer, de haber trastornado sus miras, y de haber abusado en esto de su confiansa y amistad. Yo me he indignado de estas injustas reconvenciones, pero como no las he merecido, me he determinado á responderle al momento, que él habia dado crédito á una calumnia, que le devolvia la plaza que tenia suya, no pudiendo en adelante tener cosa alguna de un hombre que podia creerme capaz de tal bajeza y falsedad. Mis cuentas estaban bien arregladas. Mi intencion era ir á llevarlas yo mismo, y sacar á mi Amanda de una casa que esperimentaba tan malos tratamientos como los que yo acababa de sufrir, y que habia merecido ménos que yo. Una enfermedad violenta y repentina me ha impedido ejecutar mi proyecto. He escrito á lord Cherbury instruyéndole de mi resolucion, haciéndole pasar mis cuentas y los atrasos que le debia. Os he escrito al mismo tiempo enviándoos una pequeña letra de cambio para los gastos de vuestra vuelta aquí, y me he retirado del castillo, creyendo que una residencia mas larga habria degradado mi carácter, haciendo creer que conservaba algun deseo de volver á tomar algun empleo que reusaría

cuando lord Cherbury me le ofreciese de nuevo; pues me creeria culpable de una vileza, recibiendo un beneficio de quien duda de mi probidad. Prefiero mi pobreza á una comodidad que compraria perdiendo mi propia estimacion.

Amanda conoció por la relacion de su Padre, que ignoraba todo lo que habia sufrido en los últimos dias, y que creia habia venido consecuente á la carta que le habia escrito al mismo tiempo que á lord Cherbury. Ella resolvió no desengañarle, á lo ménos ántes que estuviese mejor.

La noche estaba muy adelantada. Fitzalan viendo á Amanda enferma y fatigada, la instó que se fuese á acostar; Mistris Bryne la ayudó á desnudar, y le trajo una hortera de suero, que le daría segun dijo, un buen sueño, le sacaria la calentura, y la pondria en estado de cuidar á su Padre.

Sin embargo su sueño estuvo muy léjos de ser apacible. Fué turbado por horribles imágenes, en las cuales vió la figura pálida y flaca de su Padre paciente; y cuando se dispertaba, oía sus gemidos, que eran otras tantas puñaladas. Ella se levantó dos ó tres veces creyendo que tenia necesidad de algun socor-

ro, y le encontró durmiendo, lo que la convencia que era víctima de un dolor moral, tanto como de un mal físico. Ella misma no se hallaba buena: estaba ajada del carruage, y habia esperado que el reposo le volviera algunas fuerzas; pero á la mañana, cuando estaba dispuesta á tomar un poco el sueño, la gritería de los niños no le permitia cerrar los ojos. Con el temor de que su Padre tuviese necesidad de su asistencia, se levantó. Tuvo mucha dificultad á vestirse por sí misma, tan débil estaba. Encontró á su Padre aun en cama, pero despierto. El le dió los buenos dias con una sonrisa lánguida, y tendió su débil mano diciéndole: que la alegría era enemiga del descanso tanto como el mismo dolor, y que el placer de volverla á ver le habia despertado ántes de lo acostumbrado.

Despues la hizo sentar á su lado, fijó sus ojos sobre ella con una ternura inesprimible, y le dijo: yo os puedo dirigir estas palabras de la santa escritura: Dejadme ver vuestro semblante y oir vuestra voz; pues vuestra voz es dulce y vuestro semblante agradable, y cuando os miro mi alma está trasportada de placer.

La olla estaba ya al fuego. Amanda

acercó á la cama la mesa del té, y le dió su desayuno. Al tomarle de las manos de su hija levantó sus ojos al cielo para darle gracias del bien inestimable que acababa de recibir. Despues del desayuno quiso levantarse, y miéntras se vestia, Amanda salió y se fué al jardin, si se puede llamar con este nombre un pequeño terreno estrecho, plantado todo de verzas y patatas, cerrado de una pequeña pared de piedra seca y zarzas. La primavera principiaba, el dia era hermoso, las nubes se disipaban, y el cielo tenia un azul claro. El verde obscuro de las ojas de la zarza era realzado por el color encarnado bajo de sus flores. Los copos de primaveras crecian bajo su abrigo; la tierra que se levantaba en dulce pendiente sobre el jardin, estaba cubierta de un verdor vivo y fresco, y sembrado de margaritas; y los pájaros volteando de una mata á otra parecia que con sus alegres cantos celebraban y saludaban la primavera.

Mas estos objetos tan dulces no podian tener ya los mismos encantos que habian tenido para Amanda. Se veia solitaria y sin consuelos; la naturaleza y sus bellezas ya no la interesaban. Ella se sentó sobre una piedra al último del

jardin, esperando que la frescura del viento de la mar calmaria su calentura. Ah! se decia á sí misma, qué diferente es mi situacion actual de la del año último á esta misma época! No nadaba en la abundancia, pero tampoco pasaba en la indigencia. Tenia la esperanza de ver á mi Padre juntar una pequeña fortuna; estaba yo como la flor de las montañas que crece á la proximacion de la estacion de las temporadas; pero que veo perecer víctima del invierno de la pobreza.

Traía á la memoria el pensamiento casi profético que le habia hecho decir en su última mansion á Tudor Hall. »Cuando estos bosques volverán á tomar sus ricos adornos, y resonarán de nuevo cánticos melodiosos; cuando estas flores abrirán su campanilla en fuerza de los rayos del sol, dónde estaré yo? Muy léjos puede ser de estas sombras deliciosas, y puede ser abandonada y olvidada de aquel á quien pertenecen.

Ella en efecto estaba abandonada, si no olvidada de Mortimer, y no se presentaba su memoria sino como culpable y digna de su menosprecio. Esto causaba á Amanda una agonía insuportable. El nombre de Mortimer ya no

era un atractivo que adormecia sus dolores, y pronunciandole no hacia mas que acrecentar sus penas.

Miéntras se abandonaba á estas tristes reflexiones, uno de los muchachos vino á avisarla que su Padre podia recibirla. Con esto se apresuró y le encontró en una gran silla de brazos. Los estragos de la enfermedad y del disgusto le parecieron mas señalados que en la víspera. Su hermosa figura estaba absolutamente destruida, y parecia tener ya un pié en la tumba. El dolor de Amanda á este espectáculo fué en estremo, y se manifestó en su semblante. El lo conoció, y procuró calmarle y consolarla. Ella le habló de llamar un médico, que al principio reusó, pero en seguida cedió á ello para tranquilizarla, prometiendo que al dia siguiente veria á uno, pues que lo deseaba.

Este era domingo, y quiso que ella le leyese el rezo del dia. Habia una Biblia encima de la mesa, leyó estas palabras »Deja á mi cuidado tus hijos huérfanos, y yo les serviré de Padre.» Lágrigrimas caian de los ojos de Fitzalan, y poniendo su mano sobre el líbro esclamó: qué palabras de consuelo! qué dulces son para el corazon de un pa-

dre agitado de una tierna inquietud! Sí, Dios de toda bondad, con la mayor alegría dejo en vuestras manos á mi hija, pues sois un amigo que jamas la abandonaréis. Suplicó á Amanda que prosiguiese. Su voz era débil é interrumpida, y las lágrimas que procuraba detener, corrian sobre sus mejillas.

Cuando hubo acabado, Fitzalan la rogó que se acercase y le contase todo lo que le habia sucedido durante su mansion en Lóndres. Ella le instruyó de todo lo que le habia pasado, hasta la época en que fué á vivir en casa la Marquesa, y no le disimuló las esperanzas y los temores de que habia estado agitada en su amistad con Mortimer, los esfuerzos del Lord para conducirla á contraer con él un casamiento secreto, y la formal denegacion que habia hecho de acceder á semejante accion.

Un rayo de alegría brilló en el semblante de Fitzalan. Vos os habeis conducido, la dijo él, como lo esperaba. Yo me honro con tener una hija tal, y estoy mas que nunca indignado contra lord Cherbury por sus viles sospechas. Amanda estaba convencida que estas sospechas habian sido inspiradas á

lord Cherbury por las mismas personas que habian buscado destruir su reposo y su reputacion. Pero no queria noticiar á su Padre esta idea, ni los tratamientos que habia sufrido despues que hubo entrado en la casa de Roslene. Cuando su Padre le pidió que continuase su relacion, la voz comenzó á faltarle; su espíritu se turbó, y su semblante descubrió su grande agitacion: la memoria de las terribles escenas que habian pasado á Portmant-Square, renovaban en ella las impresiones. Ella hubiera querido tenerlas ocultas á su Padre, pero conoció en fin que le era imposible escapar de sus instadas y multiplicadas preguntas.

Gran Dios! dijo él despues de haberla oido; qué espantosa combinacion de crueldad y engaño! Mónstruos! cómo no habeis tenido lástima de una criatura jóven, inocente y sin apoyo! La mano de fierro de la desgracia ha sido mas pesada con vos, hija mia; pero despues de la conducta de la Marquesa con vuestra Madre, nada de su parte me admira.

En seguida le dió un billete de banco para reembolsar á Howell de sus gastos, y le pidió escribiese al momento á

este hombre benéfico para espresarle todo su reconocimiento. Temia ella que el pago de una pequeña deuda no incomodase á su Padre; pero él la tranquilizó sobre este punto, asegurándole que tenia ahorros, á la ayuda de los cuales podria subsistir aun algunos meses.

Amanda le preguntó despues, si habia tenido noticias de Oscar, que no habia respondido á su última carta, cuyo silencio la inquietaba. Ah! el pobre Oscar, respondió Fitzalan, no ha estado esento de la pena: leed esta carta. Ella la abrió, y leyó lo que sigue.

Mi querido Padre.

»Circunstancias particulares me han »impedido responderos á vuestra última »carta tan pronto como hubiera querido, »y aun ahora las cosas tristes que ten»go que noticiaros, hacen que no os es»criba sino con pesar. Sin embargo, co»mo mi situacion debe tarde ó tempra»no llegar à vuestra noticia, creo deber »instruiros yo mismo, esperando que al »mismo tiempo os induciré á soportarla »con paciencia, como yo mismo la su»fro, asegurándoos que ella no es con»secuencia de accion alguna que pueda »degradar mi carácter, sea como militar,

»ó como paisano. Yo he tenido mucho »tiempo ha un poderoso enemigo que »combatir; sin duda os admiraréis de »saber que este enemigo es el coronel »Belgrave. Me he visto espuesto á su in»solencia, y á su maldad, por haber de»fendido contra él la causa de la huma»nidad. No me ha sido posible sufrir la »insolencia de sus palabras y sus mira»das, y me he irritado de tal manera »por ello, que le he desafiado. Si hubie»se reflexionado mejor sobre las circuns»tancias de este paso, no lo habria he»cho; pero escuchando los consejos de la »pasion que ha cegado mi razon, he pues»to la injusticia de mi parte. Yo le he »proporcionado la ocasion de perderme »que él esperaba mucho tiempo ha. He »sido depuesto de mi empleo por un con»sejo de Guerra, como habiendo faltado »á un oficial superior. Todo el cuerpo »creía que sería repuesto; pero yo co»nocía demasiado á Belgrave, para cre»er que consintiese jamas, siendo ello »necesario para mi rehabilitacion. No »he querido que triunfase gozando del »espectáculo de la desgracia que me »ha causado. He tomado ya mi partido »sobre el camino que quiero seguir, y »ántes que os llegue esta carta, habré

»ya dejado mi nativo pais. Perdonadme, »mi querido Padre, de no haberos con»sultado sobre esta resolucion. He temi»do que vuestra ternura por mí no se »opusiese á mi proyecto, ó que me em»biaseis socorros, que serían sacados de »vuestras necesidades y de las de mi her»mana, lo que me habria dado un pe»sar mortal. Yo soy jóven, y tengo salud »y ánimo. Aun no me da pena hacer mis »adelantos en el mundo. He evitado hace»ros una visita de despido que habria si»do dolorosa para todos. Os escribiré lue»go que haya llegado al lugar de mi des»tino. Me alegro de saber que Amanda »está con Lady Greystock. Puedan vues»tras desgracias ser reparadas, y encuen»tre mi hermana la felicidad que mere»ce! Os suplico que no turbe vuestro re»poso una inquietud demasiada sobre mi »suerte! Os repito aun que no dudo que »tendré fortuna en la carrera que voy »á entrar. La Providencia en quien he »puesto mi confianza, me sostendrá, y me »reunirá algun dia con las personas que »son tan queridas de mi corazon. Reci»bid mi á Dios, y las seguridades de mi «respeto y reconocimiento."

Oscar Fitzalan.

Esta carta fué un golpe terrible para el corazon de Amanda. Ella se habia lisonjeado poderse reunir con Oscar, y que la presencia de su hermano aliviaria la tristeza de su Padre y la suya. Al pensar en las dificultades que Oscar iba á encontrar en el camino de la vida, sin fortuna y sin amigos, derramaba lágrimas y temia no verle jamas. Su Padre la rogó por su amor, que no se afligiese así. El contaba con ella, como un apoyo y un consuelo, y la suplicó que no engañase su esperanza. Ella enjugó sus lágrimas, y sin poder sujetar su dolor, procuró manifestarle.

Jonathan y Kate viniéron en el discurso del dia á preguntar si podian servir en algo á Miss Fitzalan. Amanda obligó á Jonathan á que fuese á buscar un médico al dia siguiente, y dió á Kate la llave de un armario en donde habia dejado diferentes efectos, que queria le embiasen por la tarde. Mistris Bryne les dió un pollo para comer, y Fitzalan manifestó alguna serenidad, y se encontró mejor que el dia anterior.

Jonathan habia desempeñado puntualmente la comision de Amanda, y condujo un médico al dia siguiente por la mañana. Fitzalan habia pasado mala noche,

y Amanda se felicitó de haber exigido que su Padre llamase un hombre del arte.

Algunos momentos despues de la llegada del médico salió del aposento para dejarle mas libertad y no distraer su atencion, y se esperó á fuera con la mayor inquietud.

Cuando el médico salió, le preguntó temblando lo que pensaba del enfermo, suplicándole no la engañase. Él meneó la cabeza, y le aseguró que decia siempre la verdad. El Capitan está en una situacion delicada; pero los remedios que le tengo ordenado y los baños del mar lo sacarán de ella: ha sido una felicidad haberme enviado á buscar á tiempo. Habló de las curas maravillosas que habia hecho, admiró la hermosa vista que tenia la casa, y se despidió de Amanda con aquel modo suelto y desembarazado que creía ser de gentes de buen tono.

Estaba ella dispuesta á esperar el restablecimiento de su Padre, como un desgraciado que se anega, y se agarra de todo lo que puede. Abrazaba esta débil esperanza, y descuidaba sus propios males para dar á su Padre su continua asistencia. Habria pasado las noches á su lado, si él no se hubiese absolutamente opuesto.

Fitzalan recibía de las manos de su hija los remedios que le habian ordenado; pero en sus miradas dejaba ver, que no creía sacar alivio alguno de ellos. Sin embargo hacia todo lo que ella queria. Levantaba á menuds los ojos al cielo para pedirle la prolongacion de los dias aun necesarios á la felicidad de su hija, cuyos cuidados merecian esta recompensa.

Cuatro dias se pasaron empeorándose siempre el mal, y las promesas del médico perdieron todo su crédito en el concepto de Amanda. Su Padre declinaba de hora en hora, y solo podia levantarse un momento por la tarde para dejar hacer la cama. Él no se quejaba de dolores vivos, pero se estinguia poco á poco. Ya no podia entretenerse sino algunos momentos con su hija. En sus discursos buscaba inspirarle el valor y la resignacion que ivan á serle muy necesarios en la ceremonia de un próximo y triste acaecimiento. Todas las veces que él hacia alguna alusion á esta idea, Amanda sufria mas allá de toda espresion. Pero Fitzalan creia deber aprovechor todas las ocasiones de darle reglas de conducta, que pudiesen servirle cuando habria perdido en él su protector y su guia. Algunas veces le recor-

daba lo pasado, pero solamente para hacerla mas circunspecta en lo sucesivo.

Tambien le mandó evitar en adelante toda intimidad con lord Mortimer; medida única que podia volverle su tranquilidad, salvar su reputacion, y destruir, añadió, las injuriosas sospechas de lord Cherbury, hacerle conocer toda su injusticia, y hacerle sentir remordimientos cuando sabria que no estaba ya en poder repararla.

Amanda le prometió observar religiosamente todo lo que le prescribia. El deseo que su Padre le manifestaba de que evitase en adelante á lord Mortimer, le parecia á la verdad una precaucion inútil, convencida como estaba de que Mortimer la habia del todo abandonado. Este pensamiento le causaba un grande dolor, pero ella se lisongeaba que conseguiria el fin de superarle, si su Padre recobraba la salud; pues entónces obligada á emplearse enteramente con él y consagrarle sus cuidados activos y sostenidos, no tendria tiempo de alimentar inútiles pesares, y memorias dolorosas de lo pasado.

Una semana se pasó aun de este modo, durante la cual Amanda vió que su Padre se debilitaba de dia en dia. Ella

le ayudó una tarde como de ordinario á levantarse un momento. Cuando estaba levantado se quejó de opresion, y pidió que se le condujese cerca de una ventana para respirar el aire. Ella abrió la ventana y le hizo sentar, y poniéndose de rodillas delante de él le ciñó con sus brazos, y fijó sobre él tiernas é inquietas miradas.

La tarde era muy bella. El sol se ponia con toda su pompa, y el mar alumbrado por sus rayos oblicuos, parecia un mantel de plata. Qué bello espectaculo! esclamó Fitzalan, con qué calma y magestad baja el sol sobre el horizonte! Tal debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, esclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo, pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace soportar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija que estaban mojadas de ellas, las besa-

ba esclamándose: Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os aflijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viagero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió y suplicó que mudase de discurso. Él sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas y dijo:

Escúchame, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volveréis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguradle que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que el merece, y la que estoy seguro que estimará en grande precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede ser que ámbos seréis indemnizados algun dia de todo lo que habeis sufrido. La Providencia es justa, y hará feliz á los hijos de mi querida, y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero miéntras estaba ocupada vertiéndole, vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su Padre sin sentido. Ella

imaginó que era una debilidad pasagera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espírituosa. Todo fué inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

CAPÍTULO II.

Amanda permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvió en sí se encontró encima de un colchon colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente donde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso, pero al fin recobró su memoria. Viendo á una persona sentada á su lado, reconoció á sor María, y alargándole la mano le dijo con una voz débil. Qué caritativa sois en venir á visitarme! ¡La buena hermana alborozada de oirla la abrazó tiernamente Sus caricias conmovieron sensiblemente á Amanda; esta lloró en el seno de la religiosa, y su corazon se halló un poco aliviado.

Sor María no habia sabido nada de la vuelta de Amanda al pais, hasta que Mistriss Bryne fué á Santa Catalina á buscar algunas ramas de romero para esparcirlas sobre el cuerpo del pobre Capitan. Ella habia venido á casa Bryne para saber si podria ser de alguna utilidad á Amanda, y suplicarle en nombre de la superiora y toda la comunidad á venir á establecerse en el convento.

Amanda le dió gracias por su obsequioso ofrecimiento, al cual dijo que no podia acceder ántes de haber llenado unos deberes que las circunstancias le prescribian: manifestó alguna pena por haberla desnudado, y suplicó á sor María que la ayudase á vestir. La hermana se esforzó á disuadirla, pero no pudo conseguirlo; estando resuelta Amanda á pasar el resto de la noche en el aposento de su Padre. Ella la vistió (pues los brazos de Amanda le reusaban este servicio) y le hizo beber un vaso de agua con vino ántes de dejarla entrar. Al acercarse Amanda se admiró mucho de oir un gran ruido de gentes riendo y cantando, y preguntó espantada á la hermana lo que era aquello. Son, replicó esta, vecinos y amigos del Capitan que

honran su memoria. Amanda abrió la puerta para tener una esplicacion de lo que oia; pero cuál fué su sorpresa y su horror viendo una multitud de paisanos groseros cercando la cama con todas las apariencias de la embriaguez, riendo, cantando y fumando! Qué espectáculo salvage para una hija, cuyo corazon se partia por la pérdida de un padre! Ella dió un grito de horror; y arrojándose en los brazos de sor María, le suplicó despidiese aquella gente.

La hermana María acostumbrada á este bárbaro uso, no esperimentaba ni orror ni disgusto; sin embargo hizo lo que Amanda deseaba, y suplicó á estas gentes que se retirasen, diciéndoles que Miss Fitzalan ignoraba sus usos, y á mas que la pobre criatura estaba del todo fuera de sí misma por la violencia de su dolor. Ellos comenzaron á murmurar á esta proposicion, y contestaron que habian hecho preparativos para pasar la noche juntos alegremente, y Mistriss Bryne añadió, que si ella hubiese previsto lo que sucederia, el Capitan habria podido buscar otro parage para morirse, y que lo ménos que él podia hacer despues de haberles causado tanta molestia era dejarles tomar alguna diversion des-

pues de su muerte con sus vecinos. Jonatan y Kate aun que estaban entre la multitud, juntaron sus ruegos á los de sor María, y la buena Kate les determinó sobre todo á esta complacencia, diciéndoles que probablemente tendrian luego otra ocasion semejante que les proporcionaria la pobre Amanda. Al fin ellos se retiraron, y Amanda y la hermana se quedaron solas en el aposento. La débil luz que les quedaba dando una claridad sombría sobre el semblante del muerto, añadia horror á este espectáculo. Amanda se abandonó á todo su dolor, y encontró en sor María una entera simpatía; pues la buena religiosa era cenocida, por practicar maravillosamente el consejo del Apóstol, que quiere que uno llore con los que lloran, y se alegre con los que se alegran. Ella obtuvo de Amanda la promesa de trasladarse á Santa Catalina despues del entierro de su Padre, prometiéndole por su parte quedarse con ella hasta el fin de esta triste ceremonia, para la cual ella iba con Jonathan á hacer todos los preparativos necesarios. Esto fué de gran consuelo para Amanda, la cual en el estado miserable de su salud estaba incapaz de accion: sin embargo tomó la

resolucion de velar cerca del cuepo cada noche por miedo de ver renovar la indecente escena que habia interrumpido, y que miraba como un sacrilegio y una profanacion: por la mañana se acostaba. Sor María le tributaba todos sus cuidados; ella quiso tambien velar; pero en esto no manifestó sino su buena voluntad, pues dormia á tado sueño sobre el suelo teniendo la cabeza apoyada sobre los plegues de su hábito que le servia de almohada. Amanda pasaba tambien la noche en tristes reflexiones, teniendo á la vista los restos de un Padre querido. La tarde del dia cuarto despues de su fallecimiento era destinada para su entierro. Amanda le vió encerrar en el ataud con los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, y el corazon despedazado de dolor, como si ella le hubiese perdido en este solo momento. El cuerpo fué acompañado por las gentes de la casa, Jonathan, Kate, y algunos respetables colonos de quienes Fitzalan se habia hecho estimable durante su corta administracion, los hombres con bandas y cintas negras en sus sombreros, y las mugeres con cofias del mismo color.

Jonathan que habia sido soldado en

su juventud, quiso hacer á Fitzalan algunos honores militares, è hizo poner sobre el féretro su nombre y su espada. Amanda sufrió horriblemente viendo estos lúgubres preparativos; pero cuando le quitaron el cuerpo, ella no pudo soportar el esceso de su dolor, y se desmamayó en los brazos de sor María.

CAPÍTULO III.

Esta buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en sí á Amanda de este desmayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en carruage á Santa Catalina, y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar fué conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acogida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban

por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar, pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada á respetar su dolor, y á la que fué muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la fiesta de la Santa Patrona del convento, que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian al dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño hasta que la hubieron dispertado unos sonidos dulces y harmoniosos. En el primer momento de dispertarse estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos estaba al estremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó ménos fuerza segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un himno en honor de su Santa.

Miéntras que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los objetos. Para aclarar sus dudas se levantó, y se convenció que habria podido creer á su primera impresion.

Ella volvió á caer sobre la cama, esclamando: Cielos! quién puede haber conducido á Mortimer aquí? Él nada respondió, pero poniendo una rodilla en tierra tomó las manos de Amanda entre las suyas, y las llevó á sus labios. Amanda agitada por la grande conmocion que dejaba ver Mortimer, le dijo: Mylord, qué venis á hacer aquí?

Yo vengo, dijo él con una voz mal asegurada, á saber si Miss Fitzalan quiere mirarme aun como á su amigo. Esto segun, le respondió ella; pero miéntras permanezcais en esta postura no puedo responder á vuestra pregunta.

Lord Mortimer se levantó, y sentándose á su lado le pidió la esplicacion de la respuesta que acababa de hacerle. Yo no puedo, dijo ella, conservar por vos un sentimiento de simple amistad sino con algunas condiciones. La primera, Mylord, es que justificaréis á mi Padre en la opinion de lord Cherbury de haber favorecido nuestra amistad, y que contándole el modo con que ha nacido y sus progresos, borraréis de su imaginacion las injuriosas sospechas que ha formado contra mi desgraciado Padre Vos me diréis talvez, que esto es inútil en el dia, que estas sospechas no le pueden alcanzar; pero, Mylord, es un deber sagrado para mí lavar su memoria de las reconvenciones de que ha sido objeto por mi respeto.

Os prometo solemnemente, le dijo lord Mortimer, que seréis obedecida. Es una deuda de justicia que habia resuelto pagar ántes que me dieseis la órden para ello. No hace sino muy poco que

he sido instruido de las calumnias que le habian denigrado en el concepto de mi Padre, y no sé aun quien es el enemigo que le ha hecho tan mal servicio. El mismo puede ser, replicó Amanda, que ha tendido tantos lazos bajo mis pies, y que me ha hecho esperimentar todos los tormentos, escepto los que trae consigo una conciencia culpable.

La segunda condicion que exijo de vos, Milord, es, que si ois pronunciar mi nombre con menosprecio por alguno de los del corto número, cuyo voto es en mi concepto de algun precio, y que en adelante me manifestarian alguna estimacion, querais defenderme diciendo solamente que no merezco el desprecio de que me cubren. Creedme inocente, y persuadiréis fácilmente á los demas que lo soy. Vos podeis pensar, Mylord, que yo misma no puedo mirarme como tal despues de lo que habeis visto con vuestros propios ojos. Ah Mylord! estas pretendidas pruebas han sido dirigidas por la malicia y traicion, para perderme en el concepto de mis amigos, y con la esperanza de obligarme á cometer el crimen del que habia ya sufrido toda la verguenza, y parecia culpable á la vista de todos.

Ciertamente á este momento solemne en que acabo de ver á mi desgraciado Padre volver al seno de nuestra madre comun; cuando el alma oprimida de dolores y el cuerpo debilitado por tantas fatigas me veo en el borde de la misma tumba, seria el mas despreciable de los seres, si me atreviese á asegurar mi inocencia contra el testimonio de mi conciencia que me desmentiria. No, Mylord, haciéndome culpable de una falsedad tal, añadiria al crímen una locura verdadera, pues que yo misma me privaria por mi obstinacion y mi dureza de la dicha que puede, en la vida futura, indemnizarme de todo cuanto he sufrido.

O Amanda! esclamó Mortimer, el cual durante el tiempo que hablia hablado iba y venia en el aposento con grande agitacion, vos me persuadiréis casi contra el testimonio de todos mis sentidos.

Casi, replicó Amanda. Veo, Mylord, que no estais aun dispuesto á creerme; pues si conservais vuestras prevenciones, qué motivo os ha podido atraer aquí? Es por demas aseguraros de que soy culpable? ¿Es para oirme confesar, que quedo sola en el mundo, sin un solo ser que ponga interes alguno en mí? que

el asilo en que estoy, se me ha dado por caridad, y que si mi vida se alarga, me será menester, para proveer á mi subsistencia, combatir una constitucion débil, disgustos inconsolables, y una reputacion manchada por infames imputaciones?

No, no, esclamó Mortimer arrojándose de nuevo á sus pies, jamas sufriré que seais víctima de la miseria. No, aun cuando fueseis culpable, como yo he sido tentado á creer, la muger á quien habia dado mi corazon, jamas se verá espuesta á la necesidad. Yo no creo, ni puedo creer que querais engañarme. Hay en vuestras palabras una elocuencia seductora, que me persuade que habeis sido el ludibrio y la víctima de una traicion. Yo no puedo daros una prueba mas fuerte de mi confianza, que estrechándoos de nuevo á no tener conmigo sino una misma reputacion, una misma fortuna y un mismo destino.

La firmeza con que Amanda habia sostenido hasta entónces su conversacion y su conferencia con Mortimer, se desvaneció en este momento, y se deshizo en lágrimas, por ver en la conducta de Mortimer un rasgo de generosidad. A pesar de las apariencias que estaban con-

tra ella, se remitia á la seguridad que le daba de su propia inocencia. Él se determinaba á correr todos los peligros á que le arrastraba su union con ella, para sacarla de la desgraciada situacion en que se hallaba; pero miéntras la sensibilidad de Amanda estaba conmovida, su orgullo estaba alarmado; ella temia que Mortimer no pensase que la apología que acababa de hacerle, habia tenido por objeto volverle á atraer á sí.

Para apartarle esta idea, si hubiese podido formarla, emprendió persuadirle, que en adelante ella no podia tener con él ninguna estrecha amistad. Lord Mortimer atribuyó lo que le dijo en este sentido, al resentimiento que tenia aun contra él, por las dudas que habia dejado ver, y él no quiso levantarse que no le hubiese acordado su perdon.

Os perdono, dijo ella, vuestras sospechas, aunque me hayais ofendido hasta el corazon; ellas no pueden admirarme cuando me acuerdo de las diferentes situaciones en que he sido sorprendida, y que podria esplicaros, si quereis darme algunos momentos. Lord Mortimer le manifestó un gran deseo de ser instruido de las circunstancias, que el solo temor de fatigarla ó agitarla le ha-

bia impedido pedírselo hasta entónces. Él se sentó á su lado, la tomó de las manos, y escuchó atentamente su relacion.

Entónces le contó en pocas palabras como Fitzalan, despues de la muerte de su muger, habia ido á establecerse en Devonshire: como habian hecho conocimiento con Belgrave, que se les habia presentado como el amigo y protector de Oscar, y como los habia sumergido en la miseria, cuando ella hubo no solamente resistido á sus insolentes proyectos, sino manifestado su resentimiento por ellos.

En seguida le contó la manera artificiosa con que Lady Greystoch la habia sacado del lado de su Padre; el frio é insolente recibimiento que habia tenido de la Marquesa y de Ladi Eufrasia su hija; el odio de la Marquesa á Fitzalan, la repentina mudanza sucedida en la conducta de la madre é hija para con ella; el ofrecimiento súbito, inesperado y sin motivos que se le habia hecho de ir á vivir en la casa del Marques, circunstancias que le daban motivo á creer que la Marquesa tenia desde entónces el proyecto de introducir al coronel Belgrave en la casa, en fin ella le dijo que las

sospechas injuriosas que lord Cherbury habia formado contra Fitzalan, se las habia probablemente inspirado la Marquesa.

Lord Mortimer interrumpió á Amanda en esta situacion para participarle su conversacion con Mistriss Janes en la sala. Amanda levantó los ojos al Cielo penetrada de admiracion por una tal maldad; pues, dijo ella, aunque haya sospechado siempre de la rectitud de esta muchacha, jamas la habria creido culpable de tal bajeza.

Lord Mortimer le dijo aun lo que Lady Greystoch habia contado de las conversaciones de Mistriss Jennings, y lo que la ama de llaves le habia dicho á él mismo del billete de banco que habia incluido en su casa.

Justos cielos! esclamó Amanda, á medida que conosco el número, la rabia y artificios de mis enemigos, me admiro mas de no haber sucumbido del todo á sus golpes. Ella entónces continuó su relacion: esplicó la causa del odio que Mistriss Jennings le tenia, y del modo con que ella habia caido en poder del coronel Belgrave y su milagrosa libertad, la acojida llena de bondad que le habia hecho el viejo Howell, y su situacion y la de su Padre á su

llegada á Carberry-Castle. Ella no pudo pasár adelante, sus suspiros y gemidos se lo impidieron. Lord Mortimer la apretaba dulcemente contra su seno, y la llamaba su amable y desgraciada Amanda, mas querida que nunca de su corazon, declarandole que no la dejaria que no le diese el derecho de defenderla, y ponerla al abrigo de los complots de sus enemigos. Ardientes lágrimas corrian sobre las mejillas de Amanda, y esclamó: lo que pedis es imposible; yo lo he prometido á mi Padre moribundo, él ha recibido mi promesa, y no la violaré, y mi resolucion, Mylord, es que esta conferencia sea la última.

Qué promesa! esclamó Mortimer. Ciertamente no hay ser alguno bastante inhumano para haber hecho prometer abandonarme. No es la inhumanidad, continuó Amanda, la que ha exigido de mí esta promesa, y yo ofenderia el honor, la equidad y la razon violándola. Solo un suceso puede hacerme ceder á vuestros deseos; este seria que yo pudiese traeros una fortuna igual á la vuestra, á fin de que lord Cherbury no pudiese acusarme en mi conducta, como dictada por el interes personal, y como suceder esto es imposible, tambien lo es

el poder jamas reunirnos. Despues de esto, vos debeis conocer, Mylord, que continuando á verme me hariais injuria: no me turbeis pues en mi retiro; pero ántes no me dejeis, permitidme que os diga que habeis aligerado el peso que oprimia mi corazon dando crédito á lo que os he contado de mí misma. Si sucumbo á mi enfermedad, me consolaré al morir con el pensamiento de que habeis reconocido mi inocencia; y si vivo, sacaré algun valor para superar las dificultades de la vida con el pensamiento de que si aquellos cuya opinion me importa se acuerdan de mí, es concediéndome su estimacion.

Lord Mortimer vivamente penetrado de lo que ella acababa de decirle, se le animaron mas sus ojos; él le declaraba de nuevo que no dejaria sacrificar su felicidad á una generosidad escrupulosa y novelera; cuando la superiora y sor María, volviendo de la capilla donde habian oido un sermon de su ministro, entraron con una luz á la mano cada una.

Lord Mortimer turbado se levantó y retiró á la ventana, sacando el pañuelo para ocultar su conmocion. Amanda no se encontró en estado de hablar á

la superiora ni á la hermana que se miraban una á otra, inciertas de si entrarian ó se retirarian. Vuelto en sí Mortimer de su turbacion, se acercó á la superiora, y se escusó de haber entrado en su aposento bajo el pretesto de que tenia el honor de ser amigo de Miss Fitzalan, y no habia podido resistir al deseo de venir el mismo á saber noticias suyas á su llegada.

La superiora, á quien los usos del mundo no le eran desconocidos, recibió sus escusas con desembarazo y política. Sor María se acercó á Amanda, y la encontró temblando y toda llorosa; ella le manifestó toda su pena de verla en este estado, y le obligó á beber un poco de vino para sostenerse. La luz que habian traido, dió á Mortimer la facilidad de observar en el semblante de Amanda los estragos del disgusto y de la enfermedad. La palidez de su color, sus ojos hundidos y obscurecidos le penetraron dolorosamente. Gran Dios! dijo él acercándose á ella y tomando su mano, temo que os encontrais muy mala.

Ella le respondia con una triste mirada, que parecia decirle que se engañaba. Los esfuerzos que habia hecho para hablar con él tanto tiempo, y las

violencias para desterrarle para siempre de su presencia, habian fatigado sus fuerzas enteramente.

Despues de tantas desgracias y sufrimientos ¡cuán dulce le habria sido recibir los cuidados de Mortimer! Qué agradable y delicioso asilo el de hallarse en sus brazos! Pero ni el aspecto de esta dicha, ni el de las privaciones á que se entregaba, eran capaces de hacerle faltar á las promesas que habia hecho á su Padre.

En efecto está muy mala, dijo sor María, es preciso ponerla en cama lo mas pronto posible. Ella sin duda tiene necesidad de reposo, dijo lord Mortimer; pero decidme, mi querida Miss Fitzalan, si estas buenas señoras me permiten volver aquí mañana, podré veros? Eso es imposible, le respondió Amanda; os he manifestado ya que esta conferencia era la última que os permitiria. Nada me hará mudar de resolucion.

Si vos insistis en reusarlo, dijo Mortimer olvidando las personas presentes en la violencia de sus sentimientos, yo os podré acusar de disimulo, pues tendré motivos para creer que el interes que me habeis manifestado no le habeis jamas sentido. Una tal reconvencion me conmueve

poco, replicó Amanda; puede ser será feliz para vos creerla justa. ¡Cruel, continuó él, reusar verme! prolongar á vuestra voluntad los tormentos de mi corazon!

Jóven, dijo la superiora con un tono que manifestaba su descontento, ved las lágrimas que haceis derramar, y respetad su dolor. ¡Ah, señora, replicó Mortimer, respetar su dolor! Seguramente le respeto; pero, mi querida señora, cuando Miss Fitzalan se encontrará mejor, exigid de ella que os instruya de todas las circunstancias de nuestra amistad, y vos misma seréis mi abogada para con ella, y aun la persuadiréis á que reciba mis cuidados.

Yo no puedo, dijo la superiora, desear tener mas parte en la confianza de Miss Fitzalan de la que ella quiera concederme: solo os diré que despues de lo que de ella sé, creo su conducta arreglada siempre á la razon y á la discrecion; que me ha obligado sobre manera eligiendo por asilo este humilde retiro, y que habiéndose puesto bajo nuestra proteccion, corresponderé á su confianza, defendiéndola de toda especie de persecucion.

Y bien, señora, dijo Mortimer, yo me lisongeo que Miss Fitzalan me hará la jus-

ticia de declarar que en la visita que le he hecho he tenido motivos, á los cuales no puede ceder, pero tampoco puede condenar. Yo no os importunaré mas tiempo con mis instancias; pero esperaré que una y otra no seréis siempre inflexibles.

Entónces tomó su sombrero, y se fué hácia la puerta; pero echando una mirada á Amanda no pudo ménos de decirle una palabra, y se acercó á ella. Le suplicó que calmase, y tomase ánimo; le pidió perdon del calor con que se habia dejado llevar, y le aseguró que en adelante no tendria felicidad en la tierra sino viviendo con ella. Le suplicó le diese la mano como señal de una mutua amistad. Ella consintió; pero cuando volvió á pedirle el permiso de verla, la encontró inexorable, y se retiró muy triste. Sor María le acompañó hasta la puerta, y él le suplicó le acompañase algunos pasos mas, porque tenia alguna cosa que decirle. Ella consintió en ello; pues acordándose que este era el mismo que le habia hecho miedo una tarde en las ruinas, tenia el proyecto de preguntarle el motivo que le conducia allí.

Lord Mortimer, que conocia la pobreza de su casa, temia que Amanda care-

ciese de muchas cosas que no se le podrian proporcionar. Para subvenirlas sacó de su bolsillo y le presentó á sor María, suplicándole emplease el dinero á proveer las necesidades de Miss Fitzalan, sin decirle cosa alguna. Sor María sospesó el bolsillo. Ay Jesus! dijo, y qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando ella le detuvo diciendo: esperad; tengo que deciros una palabra ¿cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió. =Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo. Ay Jesus! dijo ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se sonrió y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer nada contestaba, y se alejaba; pero ella corrió hasta cerca de él, y arrojó el bolsillo á sus pies y huyó.

Vuelta á entrar, contó á la abadesa lo que le habia pasado, y le hizo un mérito de haberle reusado. Amanda y la abadesa lo alabáron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida, y puesta en cama, y á donde sor María trajo la su-

ya para velarla y cuidarla con mayor esmero.

CAPITULO IV.

Ahora debemos esplicar la llegada repentina de lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que le hemos dejado en Lóndres profundamente afligido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no se disminuia ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su Padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia. Él se consumia de tristesa, y huia de la sociedad. Al último le vino al pensamiento que aunque Amanda se hubiese dejado desencaminar miserablemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al coronel Belgrave. Le parecia que encontraria un alivio á sus penas si supiese en qué babia parado, y si era posible arrancarla de su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viage á Irlanda, é ir á ver al capitan Fitzalan, y sino habia aun vuelto á su Padre, consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

Él dijo á lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viage al pais de Gáles El Padre convino felicitándose interiormente de no tener que temer mas de Amanda, y lisongeándose que Mortimer á su vuelta á Lóndres no reusariá ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le hubiese esperado al fin, mientras que el solo bien que podia esperar de él, era un débil alivio á sus dolores. Ocultó á su tia el verdadero objeto de su viaje, avergonzándose él mismo de la debilidad que le hacia correr hácia Amanda.

Despues de haber pasado el mar, tomó la posta con un solo criado. Á una milla de Carberry-Castle encontró el entierro de Fitzalan. Deteniéndose su coche para dejar pasar el acompañamiento, reconoció á Jonathan, y este le conoció tambien, y se acercó al estribo del coche, y despues de humildes reverencias le notició, meneando la cabeza tristemente, que era el entierro del capitan Fitzalan.

El capitan Fitzalan! esclamó Mortimer poniéndose pálido, y con una voz

decaida penetrado dolorosamente de la idea de que su Padre habia contribuido á este triste suceso; pues ántes que saliese de Lóndres, lord Cherbury le habia noticiado la carta escrita á Fitzalan, y no dudaba que este golpe junto con las desgracias de Amanda le hubiese causado la muerte. El capitan Fitzalan! repetia.

Sí, Mylord, dijo Jonathan, enjugándose los ojos, no habia hombre mejor que él! Pobre señor! la vida le era bien pesada. ¿Tenia algun amigo á su lado, ó alguno de sus hijos? preguntó lord Mortimer.=Sí, Milord, la pobre Miss Amanda. Estaba á su lado! dijo Mortimer vivamante.=Si, Milord, ella llegó aquí habrá cerca de diez dias; pero bien mudada: yo no creo que ella sobreviva á su Padre mucho tiempo. La pobre señorita está muy enferma, y es una lástima, pues es una persona buena y amable.

Lord Mortimer se turbó en estremo. Quiso ocultar su conmocion, é hizo señal con la mano á Jonothan para que se fuese, pero este no le entendia. Mortimer le dijo al fin, que no queria detenerle mas.

El haber vuelto Amanda al lado de su Padre confirmó á Mortimer en el pen-

samiento de que habia reconocido sus errores. Se representaba en su mente la patética escena entre el Padre moribundo y una hija arrepentida, tan amable y tan querida; su situacion, cuando habia recibido al mismo tiempo su perdon y la bendicion paternal, llorando á una vez la pérdida de un Padre y sus propias faltas, y procurando borrarlas con sus súplicas y lágrimas.

Oia decir tambien que estaba moribunda. Esta idea le hacia horror; sin embargo no pudo ménos de pensar que la tumba era para en adelante el solo asilo que ella podia tener contra el desprecio y la maldad de los hombres. Temia no poder ver á la bella penitente miéntras que estaba en estado de conversar con él. Era sin duda un momento terrible el en que recibiria su último á Dios; pero encontraria una dulzura al horror de una eterna separacion, y puede ser que Amanda misma recibiria algun consuelo al morir, sabiendo que él le concedia de todo corazon el perdon de que su conciencia sin duda le decia que tenia necesidad, por haberle engañado bajo las apariencias de la virtud. Mortimer sabia por lord Cherbury, que Fitzalan habia dejado el cas-

tillo, y no sabia donde encontraria á Amanda; pero se propuso saberlo de Jonathan cuando volviese.

Luego que estuvo fuera de la vista del entierro, bajó del coche, y despues de haber mandado á su criado conducirle á Carberry-Castle, tomó un sendero atravesando campos, que le condujo á uno de los lados del cementerio donde Fitzalan iba á ser enterrado.

Justamente llegó allí cuando bajaban el ataud en la sepultura. Un árbol que crecia al lado de la pared, le ponia á cubierto de la observacion. Oyó á muchos aldeanos alabar el mérito y las virtudes del difunto con grande calor, y vió como Jonathan recibia el sombrero y la espada de Fitzalan, puestos encima del féretro, derramando un torrente de lágrimas.

Cuando todo el mundo se hubo retirado del cementerio, saltó la pared baja y arruinada que le cerraba, y se acercó á la sepultura de Fitzalan. El sitio era triste y solitario, y la declinacion del dia añadia tristeza á la escena. Lord Mortimer estaba abatido y falto de alimento. Él se convencia de la instabilidad de las cosas humanas, y de la vanidad de los proyectos, no solo por el

espectáculo que acababa de ser testigo, sino por su propia situacion. Sus mas queridas esperanzas, sus proyectos de felicidad, la alegría de su espíritu, todo estaba marchitado, y puede ser para no revivir jamas. Su rango y su fortuna, tan apreciados de los hombres, y la misma virtud no podian consolarle, ni curar la llaga de su corazon.

Descansa en paz, desgraciado Fitzalan, esclamó él, despues de haber permanecido por algun tiempo en pié, con los brazos cruzados, arrojando la vista sobre la tumba; descansa en paz despues de una vida llena de trabajos y tormentos. Qué felicidad habria yo gustado, si hubiese podido endulzar tus penas, y consolar tus últimos dias! Pero yo puedo aun ser útil á dos seres que te eran tan queridos, y este es el solo medio que me queda para reparar la injusticia que se te ha hecho. Tu Amanda y tu amable hijo serán en lo sucesivo el objeto de mis cuidados. A lo ménos estará en mi poder hacer algun servicio al hermano de Amanda en la carrera que ha entrado.

Despues que lord Mortimer hubo derramado algunas lágrimas en la tumba, volvió tristemente á Carberry-Castle. Jo-

nathan habia llegado allí ántes que él, y habia encendido ya un gran fuego en el aposento que habia ocupado Amanda. Jonathan habia escogido este, porque los otros habian quedado cerrados despues de la salida de Fitzalan, y no podian limpiarse hasta el dia siguiente; pero esta eleccion era la peor para lord Mortimer, á quien este aposento y todo cuanto en él habia le recordaban á Amanda. Estos dolorosos recuerdos le penetraban de tal modo, que se alarmáron por ello, no solamente su criado, sino tambien Jonathan. Él se calmó un momento; pero luego despues esperimentó una sensacion tan violenta como la primera. Entónces supo el lugar de la residencia de Amanda, y su impaciencia de verla fué tan grande, que temiendo que las puertas del convento fuesen cerradas si lo diferia, tan fatigado como estaba se puso en marcha sin haber tomado refresco alguno.

Él hacia cuenta en llegando á Santa Catalina, pedir una religiosa y suplicarle le introdujese en el aposento de Amanda, si se hallase en estado de recibirle; pero despues de haber llamado á la puerta solo vió venir á una criada, de quien supo que todas las reli-

giosas estaban en la capilla, y Miss Fitzalan en el cuarto de la superiora. Él preguntó si estaba tan mala que no pudiese recibirle. La muchacha contestó que no; pues como ella no habia entrado en el cuarto sino para llevar el agua para el té en un momento que Amanda estaba tranquila, se habia imaginado que estaba buena.

Lord Mortimer le dijo su nombre, y le suplicó fuese á pedir á Miss Fitzalan si queria recibirle. La criada se turbó tanto conociendo que hablaba á un lord, que se quedó allí como una tonta. Imputando lord Mortimer su silencio y su inmobilidad á alguna repugnancia á desempeñar esta comision, le puso una guinea en la mano, y la rogó se apresurase; pero al salir del aposento se habia olvidado del título y nombre, y temiendo parecer estúpida en el concepto de Miss Fitzalan ó Mortimer desempeñando tan mal su encargo, volvió á decir á Mortimer que se le recibiria, y podia subir, y le enseñó la puerta. Cuando entró atribuyó el silencio de Amanda al esceso de su dolor. Él se acercó á la cama en que estaba, y no se alarmó poco al verle los ojos cerrados. Al principio creyó que estaba desmayada,

pero observando que respiraba libremente, sacó la consecuencia de que la criada le habia engañado. Él la observó algun tiempo hasta que hizo algun movimiento. Entónces se retiró atras por temor de que compareciendo tan repentinamente delante de ella, no le causase demasiada conmocion.

Se ha contado ya lo que pasó en esta conferencia. Aunque las apariencias fuesen tan fuertes contra Amanda, y que ella no hubiese dado esplicacion alguna consecuente de su conducta, en el momento que afirmó solemnemente que era inocente, Mortimer ya no dudó de ello; y cediendo á un mismo tiempo á su conviccion, á su amor y á su compasion por ella, le renovo sus instancias para hacerla consentir á su union. Cuando supo por menudo las estratagemas empleadas contra ella, los peligros de que habia escapado, y los males que habia sufrido, se dió mas prisa que nunca á ejecutar su plan, á fin de que bajo su proteccion estuviese en adelante al abrigo de semejantes insultos. Él le volveria la salud, la paz y la felicidad, prodigándole su ternura y sus cuidados. Él la haria triunfar de la perfidia y vileza de la Marquesa y Lady Eufrasia, ele-

vándola á un estado del que habian hecho tantos esfuerzos para apartarla, probándoles de este modo que la virtud tarde ó temprano es superior á todos las estratagemas del vicio.

Sus transportes se entibiáron al momento que Amanda le declaró que su union en adelante era imposible, y que no podia ya recibirle otra vez. Él se habia picado de la firmeza con que le anunciaba esta resolucion; pero viendo el estado de debilidad en que estaba, no le era permitido dejar ver su descontento, y se lisongeaba que triunfaria de su resistencia. En efecto no podia desesperar de ningun suceso despues de la feliz mudanza que habia vuelto toda su estimacion por Amanda, y que habia hecho revivir sus esperanzas de felicidad desvanecidas, cuando creia que Amanda era irrevocablemente perdida para él.

Volvió todo mudado á Carberry-Castle. Ya no esperimentó penosos sentimientos al entrar en el aposento que habia ocupado Amanda; en el cual se encontraban por todo reliquias de su buen gusto.

Para darle la prueba ménos equívoca de su entera confianza, determinó

unirse con ella prontamente, no suponiendo por otra parte que pudiese sostener la resolucion que le habia manifestado. Con esta idea resolvió partir al momento á Lóndres, y no ahorrar cuidados ni gastos para obtener de los agentes subalternos del complot, tramado contra ella, una entera confesion de la parte que habian tomado en él, y todo lo que supiesen de los ardides de los otros cómplices y autores. No era por querer hacer estos pasos; ninguna necesidad tenia de ver confirmar lo que le habia asegurado Amanda. Esta conviccion estaba probada con la oferta de su mano que habia hecho ya; pero queria cubrir de confusion á los que habian querido perderla, y añadirles esta pena á la que esperimentarian viéndola salir de su obscuridad, no como Miss Fitzalan, sino como Lady Mortimer. Las pruebas que obtendria de su inocencia, impedirian á los malvados decir que habia sido juguete de los artificios de Amanda, y estaba convencido que estas gestiones serian útiles á ámbos. Entónces podria él confesar su casamiento, conducir su muger á Lóndres é introducirla en las sociedades; y si su Padre conservaba demasiado tiempo su resentimien-

to, sabia que encontraria siempre un asilo agradable en casa su tia ó á Tudor-Hall. Estos risueños proyectos le tuviéron dispierto una parte de la noche, y cuando se durmió fué para ocuparse aun en sueños de la felicidad de Amanda y de la suya.

Al dia siguiente por la mañana, á pesar de las prohibisiones, se fué á Santa Catalina para saber noticias de Amanda, y probar si podia verla. La muchacha que le habia abierto el dia anterior pareció, y le dijo que Miss Fitzalan se hallaba muy mala. Él creyó que esto no era mas que un pretesto para quitarle este deseo; y para asegurarse de ello iba á aflojar algun dinero en la mano de la criada, cuando sor María que lo observaba desde una puerta vecina, se presentó y la detuvo. Esta le repitió lo que acababan de decirle sobre el estado de Miss Fitzalan, añadiendo que cuando estaria mejor tampoco la veria; que él se abstuviese de venir en adelante á Santa Catalina, por que Miss Fitzalan y la superiora se ofenderian estremamente de esta conducta; y en fin, que si tenia necesidad de saber noticias de la enferma, podia fácilmente enviar un criado, que seria mucho mejor que ve-

nir á importunarlas á cada momento.

Lord Mortimer se agravió mucho de este discurso poco civil. ¿Quereis vosotras, dijo él, hacer de Miss Fitzalan una religiosa, pues que la privais de toda conversacion? ¿Por que no? respondió sor María, ella seria muy feliz entre nosotras, y en cuanto á privarle las conversaciones de gentes de afuera, ella tendrá de muy agradables sin salir de aquí. En efecto yo creo muy bien que la pobre Miss os ama mucho; pero tanto peor para ella.

Señora, dijo lord Mortimer, si á los demas votos juntais el de decir la verdad, observaréis este voto religiosamente. Verdaderamente, añadió sor María, yo acabo de oirle contar una larga historia á la superiora de vos y de ella, por la que he visto, que la voluntad de su Padre era, que ella no tuviese ninguna comunicacion con vos, y confieso que el pobre Señor me parece que ha tenido buenas razones para ello. Yo os suplico pues, Mylord, que no volvais mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle hacer alguna tontería.

A pesar de la severidad de sor Ma-

ría, no pudo ménos lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla á solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla, pero ella estuvo inflexible. Él la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veia que esta seguridad le daba, le dijo, que podia embiar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, que se encargaria de darselas ella misma.

Lord Mortimer comenzó á temer sériamente que el capitan Fitzalan hubiese exigido de su hija el que renunciase á él enteramente; y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba, que en este caso nada podria ganar á Amanda á faltar á una promesa que habria dado á su Padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas; pues que escribiendo á Miss Fitzalan no podria recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva razon para convencerse de la instabilidad de las cosas humanas.

CAPÍTULO V.

Amanda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion, á las fatigas y á los disgustos; sucumbió á su violencia y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habérsele declarado calentura. Todas las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fuéron ayudados por un médico hábil establecido á una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitan Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispuesta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. Él no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospechó, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad; pues lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los auxilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Este la veia regularmente, y se que-

daba mucho tiempo con ella; y como era amable é instruido, su conversacion contribuia á levantar á Amanda de su abatimiento. Despues de algunos dias se le dió otro aposento en el piso llano del jardin. De allí apoyada sobre el brazo del buen doctor ó de alguna religiosa hacia algunas veces un paseo. Instruido lord Mortimer de su convalecencia, creyó que podia pedir el permiso de ir á verla, y le escribió la siguiente carta.

»Lord Mortimer presenta sus memo»rias á Miss Fitzalan, y se promete que »ella le dará su permiso para ir en per»sona á esprimirle la alegría que siente »del restablecimiento de una salud que »le es tan querida. Él no cree que ella »pueda reusarle esta súplica tan razona»ble, y aun se persuade que no vaci»lará un momento en concedérselo, si »puede formarse una idea de la inquie»tud que ha sentido por ella, y de la »que continúa á sentir hasta que le ha»ya esplicado algunas espresiones de su »última conversacion.

Carberry-Castle 10 Mayo.

Esta carta dió mucha pena á Amanda. Ella habia esperado ahorrarse en adelante el disgusto de denegarse de nue-

vo á las visitas de Mortimer. Veia que su carta hacia alucion á lo que le habia dicho de la promesa hecha á su Padre; y conociendo el carácter impetuoso y sensible de Mortimer, se figuraba las agonías que esperimentaria cuando reconocería que ella miraba esta promesa como inviolable. Sentia la desgracia de Mortimer mas vivamente que la suya. Formado su corazon en la escuela de la adversidad, podia soportar sus disgustos con alguna calma; pero Mortimer no tenia este recurso, y Amanda lloraba por el destino de un amor tan tierno, tan fiel y tan destituido de esperanza.

Amanda suplicó á sor María que dijese al mensagero, que ella no recibia visitas; que como estaba bastante bien, no se tomase mas la pena de enviar á saber noticias suyas, ni de escrbiirle; pues no podia contestarle. La superiora, que se habia hallado presente cuando recibió la carta, alabó mucho su valor y su prudencia. Amanda, despues de su conversacion con lord Mortimer, que la superiora habia oido, creyó deberla instruir de todo lo que habia pasado entre ellos; y la superiora, que dudaba aun que las miras de lord Mortimer fuesen

tan honestas como decia, creyó que Amanda se conducia sabiamente reusando recibirle.

Al dia siguiente por la mañana el doctor vino como acustumbraba. Este dijo á Amanda que le habia traido un libro divertido, cosa que no se le podia proporcionar á Santa Catalina, y que como ella le habia manifestado muchas veces el sentimiento de no tenerlos, le habria traido uno de su biblioteca, que era numerosa y escogida.

Él no le habló del libro ni se lo entregó sino al partir, diciéndole que encontraria en él cosas dignas de su atencion. Luego que Amanda estuvo sola le abrió, y se admiró muchísimo de ver caer de él una carta. Ella la recogió, y conociendo por el sobrescrito la letra de Mortimer, vaciló si la abriria. Con todo devolverla sin abrir era una injuria que no la merecia Mortimer. Rompió pues la nema con una mano trémula y el corazon palpitante, y leyó lo que sigue.

»Cruel Amanda! Reducirme á usar »de estratagemas para escribiros, y des»truir la dulce esperanza que tenia de »recibir prontamente la indemnizacion »de todos mis sufrimientos! ¿Debo pues »ser siempre víctima de la incertidum-

»bre y de las inquietudes sobre vuestros »sentimientos hácia mí? Estoy destinado »á ver sin cesar sucederse una dife- »ficultad á otra, y un nuevo obstáculo »á una esperanza engañada?

»No se os puede ocultar la inquie- »tud que han debido darme algunas es- »presiones obscuras de vuestra última »conversacion; y sin embargo reusais es- »plicármelas; luego vos no me teneis »ninguna lástima. ¿No seria mas genero- »so permitirme una conferencia en la »que obtendria de vos esta esplicacion, »que tenerme en tan penosa incertidum- »bre? pues vale mas que uno conozca »toda su desgracia. Puede ser tambien »que os convenceria que la virtud en »esto, diferente del vicio, tiene sus lí- »mites, y que uno puede llevar con »demasiado rigor las leyes del honor y »de la generosidad, y sacrificar la ver- »dadera felicidad á unas ideas quiméricas »de virtud. Ciertamente no mereceria ser »tachado de presuncion, diciendo que si »los sentimientos que Amanda me ha »manifestado no se han debilitado, de- »sechando mi mano, no es á mí solo »que hace desgraciado.

»O mi querida y demasiado escru- »pulosa Amanda, no persevereis un mo-

»mento mas en una resolucion tan con-
»traria á vuestra dicha. En la situacion
»en que os hallais, necesitais de la pro-
»teccion de un esposo. Jóven, inocente
»y bella, objeto ya de persecuciones in-
»solentes: vuestros naturales protectores,
»vuestros parientes son vuestros mayores
»enemigos; y vuestro hermano, jóven aun
»y sin estado, no puede estar á vues-
»tro lado para defenderos. En tal situa-
»cion todas las desgracias os amenazan.
»Evitadlas refugiándose en los brazos de
»un amigo, de un fiel guardian, y de
»un esposo. En medio de tantos peligros
»la obligacion de guardar una promesa
»de dejarme no puede sostenerse, cuan-
»do se considera que los motivos que
»han podido conducir á exigirlo de vos,
»no subsisten ya. El capitan Fitzalan,
»ofendido de la carta de mi Padre, ha
»estendido su resentimiento hasta el hi-
»jo, sin reflexionar en las consecuencias
»que esta medida podia tener en vos
»misma. Este es el solo motivo que ha-
»ya podido tener para exigiros tal pro-
»mesa; y si yo hubiese llegado mas
»á tiempo para hacerme entender, estoy
»persuadido que léjos de oponerse á nues-
»tra union, la habria autorizado y ben-
»decido, y habria dado su hija á un hom-

»bre., cuya firme resolucion habria sido »su vivo reconocimiento por un don tan »precioso.

»Vos no podeis ni debeis ser infle»xible, y espero que despues de haber »leido mi carta, me permitiréis venir á »vuestro lado para recibir la confirma»cion de mis esperanzas. En todo cuan»to respeta á nuestra union, yo me de»jaré conducir por vos, escepto en la »tardanza que quisierais. Todo cuanto »ámbos hemos sufrido ya me vuelve do»blemente impaciente de veros mia en»teramente, por temor de que algun otro »infame complot no venga aun á sepa»rarnos.

»O Amanda, esta esperanza, aunque »lejana, de veros llamar mi esposa llena »mi corazon de una felicidad que len»gua alguna puede espresar. ¿Porque reu»sais uniros á mí? porque no me llevais »bienes? Vos sois rica de todas las vir»tudes; obteniéndoos adquiriré un teso»ro de los mas ricos, que los hombres »mas orgullosos me envidiarán, y que »las almas sensibles, honradas é ilustradas »mirarán como el mejor don que el cie»lo pudo hacerme. Desterrad pues las »dudas y escrúpulos, mi querida Aman»da; olvidad una promesa que no han

»podido exigir de vos sino por falta de »haber reflexionado las consecuencias que »podian resultar de su cumplimiento, y »que vuestro Padre os babria dispensa- »do si hubiese podido preveer vuestra »situacion. Creed que una union que la »razon aprueba en el dia, este ser que- »rido que habeis perdido la aprobará, »si le fuese permitido ocuparse aun en »la suerte de su hija, y que se alegra- »rá de un suceso que debe dar á su »querida Amanda un amigo fiel, y un »valeroso protector en la persona de un »adorador apasionado como

Mortimer.

Carberry-Castle 11 Mayo.

Esta carta conmovió profundamente la sensibilidad de Amanda sin alterar su resolucion. Ella no queria responder creyendo en esto conformarse á las intenciones de su Padre. Sin embargo considerando que si Mortimer no recibia inmediatamente respuesta, vendria seguramente á Santa Catalina é insistiria en verla, se persuadió que valia mas esplicarse por escrito, lo que ella hizo con la siguiente carta.

»Mylord.»

»Vos no me haréis mudar de reso-

»lucion. Despues que os he declarado »que la mia era inalterable, deberiais »ahorrarme nuevas importunidades sobre »tan triste asunto. En vano me oponeis »sofismas ocultos bajo las espresiones de »ternura. En todos vuestros razonamien»tos suponeis á mi Padre otros moti»vos *que los que ha tenido*, mandándo»me evitar en adelante toda comunica»cion con vos. No es el resentimiento »el que le ha conducido á ello, no: en »las cercanías de la muerte ha perdo»nado á todos aquellos que le habian »agraviado con injustas imputaciones. No »ha tenido otro motivo que el legítimo »deseo de defender y conservar su ho»nor, convencido como estaba que si »jamas consentia á unirme con vos, lord »Cherbury permaneceria en la persua»sion de la verdad de sus injuriosas sos»pechas, y le creeria digno de su me»nosprecio. Su ternura por mí le ha obli»gado tambien á darme esta órden. Él »conocia el orgullo de lord Cherbury, y »creia que si entraba en su familia sin »bienes algunos, seria tratada en ella con »poco miramiento. Yo estoy tan conven»cida de la justicia y fuerza de estos mo»tivos, que todas las veces que me ha»llo en estado de escuchar la voz de la

»razon, me persuado que, aun cuando »no hubiese hecho tal promesa, debe- »ria rehusar vuestras proposiciones; pues »aunque pudiese arrostrar muchos incon- »venientes por vos, no soportaria jamas »indignidades. Es preciso pues separar- »nos, Mylord. El Ser supremo nos ha »trazado dos diferentes caminos en el »viage de la vida: la vuestra será agra- »dable y fácil, si por inútiles pesares »vos no trastornais las intenciones de la »Providencia: la mia será penosa y sem- »brada de espinas, pero una y otra nos »conducirá al mismo fin en el que nos »reunirémos para nunca mas separarnos.

»No me creais, Mylord, ingrata y »cruel con vos: mi corazon desmentiria »esta injusta acusacion; siente toda vues- »tra ternura y toda vestra generosidad. »Sí, Mylord, os lo confieso, ningun do- »lor del alma puede ser mas vivo y mas »penetrante que el que esperimento com- »batiendo así mis sentimientos; pero cuan- »to mayor es el sacrificio, mayor méri- »to tengo en sujetarme á él. El testimo- »nio interior de mi conciencia es el so- »lo consuelo que puede endulzar las pe- »nas que encontraré en la vida.

»Yo espero, Mylord, que no inten- »taréis verme; pues vuestras visitas me

»ofenderian. El santo y solitario asilo en »el que me he retirado, me defenderá »de la maldad de los hombres que per- »siguen mi honor y mi reposo. Ah! ne- »cesito que algun poder benefactor ve- »le al rededor de mí. Privada como me »hallo de aquellos de quienes tenia de- »recho á esperar proteccion, debo po- »ner en mi conducta la mas escrupulo- »sa circunspeccion. Oscar, mi desgracia- »do hermano, que habria sido mi de- »fensor natural, está léjos de mí sin sa- »ber donde se halla, perseguido por el »monstruo que ha sido para mí el ma- »natial de tantas desgracias Ah Mylord! »cuando pienso en la triste situacion en »que tal vez se halla, mi corazon su- »cumbe á esta idea. Ah! que no sea yo »sola el blanco de la desgracia! yo la »sufriria con mas animosidad; pero no »quiero perder toda esperanza por mi »querido Oscar. La providencia que ha »salvado á su hermana, que le ha en- »viado amigos en su auxilio en los mo- »mentos en que parecia estar abando- »nada del mundo entero, velarà igual- »mente sobre él. Yo he abusado, Mylord, »de vuestra paciencia entregándome á »tantos detalles; pero he querido espli- »carme sin reserva, para evitar toda ul-

»terior correspondencia. Vos conoceis mis »resoluciones, y conoceis tambien los »sentimientos á los que estoy obligada »á resistir. Por piedad ahorradme de tan »penosos combates. Sean para siempre »la paz y la dicha que mereceis á vues- »tro tesoro! Guardaos, Mylord, por ver »desconcertadas algunas de vuestras mi- »ras, de desconocer y olvidar los otros »bienes que estan bajo vuestro poder, y »se presentan á vuestra fruicion. Llenad »las esperanzas que vuestros amigos y »vuestra patria han concebido de vos; »manifestad que mereceis los favores de »que la fortuna y el nacimiento os han »colmado, y desterrad de vuestro cora- »zon los pesares inútiles. A Dios, My- »lord; no tengais inquietud alguna por »mí. Si el cielo prolonga mi vida, en- »contraré fácilmente un asilo obscuro, en »donde al abrigo de un mundo malva- »do y corrompido, dando testimonio de »haber seguido en mi conducta las le- »yes del honor y de la virtud, gusta- »ré la felicidad que da la paz de una »buena conciencia, felicidad que las vi- »cisitudes de la vida no la harán jamas »perder, á lo que espero, á

Amanda.

Santa Catalina 12 Mayo.

Envió esta carta por un viejo empleado en el jardin de las religiosas; pero despues de haberla escrito se encontró tan agitada, que se vió obligada á meterse en cama. Miraba esta carta como el último á Dios á Mortimer, y esta idea era demasiado penosa para que la superase con valor. La pasion que le tenia lord Mortimer, era profunda y tierna; pero él la disminuiria luego en el torbellino del mundo. Debia esperarse verle llevar su afecto á alguna otra muger igual á él en calidad y fortuna, que le haria prontamente olvidar su primera pasion. Su corazon se oprimia á este pensamiento y derramaba abundantes lágrimas; se acusaba entónces de inconstante en sus sentimientos; ella habia pensado y aun dicho muchas veces, que si Mortimer podia recobrar la dicha, ella misma disfrutaria mas tranquilidad; y ahora que acababa de tomar los medios para volver la paz á Mortimer, no era sino mas desgraciada. Se acusaba de personalidad, deseando la prolongacion de una pasion sin esperanza por Mortimer, y de debilidad sintiendo que llevase á otra parte un afecto al que ella ya no podia corresponder.

Para desviar tan penosos sentimien-

los creia deber desterrar de su memoria á lord Mortimer; pues á ménos de conseguirlo, jamas encontraria el valor necesario para entregarse al trabajo que su situacion iba á exigirle para proveer á su subsistencia; pues el pan de la pereza y el de la servidumbre no podia ménos de serle amargo.

Cosa de una hora habia permanecido sobre su cama, y habia vuelto à la sala, cuando sor María entró en su cuarto y le entregó una carta. Antes que hubiese mirado el sobrescrito, su corazon agitado le anunciaba de parte de quien venia; pero titubeó un momento si la abriria. Sin embargo, se decia á si misma, no hay inconveniente alguno; pues no puede creer, despues de lo que le he declarado, que pueda alterarse mi resolucion. Él seguramente me escribe para decirme que se conforma. La religiosa la dejó en el momento en que su deliberacion estaba para abrir la carta.

A Miss Fitzalan.

»Inexorable Amanda! Quiero ahorra»ros en adelante y aun á mi mismo nue»vas importunidades. Solo me limito á »suplicaros que no dejeis á Santa Catalina en tres meses, ó que si esta man-

»sion os disgustase, me hagais saber al »dejarla á donde iréis. Antes que haya »pasado la mitad de este tiempo, espe»ro que os podré dar las razones con»cluyentes de esta súplica que os hago. »Voy á dejar al instante Carberry-Cast»le, y parto mas tranquilo de lo que os »podeis imaginar despues de lo que úl»timamente ha pasado entre nosotros, con »tal que querais obligarme concedién»dome esta única y última súplica.

Mortimer.

Esta lacónica carta admiró á Amanda. Veia en ella evidentemente, que lord Mortimer habia recobrado alguna tranquilidad; pero no tomando la resolucion de renunciarla, sino por el contrario con la esperanza de volverla á ver de un modo agradable á los dos. Al principio se halló feliz con esta idea; pero su alegría cesó prontamente, cuando vino á reflexionar que esta esperanza de Mortimer era imposible que se realizase jamas. Sabia que el carácter ardiente y confiado de Mortimer podia desviarle fácilmente, y resolvió no dejarle arrastrar de él. Tampoco podia formar congetura alguna sobre lo que él habia pensado; pero sean cuales fuesen sus pro-

yectos, creia firmemente que serian desconcertados. Rehusar todas sus súplicas le parecia cosa dura, pero creyó que sobre todo no debia ceder á la última. Sabia que estraviándose una vez de la línea que la prudencia le trazaba, podia arrojarse en unas dificultades, que seria imposible salir de ellas. Bajo este supuesto con mano trémula le dió la siguiente respuesta.

Mylord.

»Yo no puedo hacer lo que exigís »de mí. Podeis llamarme cruel é in»exorable; pero prefiero incurrir en la »reconvencion de obstinada, que de im»prudente, y merecer vuestras reconven»ciones, que las mias. Yo misma igno»ro cuanto tiempo podré quedarme aun »en Santa Catalina; pero cuando dejaré »esta casa, no os prometo instruiros del »parage donde me retiraré. No está en »vuestro poder vencer los obstáculos que »han hecho necesaria nuestra separa»cion, y hasta que fuesen superados »seria estravagante é imprudente apro»ximarnos. Estoy muy contenta que de»jeis el castillo; me alegro tambien, sin »causarme sorpresa, de ver que estais »mas tranquilo. Yo espero de vuestra

»razon que combatiréis valerosamente y »con éxito contra inútiles pesares; y os »suplico, en cambio del placer que re- »cibo de saber que habeis recobrado »vuestra tranquilidad, que no turbeis la »de

Amanda Fitzalan.

Apénas habia cerrado la carta, que la avisaron para ir á comer; pero no pudo pasar bocado. El esfuerzo que habia hecho para contestar, y la agitacion que le habia dado la carta de Mortimer, habian estenuado sus fuerzas. Las religiosas se retiráron despues de comer, y la dejáron sola con la superiora. Ellas se acababan de marchar, cuando compareció el viejo jardinero que volvia de Carberry-Castle donde habia llevado la carta de Amanda. Despues de haberle dicho que él mismo la habia puesto en manos de lord Mortimer, añadió, manifestando algun temor de que lo que iba á decirle no le causase alguna pena, que lord Mortimer no le habia dado respuesta alguna, ni de palabra ni por escrito, aunque esperó mucho tiempo; pero que sin duda iba de prisa, pues su coche estaba dispuesto para conducirle á Dublin.

Amanda se derritió en lágrimas luego que hubo salido el jardinero. Veia que habia escrito por la última vez á lord Mortimer, y no podia detener esta espresion de sus sentimientos. Él abandonaria la idea de volverla á ver jamas, cuando conoceria que las esperanzas de que se lisongeaba eran imposibles de realizarse.

La superiora sentia tambien todas las penas de Amanda. Sabia no por esperiencia propia, sino por las observaciones de los demas, cuan seductora y peligrosa criatura es un hombre para una muger, y cuan dificil es á un corazon jóven desembarazarse de los lazos de que ha sido circuido. Hubiera deseado curar la herida de su jóven amiga; pero no esperaba verla cicatrizada tan pronto. Solo el tiempo y el cuidado que iba á tomar de fortificar las resoluciones de Amanda, le daban alguna esperanza de conseguirlo.

Dos horas habian pasado despues que el comisionado habia vuelto de Carberry-Castle, cuando sor María entró en el aposento con un grande paquete que entregó á Amanda, diciéndole que le acababa de recibir de un criado de lord Mortimer, que habia vuelto á marchar á caballo en

el momento mismo que se lo habia entregado.

Sor María no hizo escrúpulo de decir que era curiosa de saber lo que contenia tan grande paquete. La superiora la riñó dulcemente de su curiosidad, y se la llevó al jardin para dejar á Amanda el tiempo y la libertad de abrirle. Ella se sorprendió al romper la nema de encontrar una hermosa cartera blanca, en la cual habia una carta sin cerrar que decia así:

A Miss Fitzalan.

»Cuando recibiréis la presente no »podréis ya devolvérmela, pues habré »partido ya. Vuestra laudable grandeza de »ánimo debe impediros vacilar en hacer »uso de lo que encontrareis en la car»tera; pues es el solo medio de ahor»raros deber obligaciones de esta espe»cie á unas personas que os son ente»ramente desconocidas. Aunque despedi»do como amante, tengo ciertamente el »derecho de ser mirado como amigo, y »yo me contentaré con este título, has»ta que tenga derecho de tomar otro, »que me será mas querido. Vos diréis »sin duda que soy visionario, novelero, »conservando esperanzas que tantas ve-

»ces me habeis declarado imposibles de
»realizarse; pero para hacérmelas aban-
»donar, son necesarios otros argumen-
»tos, mi querida Amanda. Yo he sen-
»tido un estremo pesar al saber por la
»carta vuestra de esta mañana las des-
»gracias de vuestro hermano. La sangre
»hierbe en mis venas de indignacion con-
»tra el monstruo, que segun vuestra es-
»presion ha sido para los dos el manantial
»de tantos males. Voy á ocuparme sin
»intermision á descubrir en que ha pa-
»rado Mr. Fitzalan, y cual es su situa-
»cion, y espero conseguirlo dirigiéndo-
»me á los agentes y oficiales de su re-
»gimiento. No tengo necesidad de deci-
»ros que en seguida le serviré con to-
«do mi poder. Estad segura que sabréis
«prontamente el suceso de mis diligen-
«cias en este asunto, lo mismo que en
«otra empresa que pertenece á otra per-
«sona que me es mas querida. A Dios,
«mi querida Amanda. Os suplico de nue-
»vo no dejeis á Santa Catalina hasta pa-
»sadas algunas semanas. Me parece que
»para un asilo pasagero no podréis en-
»contrar otro mejor; y como á mi vuel-
»ta á Irlanda mi impaciencia de veros
»será estrema, me pondriais á la deses-
»peracion, si me fuese preciso buscaros.

»Vos me habeis negado esta súplica; pe-
»ro yo puedo insistir cuando os doy mi
»palabra de honor que no os suplicaré
»veros otra vez, á ménos que nuestra
»reunion no pueda ser agradable á uno
»y otro, ni procuraré presentarme á
»vuestra presencia á pesar vuestro. En
»fin, creed que suceda lo que sucedie-
»re, seré siempre vuestro fiel

Mortimer.

Qué quiere decir? esclamó Amanda. Qué plan puede tener para remover todos los obstáculos que nos separan? Él parece que no duda del éxito. O Dios! favoreced sus esfuerzos. Tambien parece que habla de volver á Irlanda. Me dice que son necesarias otras pruebas, á mas de mi conviccion, para hacerle mirar sus esperanzas como quiméricas. Seguramente no tendrá la crueldad de inspirarme una esperanza que el mismo no creyese muy fundada. No, no, mi querido Mortimer, yo no os miraré como un espíritu visionario y fabuloso, sino como el mas amable y mas generoso de los hombres; pues que por la pobre Amanda continuais en arrostrar obstáculos, y hacer los mayores sacrificios. Tambien se penetró vivamente de verle dar-

se tanta diligencia para buscar y servir á Oscar. Por este medio esperó ver prontamente á este hermano querido, á saber á lo ménos noticias suyas; pues estaba bien segura que lord Mortimer no descuidaria nada para darle esta satisfaccion.

En seguida exàminó la cartera, y en ella encontró en pequeños billetes de banco doscientas libras esterlinas, presente considerable, pero ofrecido con bastante delicadeza para que ella no se hiciese escrúpulo alguno de recibirlos. Sin embargo se decia á sí misma, incierta que rumbo llevarian sus cosas entre ella y Mortimer, no debia tenerle obligaciones pecuniarias; pero reflexionando en la nobleza del modo de pensar y la delicadeza de Mortimer, conoció que le agraviaria cruelmente si le devolvia el presente. Y así se resolvió guardarle, privándose en adelante de recibir cosa alguna de él.

Este socorro en efecto le era muy necesario. Despues de haber pagado los gastos de los funerales de su Padre, la gente que habia alquilado y el boticario, solo le quedaban veinte guineas, de las cuales la mitad podian ser miradas como debidas á las hermanas de Santa

Catalina, á quienes su pobreza no permitia añadir cosa alguna á sus gastos ordinarios.

Ella habia resuelto obligar á las hermanas á aceptar esta pequeña suma como una corta muestra de su agradecimiento á los cuidados que habian tenido por ella, y en seguida contaba retirarse en alguna cabaña de la vecindad, en donde sus gastos seria mas proporcionados al estado de su fortuna, hasta que su salud fuese bastante restablecida, para que pudiese ganar su vida; pero se estremecia al solo pensamiento de dejar Santa Catalina, y de ir á vivir entre paisanos groseros. Era para ella esponerse á un mar borrascoso, sin medio alguno de resistir á la tempestad.

Lord Mortimer se la habia puesto en estado de diferir su salida de Santa Catalina, y se resolvió á quedarse aun allí durante el tiempo que él le pedia, y seria suficiente para terminar sus incertidumbres, que si entónces los separaban sus destinos, ella habria recobrado su salud en términos de poder entregarse al trabajo que su situacion exigia. Corrian de sus ojos lágrimas de reconocimiento y sensibilidad, cuando pensaba en aquel que aliviaba su cora-

zon del peso de que estaba oprimido.

Al fin se acordó que la superiora se habia retirado al jardin por complacencia suya, y que sin duda esperaba que la llamasen. Enjugó pues sus lágrimas, y doblando la carta que estaba mojada con ellas, se fué al jardin con la resolucion de no comunicar nada de su contenido, para no dar á conocer unas esperanzas que hasta entónces ella misma habia considerado como estravagantes, y que como todos los proyectos de los hombres estaban sujetos á ser desconcertados.

Encontró á la superiora y sor María sentadas bajo un arco medio arruinado y cubierto de yedra. Jesus! mi querida Miss, dijo esta última, yo he creido que jamas volverias! Nuestra buena Madre me ha detenido aquí á pesar mio, aunque le haya dicho veinte veces que las tortas que he heco para el té estarian quemadas, y que durante el tiempo que leiais la carta de lord Mortimer, podia muy bien iroslo á decir. El regreso de Amanda volvió la libertad á la impaciente sor María, y se fué. La superiora arrojó una mirada penetrante sobre su jóven amiga, reparó que habia llorado, y distinguió que sus lágrimas

habian sido de alegría. Ella tenia demasiada delicadeza y discrecion para preguntar á Amanda, cual era el motivo; pero le tomó la mano, y la apretó teniendo valor de decirle: veo, mi querida hija, que habeis sabido alguna cosa agradable, y mi corazon está simpático con el vuestro, tanto en vuestra alegría como en vuestro dolor.

Amanda contestó á la buena superiora con el mismo sentimiento y la misma espresion dejando correr algunas lágrimas. Sor María vino luego á llamarlas para comer las tortas calientes que habia hecho para tentar á Amanda á que tomase alguna cosa sólida. Toda la comunidad estaba junta tomando el té cuando entró el médico. Amanda se puso colorada, y afectó seriedad al verle; pero él se chanceó ligeramente sobre su gravedad; y cuando la superiora y religiosas se hubieron retirado, segun su costumbre, para sus oficios de la tarde, le dijo que temia no hubiese hecho bastante atencion á lo que contenia el libro que le habia traido el dia anterior. Amanda conoció por el tono con que le hablaba, que estaba instruido de sus relaciones con Mortimer, y por consiguiente le contestó que si él

conociese los motivos que tenia para portarse así, no lo desaprobaria, y despues añadió, que detestaba todo género de estratagemas, y que le sabia mal que hubiese empleado una con ella.

El doctor contestó que no se haria jamas escrúpulo alguno de emplear un estratagema para llegar á un buen fin; que lord Mortimer era el jóven mas amable que jamas hubiese conocido; que habia ganado su corazon y le deseaba todo bien. El me ha empeñado, continuó, á imaginar un pequeño artificio á fin de hacer pasar á vuestras manos su carta. Cuando le he visto con tanta pasion é inquietud por vos, no habiendo tenido aun tiempo de conoceros por mí mismo, he creido sobre su palabra en las gracias y virtudes que os atribuia; pero despues he visto muy bien que en efecto las poseeis Vos os sonreis, y vuestras miradas parecen decirme que soy un adulador. No, Miss Fitzalan, os lo juro. Os creo realmente digna de lord Mortimer; y os aseguro que hablándoos así, os hago el mayor cumplimiento que haya hecho á muger alguna. Yo le he hallado consumido de dolor; me ha confiado sus inquietudes y sus penas, y despues de haberlo oido, he orado tan de-

votamente como puede hacerlo el mejor christiano por vuestro restablecimiento, y para que todas vuestras aventuras acaben como una comedia, por un buen casamiento.

Vuestros deseos son muy corteses, le dijo Amanda sonriéndose. A fe mia, dijo él, que son sínceros, y no me acuerdo haber estado mas mortificado por un siniestro suceso, que cuando he visto que las cosas no corrian bien entre vos y Mylord; pero yo no desespero. En todas mis penas, de que el cielo me ha dado mi parte, he visto las cosas siempre por el lado halagüeño, y con el mismo aspecto las veo para mis amigos. Yo espero veros establecida á Carberry-Castle dueña de la casa, y á mí vuestro primer médico. Este recuerdo de un suceso tan lejano y tan incierto en el concepto de Amanda, la turbó mucho: ella se puso pálida y colorada alternativamente, y dejó ver á su doctor, hombre de bien pero un poco hablador, que habia tocado la cuerda sensible. El mudó de conversacion; y cuando la vió mas tranquila, se levantó para despedirse. Amanda le detuvo un momento para hacerle recibir un billete de diez guineas; pero él estuvo inflexible, y le di-

jo con alguna dignidad, que hasta que la enfermedad de que el corazon de Mortimer estaba afecto fuese aliviada, no recibiria honorario alguno de sus visitas, y que él las continuaria de tanto en tanto, por encargo que tenia de cierta persona de atisbar lo que pasaba en el resinto de los muros de Santa Catalina.

Á la mañana siguiente Amanda se ocupó en sus asuntos. Dió á la comunidad treinta guineas, las cuales tuvo mucha dificultad en hacérselas acceptar; pero cuando les habló de pagarles una pension para lo sucesivo, manifestaron que no lo consentirian, despues de haber sido pagadas tan liberalmente de los gastos que les podia haber ocasionado. Ella les contestó, que si no le permitian pagar su manutencion y su hospedage, las dejaria aunque á pesar suyo; asegurándoles por otra parte, que se hallaba en estado de hacer este gasto.

En fin se convinieron que les pagaria su pension de cuarenta libras esterlinas cada año, suma considerable respecto á la frugalidad de su modo de vivir. Ella habia hecho trasportar al convento todo lo que habia sacado de la casa de su Padre, y todo cuanto le per-

tenecia, é hizo poner en una grande arca todo lo qué no necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender á Dublin su harpa y su guitarra; pero se determinó á guardarla hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad, y proveher á sus necesidades. En fin resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en ménos estado de combatir.

CAPÍTULO VI.

El vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía, originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su Padre, á mas del pesar que tenia de su pérdida, se mesclaba la

idea deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuacion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver desde lo alto lo que pasa en este mundo, su Padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento en lord Mortimer; pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado; y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entretener estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas. Dueña absoluta de su tiempo y acciones, leia, trabajaba y paseaba á su voluntad, cuando y como queria. Ella no se alejaba mas allá del resinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido va-

lor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante estendido para proporcionarle largos y variados paseos; y en la calma de la tarde, cuando solo se oia el balido de los rebaños y el ligero zuzurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magestuosas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces con una religiosa, y las mas de ellas sola con sus pensamientos.

Habia pasado así unos quinse dias despues de la partida de lord Mortimer, cuando una mañana se oyó detenerse una carroza en la puerta grande del convento. Sentada Amanda á su labor en la sala con la abadesa, se sobresaltó á este ruido. Se puede bien creer que su primer pensamiento se dirigió á Mortimer. Cuando abrieron la puerta fué grande su admiracion al ver comparecer á Mistriss Kilcorban y sus dos hijas.

Amanda se quedó muda de sorpresa, sin poderles hacer el cumplimiento de costumbre. Las hijas la saludaron con un aire frio y reservado, y la madre la trató con una familiaridad grosera, que se creia en derecho de tener con una persona reducida á la situacion en que se hallaba Amanda. Querida mia, dijo, no podréis creer là pena que hemos te-

nido con la relacion de vuestras desgracias. Nosotras hasta ayer no llegamos aquí; pues hemos pasado todo el invierno en la ciudad muy agradablemente en bailes, fiestas y sociedad; pero, como queria deciros, nosotros hemos estado de vuelta mucho ántes de mi antigua costumbre, porque he preguntado nuevas de todos mis vecinos, y lo primero que he sabido ha sido la muerte del Capitan. No os desconsoleis, mi querida, es un paso que todos debemos dar, es la ley comun, como dice el doctor en su sermon; de manera que sabiendo la muerte de vuestro Padre y vuestra miseria, he buscado en mi imaginacion algun recurso para vos, y al fin he encontrado uno que he comunicado á mis hijas, y os será muy bueno, dándoos medios de ganar vuestra vida honradamente. Sabréis pues, querida mia, que la aya que habia llevado conmigo á la ciudad no ha querido volver con nosotros; es, por decirlo de paso, una tontuela. Bajo este supuesto he pensado que su plaza era precisamente lo que os convenia. Vos enseñaréis el frances á mis cuatro pequeñas hijas; las enseñaréis á trabajar, y como teneis gusto ayudaréis á mi hija mayor á hacer sus modas y

componerlas; yo doy veinte guineas de salario. Cuando no tenemos forasteros la aya come á nuestra mesa; y por otra parte está bien tratada por todos respetos.

Durante este discurso tan espresivo como elocuente, la palidez de Amanda habia hecho lugar en sus mejillas á un encarnado vivo, escitado por su indignacion. Vuestras intenciones, Señora, le contestó, pueden ser obsequiosas, pero no puedo aceptar vuestros ofrecimientos.

Ay buen Dios! replicó Mistriss Kilcorban; por qué los rehusais? Es por que no estais en estado de instruir á mis hijas? lo que en efecto puede ser, pues hay tantos que pasan por tener talentos que no poseen; pero esto no me detiene. Yo os tomo como sois, por que habeis sido siempre una buena muchacha, y os comportais bastante bien: sin embargo, si estoy obligada á tomar maestros para mis pequeñas hijas, no podeis esperar las veinte guineas de salario; pues entónces os rebajaria alguna cosa. La superiora que hasta entónces habia guardado silencio, tomó entónces la palabra y dijo: Miss Fitzalan, Señora, jamás se ha envanecido de tener talentos que no poseyese, ántes bien su modestia oculta los que tiene. Si rehu-

sa vuestros ofrecimientos, no es por que se crea incapaz de instruir á vuestras hijas, sino por que ella no podria soportar que se la tratase con tan poco miramiento como vos le manifestais. Si su situacion le obliga á emplear sus talentos para ganar su vida, espero que jamas se verá reducida á la mortificacion de vivir con unas personas que no estimarian lo que vale, ni le tendrian el respeto que se merece.

Muy bien, Señora, muy bien, replicó Mistriss Kilcorban, eso es tener grande confianza; mas de una muchacha valiendo tanto como ella, se contentaria con encontrar semejante ofrecimiento.

Mama, dijo, Miss Kilcorban, puede ser que Miss tenga á la vista otro mejor establecimiento. Nos olvidamos que lord Mortimer ha pasado últimamente algun tiempo á Carberry-Castle, y todo el mundo sabe que tiene múcha amistad á la hija del capitan Fitzalan: ó puede ser, hermana mia, dijo Miss Alicia, que quiere ser religiosa.

Yo creo en efecto, continuó la madre, que ella no tiene ganas de ser nada bueno. Por algo será seguramente el haber reñido con Lady Greystock. Ay buen Dios! ved solamente to-

do lo que llena el aposento; música, libros, una harpa, una guitarra, como si nada tenia que hacer sino cantar, y perder así todo el dia. Por lo demas yo no he venido solamente para proponeros venir conmigo; pero queria ofreceros un buen precio de vuestra harpa, de vuestra guitarra y de vuestra música, suponiendo que en vuestra situacion no teneis necesidad de todo esto; y apostaria que rehusais tambien vendérmelo.

Ciertamente, Señora, dijo Amanda, solo al último apuro me desharé de estos objetos tan queridos, pues los tengo de mi Padre. Muy bien, hija mia; yo deseo que tanto orgullo no sea humillado, y hablando así salió del aposento con sus hijas, las cuales bajo un aire de desprecio ocultaban la indignacion que sentian por el recibimento que habian tenido.

La superiora despues de su partida rió mucho del acceso de cólera que habia dado á Mistriss Kilcorban; y Amanda que consideraba á esta muger y sus hijas como seres del todo insignificantes, se repuso luego de la turbacion que le habia causado su visita.

Al anochecer recibió una carta de la que le dijeron que esperaban respues-

ta. Ella la abrió con precipitacion; pero en lugar del escrito de Mortimer que esperaba ver, leyó lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

»Amable criatura; jamas he reido »tanto, como cuando mi Madre y »hermanas me han dado cuenta del »recibimiento que han tenido en San»ta Catalina. Pardiez que ha debido ser »escelente. Yo no he podido ménos de »admirarme de su locura, cuando han »imaginado que una tan hermosa mu»chacha como vos se emplearia en ins»truir un hato de mocosillas. Para ir »al hecho, mi querida, os propongo »que en adelante os tengais cuidado. »Trasladaos á Dublin, poneos en buena »habitacion, y declarad abiertamente que »sois la soberana de mi corazon. En es»te caso os prometo una situacion dig»na de envidia. Espero vuestra contes»tacion para levantaros de la obscuri»dad en que estais sepultada sobre un »teatro brillante, del que seréis el orna»to. A Dios, mi querida, creed que os »soy enteramente adicto

B. Kilcorban.

No se puede pintar la indignacion de Amanda al leer esta impertinente carta. Se pasó algun tiempo ántes que fuese bastante dueña de sí misma para dar á conocer á la superiora la causa de su agitacion. Al fin convinieron entre las dos, que Amanda le enviaria la respuesta siguiente.

»El autor del billete insolente y grosero que se acaba de recibir, solo merece el desprecio; pero si repite sus insultos, le podrá suceder algo peor."

A la verdad ella no temia que Kilcorban perseverase, pues no tenia la constancia ni los recursos de Belgrave. Este era un libertino por principios, y el otro lo era por esteriodad, y mortificando su orgullo, estaba segura de desembarazarse de él.

Pero el reposo de Amanda debia ser otra vez turbado. Al dia siguiente el padre O-Gallaghan, aquel gordo y pequeño ministro de quien se ha hecho mencion al principio de esta historia, vino á Santa Catalina. Él no era el capellan del convento, pero iba á menudo, y era amado de toda la comunidad. Habia estado muy inquieto por la enfermedad de Amanda. Él la encontró sola en la sala; se sentó á su lado, y toda

su fisonomía parecia decirle que tenia alguna cosa de agradable que comunicarle.

Mi querida, le dijo él fijando en ella sus ojos con un aire risueño, ¿no estariais muy contenta de dejar esta triste habitacion para encontrar propiamente una buena casa, donde pudieseis recibir vuestros amigos y tener todas las comodidades? Sin duda, respondió Amanda, pues aunque no encuentro esta mansion triste, estaria muy contenta de encontrar un establecimiento como es el de que me hablais.

Ah! yo os he mirado siempre como una muchacha razonable. Y bien, bribonzuela, ¿que diriais al que os ofreciese esta buena fortuna, y os dijese que puede al momento mismo ponerla en vuestras manos? Amanda se admiró. Al principio creyó que se chanceaba; pero vió que hablaba seriamente. Sí, mi querida hija, continuó con el tono y aire de una perfecta satisfaccion, tengo un ofrecimiento que proponeros, que haria saltar de alegría á muchas de las niñas que conozco.

¿Os acordais bien de lord O-Flannaghan, en casa de quien tomasteis el té el verano pasado? Y bien, el hijo ma-

yor, tan buen muchacho como puede serlo, se ha prendada de vos. Pero como debiais dejar el pais, y por otras razones, habia creido inútil hasta ahora declarar su pasion; mas viendoos de vuelta, á fe mia que ha tomado ánimo y ha ablado de vos á su Padre. El viejo O-Flannaghan es un hombre de bien, y consiente en el casamiento de su hijo con vos. La casa es buena y bien provista. El Padre lo pondrá todo en manos del hijo mayor. El pequeño vivirá con vos hasta que sea casado, y se halle en estado de llevar por cuenta suya una hacienda. La hija mayor es casada, la segunda vive con ella, y la última os será útil en vuestra casa. Solo hay una pequeña dificultad, que es la diferente creencia; pero cuando se toca este artículo, les he dicho que sobre esto no tengan inquietud alguna, que yo os conocia por una persona muy razonable, y que no rehusariais ir á la capilla en lugar de ir á la iglesia, para procuraros un ventajoso restablecimiento, de manera, querida, que yo espero daros sin dilacion la bendicion nupcial, y ser el director de vuestra conciencia.

Amanda habia escuchado el discurso del ministro hasta el fin, aunque con

grande admiracion. Ella se levantó, y habria salídose del aposento sin responderle, si no hubiese temido que el padre ignorante, no esplicase bien su silencio y su huida. Por esta consideracion se detuvo, y le contestó que estaba ofendida de la libertad que se daba á responder por ella, en materias tan importantes como las de la religion; y para probarle cuan mal instruido estaba de sus disposiciones en todo como en esto, le aseguraba que la embajada que acababa de dar, era perdida para todos aquellos que se la habian encargado, y desagradable á ella; que si Mr. O-Flannaghan buscaba su dicha en el casamiento no la encontraria sino con una muger de su clase: y formada al mismo género de vida que él. Acabando de decir dejó el aposento con un aire de dignidad, que confundió del todo al pobre capellan; de manera que tomó el sombrero apresuradamente, y se fué á la casa de O-Flannaghan á dar cuenta del mal éxito de su visita, muy mortificado por haber perdido los regalos de boda, y el guisote con el que su imaginacion se ocupaba deliciosamente.

Fué menester algun tiempo para reponerse Amanda de la desagradable agi-

tacion en que la habian tenido las visitas de Kilcorban y la del capellan. Estos dos ataques la convencieron que ella no era bastante para sostener tales combates, y solo tenia un medio de ponerse á cubierto de ellos, la proteccion de lord Mortimer, cuando adquiriendo el dereco de defenderla, la habria hecho una de las personas mas felices de su sexo.

CAPÍTULO VII.

Un ataque mas recio se preparaba para Amanda. Cerca de quinse dias despues de la visita de las Kilcorban y del capellan, una tarde que segun su costumbre se abandonaba á sus pensamientos melancólicos en medio de las solitarias ruinas del convento, vió de léjos á un hombre bajo un arco medio arruinado, y reconoció al horrible Belgrave. Amanda arrojó un grande grito, y en un susto inesprimible dió algunos pasos atras. Cruel Amanda! le gritó Belgrave, y al mismo tiempo parecia querer aprovecharse de la situacion en que la hallaba; pero las miradas y la voz de este enemigo la sacaron de la especie de estupor en que habia caido al verle, y le dieron fuerzas; y como él se acercaba

siempre, hizo un salto, y con estrema ligereza, habiendose enredado en las revueltas obscuras y embarazadas de las ruinas, que ella conocia mejor que él, llegó al convento. Sus ojos inquietos, y su semblante pálido espantaron á la buena superiora, la cual le preguntó la causa del trastorno en que la veia. Amanda no estaba entónces en estado de hablar; la aparicion de Belgrave la habia aterrorizado como un presagio de todas las desgracias. Su sangre estaba helada en sus venas, y todas sus facultades estaban en suspension. Sor María vino á su socorro, y con agua y algunos espíritus le hizo volver la palabra, y se alivió con las lágrimas. La superiora renovó sus preguntas; pero viendo que no queria responder delante de sor María, despidió á esta bajo cualquier pretesto. Amanda habia confiado ya á la superiora los sucesos de su vida, de manera que sabiendo que habia encontrado á Belgrave, ya no se admiró de la agitacion que su aparicion le habia causado. Ella procuró persuadirla que sus temores no eran razonables; le recordó la proteccion del cielo que la habia arrancado de las manos de Belgrave, y sobre la cual su inocencia le daba derecho de contarlo aun

Tambien le hizo observar la seguridad del asilo, en el cual estaba cercada de amigos cuya vigilancia no se adormeceria, y cuyo zelo desconcertaria todas las estratagemas que podrian emplear contra ella.

Amanda se sosegó escuchando á la respetable superiora. A la voz de la amistad y de la religion, volvió á tomar su serenidad, su firmeza y la elevacion de su alma. Entónces conoció que despues del socorro milagroso que le habia dado la Providencia contra el atentado de Belgrave, seria un crímen abandonarse á la desesperacion; pues esto seria faltar á la confianza, en el poder y palabra del que ha prometido poteger la inocencia.

Sin embargo convinieron entre ellas que Amanda no saldria mas del recinto del convento, y que limitaria sus paseos al jardin que estaba circuido de una grande muralla, en donde no habia parage alguno para poderse ocultar. Solo faltaban tres semanas de los tres meses que lord Mortimer habia pedido que pasase en Santa Catalina. Ella se lisongeó que ántes de espirar este término Belgrave cesaria de perseguirla, y se retiraria. Entónces, si no sabia cosa alguna de

Mortimer, estaba determinada á renunciar á toda esperanza de volverle á ver, y adoptar algun plan de vida y de trabajo que pudiese procurarle su subsistencia.

Ella se volvió á dedicar á dibujar y bordar. Habia hecho algunas obras de esta especie de las que estaba segura de encontrar un buen precio en caso de hallarse obligada á venderlas. Con todo siempre que se veia obligada á detenerse en esta idea, corrian algunas lágrimas sobre sus mejillas; pero las enjugaba prontamente, esforzándose á fortificar su alma con una piadosa resignacion al destino que la Providencia le preparaba.

Tres semanas se pasaron aun sin suceso alguno que turbase su tranquilidad; pero al acercarse el término fatal de los tres meses, se acrecentó mas su agitacion; veia con espanto acercarse la crísis que iba á decidir su suerte.

En la actual situacion de su alma evitaba por la primera vez la soledad: tenia necesidad de huir de sí misma, y estaba continuamente con la superiora, la cual no tenia de triste ni de austera sino el hábito.

Una tarde estaban conversando juntas despues del té, cuando sor María

entró con un grande pliego, que arrojó á Amanda ántes de presentárselo, gritando: es de lord Mortimer. Yo deseo que este jóven importuno no haya vuelto, pues íbamos á tenerle sin cesar corriendo aquí y atormentándonos.

De lord Mortimer! esclamó Amanda. O Dios!... ella no dijo mas; y tomando el pliego salió de la sala y se fué volando á su aposento. La carpeta encerraba dos cartas; el sobre de la primera era de una mano incógnita; el de la otra era de Mortimer. Ella abrió la primera, y leyó lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

»Ya me teneis de vuelta, mi querida »Amanda, para deciros que en ade»lante nada podrá separarnos; que esta»mos al término de la recompensa de »nuestra constancia recíproca; al fin de »nuestras penas y sufrimientos, y bien »pronto tendrémos un mismo nombre, »un mismo interes y un mismo destino."

Lágrimas de alegría corrian de los ojos de Amanda. Será esto verdad? se preguntaba ella. Cómo puede ser? Qué! Mortimer, á quien he amado tanto tiempo sin esperanza, habrá venido en efecto á mi lado para no separarse jamas?

Sí, es verdad. Y jamás podrá pagarlo mi corazon con bastante reconocimiento; pero cómo ha sucedido esto? Ella enjugó sus ojos y prosiguió:

»Vuestra solemne denegacion á consen»tir á nuestra union me habia abismado »en un profundo desconsuelo; pero el »verdadero amor, como el verdadero va»lor, jamas desespera, y no cede á los »obstáculos hasta haber hecho el último »esfuerzo para vencerlos. En este con»cepto yo mismo me reanimé del aba»timiento que me habia causado vues»tra resolucion, entregándome entera»mente á la ejecucion de un plan que »habia formado mucho tiempo ha, y cuyo »éxito me parecia asegurado. Vos podeis »juzgar de mi impaciencia para conse»guir mi fin, cuando os recordaré mi »marcha de Carberry-Castle tan precipi»tada, que ni yo mismo he suplicado »despedirme de vos. No os disimularé »que tenia que combatir muchas dificul»tades para probar al mundo que yo »no era juguete del amor, sino el ami»go y el defensor de la virtud. Por lo »que os digo debeis conocer, que las di»ficultades de que hablo eran las que »encontraria en desentrañar el profundo »y execrable complot que os ha arroja-

»do en una tan cruel situacion, y tan »propia á manchar hasta vuestro carác- »ter á la vista de los hombres. Con una »mezcla de orgullo y de placer me he »hecho vuestro campeon, he emprendido »vengar vuestro honor, y probar clara- »mente que vuestra alma es tan pura, »tan angélica, tan amable como lo anun- »cian los encantos de vuestra persona, »de los cuales pueden los ojos juzgar.

»A mi llegada á Lóndres fuí bastan- »te feliz, por encontrar aun á Lady »Manta Dormer en casa de mi Padre. »Yo le habia dicho que iba á hacer »una visita á mi hermana al pais de »Gáles. Mi Padre sospechó que el ob- »jeto de mi viage no habia sido este; »pero conocí tambien que no queria de- »jarle conocer sus sospechas, pues me »hizo algunas preguntas sobre mi her- »mana, á las cuales respondí con poca »destreza para que él no hubiese podido »apurar mas; y un autor de comedia »hubiera podido encontrar motivo para »una escena muy buena en lo que pa- »só entre nosotros.

»A mi vuelta el marques de Rosli- »ne y toda su familia estaban aun en la »casa de campo. Su ausencia me dió »grande gusto, no solamente dispensán-

»dome de frecuentar una sociedad que »aborrecia, sino dándome la facilidad de »interrogar á las gentes de su casa, en»tre las cuales estaba convencido que »encontraria los agentes corrompidos »que la Marquesa habia empleado con»tra vos. A la mañana siguiente de mi »llegada me trasladé á Portman-Squa»re. El criado que me abrió la puerta »no me conocia, cuya circunstancia mi»raba como feliz; pues como no pudo »decir mi nombre á la ama de llaves »á quien deseaba ver, esta muger no »pudo estar tanto sobre sí como lo ha»bria estado sin esto. Ella se sobresal»tó al verme, y manifestó su temor y »su sorpresa. Despues de este primer »movimiento, ella se tranquilizó; y diri»giéndose á mí con un tono respetuoso, »me dijo que sin duda venia á saber no»ticias de Mylord y Mylady, procuran»do por este medio penetrar el motivo »de mi visita. Yo le hize luego compren»der que mi objeto era todo diferen»te. Le dije que venia á pedirle la car»ta que le habia entregado para Miss »Fitzalan, ó para saber en qué habia »parado; que contenia un billete de ban»co de una suma considerable que esta »jóven jamas habia recibido. Su cara y

»semblante la vendieron y denunciaron »mas fuertemente de lo que habrian he»cho una multitud de testigos: se puso »pálida, colorada, trémula y balbuciente, »bajó la cabeza para evitar mis mira»das. Yo le dije que en el estado en »que la veia se hallaban confirmadas »mis sospechas; que sin embargo de »lo horrible que era la accion que »habia cometido, al mismo tiem»po era una infidelidad criminal y »una horrible inhumanidad, no que»ria llevar la cosa á todo rigor, con »tal que confesase franca y plenamen»te la parte que habia tenido, y la que »sabia que habian tomado otros en el »complot tramado contra Miss Fitzalan, »despues del cual habian introducido en »la casa al coronel Belgrave sin saber»lo esta jóven. Ella se tomó tiempo pa»ra responderme; parecia deliberar sobre »el modo con que se conduciria. En su »fisonomía ví que estaba fluctuando; y »queriendo sacar partido de esta dispo»sicion, le repetia lo que ya le habia »dicho: que si ella me decia todo lo »que sabia del complot tramado contra »vos y puesto en ejecucion en la ca»sa del Marques, arreglaria á su satis»faccion todo lo concerniente á la car-

»ta y al billete de banco. Y añadí que »no tenia duda alguna de vuestra ino- »cencia; pero que era esencial para vues- »tro reposo, que fuese probada con evi- »dencia á todos vuestros amigos; y en »fin que aquellos que contribuirian á »esta justificacion, serian liberalmente »recompensados de su sinceridad.

»Sobre esto me respondió con un »estremo descaro, que no diria una »mentira por dar gusto á quien fuese. »Yo os ahorraré las impertinencias aña- »dió, y acabó diciéndome que en cuan- »to á la letra, ella me apostaba lo »contrario, que era verdad que habia »recibido una para Miss Fitzalan, pero »que podia acordarme que vos os ha- »llabais mala; que se habian llamado »otros criados; que en la turbacion y »embarazo en que se hallaban, no sabia »en que habia parado la carta, de la »que se podia pedir cuenta á muchos »otros tanto como á ella.

»Yo no fuí mas dueño de mí mis- »mo. Le dije que era una pícara, y que »solo era propia para el diabólico em- »pleo de que la habian encargado. El »billete de banco que encerraba la car- »ta, se me habia enviado por un agen- »te de negocios de mi Padre, con un

»resguardo de la posta, y yo habia con-
»servado el número de él. Dejé pues á
»Portman-Square para ir al momento
»al banco, y detener el pago si no se
»habia hecho aun. Con este intento en-
»tré en el primer coche de alquiler, y
»tuve la satisfaccion de encontrar que
»no se habia aun presentado el billete.
»Yo sospeché luego que ella se apresu-
»raria á hacérselo pagar, y dejé mi nom-
»bre en el banco, requiriendo que se
»arrestase á cualquier persona que lo
»presentase.

»A la mañana siguiente un comisa-
»rio del banco vino á informarme que
»una muger se habia presentado con el
»billete de banco del que habia dado
»el número, y que la habian detenido
»hasta que yo viniese á hacer mi re-
»clamacion. Al instante me fuí con él,
»y tuve el mayor placer de ver á mi
»picarona cogida en el lazo. Ella se der-
»ritió en lágrimas al verme, y me dijo
»en voz baja que si queria tener pie-
»dad de ella, me haria una entera con-
»fesion de todo lo que sabia del asun-
»to de que le habia hablado el dia an-
»terior.

»Yo le dije que no merecia que se
»le tuviese ninguna lástima; pero que

»sin embargo, como le habia prometi-
»do tratarla con dulzura si me lo con-
»fesaba todo, bajo esta condicion yo
»tendria mi promesa. Retiré el billete
»de banco de sus manos, envié á bus-
»car un coche, y me la llevé á Port-
»man-Square. Al entrar en la sala se
»arrojó á mis rodillas é imploró mi cle-
»mencia. Yo le dije que se levantase, y
»no difiriese mas tiempo una confesion
»sincera de todo lo que supiese de los
»complots tramados contra vos. Ella me
»confesó que con Mistriss Jánes, la
»camarera destinada para serviros, ha-
»bian sido instruidas y empleadas para
»la ejecucion de todos los planes ima-
»ginados para perderos: que la Marque-
»sa no les habia disimulado el odio in-
»veterado que os tenia: que sus escrú-
»pulos (pues ella pretendió que al prin-
»cipio se les prohibiese á ellas partici-
»par de sus proyectos) habian cedido
»al temor de que la Marquesa no les
»dañase mucho si la resistian, y á las
»recompensas que les habia prometido
»y que jamas les habia dado; pero es-
»ta relacion no me satisfacia. Pedí pues
»una escribania y papel, y le declaré
»que me era necesario que me hiciese
»un detall mas exacto de todo lo que

»habia pasado entre ella y la Marquesa »relativamente á vos. Ella titubeó aun: »le dije que mi indulgencia era á este »precio, y que si me contentaba en es»te punto la recompensaria largamente. »Ella en fin cedió: me describió toda »esta escena de iniquidad, y el modo »con que el coronel Belgrave habia sido »introducido en el cuarto por ella y »Mistriss Jánes, y como ámbas se ha»bian ocultado para oir, y como habian »sabido todo lo que habia pasado entre »vos y el coronel Belgrave, que ella me »ha contado casi en los mismos térmi»nos que vos cuando me hicisteis la re»lacion. A medida que hablaba, yo es»cribia y la hice firmar el papel con »una declaracion que esta era su con»fesion verdadera de su parte, y de la »de los otros que habian contribuido á »los complots tramados contra el honor »de Miss Fitzalan.

»En seguida le hablé de Mistriss Já»nes, cuyo testimonio deseaba que con»firmase todo lo que acababa de declarar. »Ella me aseguró que la obtendria pro»metiendo à esta muchacha una recom»pensa; tanto mas que Mistriss Jánes es»taba muy descontenta de la Marquesa »y Lady Eufrasia, por que no habian

»cumplido las promesas que le habian »hecho de pagarle bien sus servicios. Já»nes estaba entónces en la campaña; pe»ro la ama de llaves me prometió que »encontraria un medio de hacerla venir »á la ciudad ántes del domingo, y que »me avisaria de su llegada. Yo le pro»metí que no se hablaria mas del nego»cio del billete de banco, y le di uno »de cincuenta libras esterlinas, como la »recompensa que le habia prometido, y »le dije que podia prometer otro tanto »á Mistriss Jánes.

»Esta llegó en fin á Lóndres; la ama »de llaves me lo hizo saber, y me apre»suré á trasladarme á Portman-Square »para desempeñar mi papel de inquisidor »general, y recibir la confesion de la cul»pada que coincidió perfectamente con la »ama de llaves, y llegué al fin de hacer»le firmar uno y otro. Aun me quedaba »vuestra huéspeda Mistriss Jennings, la »buena amiga de Lady Greystock, á quien »me faltaba confundir, y quitar la másca»ra á su malicia. Yo encargué á un cria»do de los mios, que se informase cual »era su reputacion entre sus vecinos, y »supo que su carácter era muy sospecho»so. Llegué pues una mañana á su casa »con mi coche, sabiendo que el aparato

»de la dignidad y de la riqueza tendria »mas influencia que la misma voz de la »conciencia. Ella pareció muy confusa de »mi visita, y esperaba con inquietud co»nocer su objeto. Yo no la tuve en sus»pension mucho tiempo; le dije que era »el amigo de una señorita jóven, á quien »habia falsa y bajamente calumniado. Su »conciencia le decia ya el nombre de la »señorita, y su semblante se puso colora»do cuando articulé el de Miss Fitzalan.

»La infeliz parecia quererse ocultar »bajo la tierra. Yo le repetí todo lo que »ella habia dicho de vos á Lady Greys»tock Le puse á la vista las consecuen»cias que podia tener una semejante dis»famacion si fuese denunciada á la jus»ticia, y le dije que seria perseguida con »todo rigor, si al momento no confesa»ba que sus conversaciones sobre vos »habian sido otras tantas falsedades, y »los motivos que la habian inducido »á ello. Ella fué asaltada de terror é »imploró mi perdon. Yo le dije que no »le obtendria sino por su confesion. Ella »confesó que os habia cruel y grosera»mente calumniado en cuanto habia di»cho de vos á Lady Greystock; que du»rante vuestra mansion en su casa habia »tenido diferentes ocasiones de conven-

»cerse de la pureza de vuestra inocencia,
»y de la sinceridad de vuestra virtud;
»pero que habia sido inducida á hablar
»mal de vos por el resentimiento que te-
»nia de que le hubieseis hecho perder
»los ricos presentes que el coronel Bel-
»grave le habia prometido, si podia in-
»duciros á entregaros á él. Ella me con-
»tó todas las estratagemas que juntos ha-
»bian concertado para vuestra pérdicion;
»me entregó algunas cartas de este hom-
»bre á vos que ella le decia falsamente
»que habiais recibido, por no perder la
»recompensa que le daba por cada una
»de las que os entregaba.

»Yo le dije, en fin, que ella podia te-
»nerse por muy feliz de que el negocio
»hubiese recaido en amigos de Miss Fit-
»zalan mas que en otros, que no habrian
»tenido la misma indulgencia; en fin os
»juro que si la cuenta de los calumnia-
»dores se discutiese así, la raza se ester-
»minaria prontamente, y no se verian tan-
»tas víctimas sacrificadas á la malicia, á
»la venganza y la envidia.

»O mi querida Amanda! yo no pue-
»do pintaros la alegría que sentí cuando
»llegué al fin de disipar todos los obstá-
»culos que se oponian á mi felicidad: yo
»me hallé el mas feliz de los hombres,

»cuando me hube convencido por mí mis-
»mo de vuestra inocencia, y que tenia
»en mis manos los documentos con que
»manifestarla á todo el mundo.

»El momento de hacer pública mi re-
»solucion habia llegado ya. A la mañana
»siguiente de mi visita á Mistriss Jennings
»pedí una conferencia á Lady Martha; yo
»creo que ya habia adivinado el asunto
»de que queria hablarle. En mi fisono-
»mía conoció que tenia muy buenas no-
»ticias que darle. No os trasladaré nues-
»tra conversacion; bastará que os diga
»que esta escelente muger no solamente
»participó de toda mi satisfaccion, sino que
»quiso acrecentarla, y ántes que le hu-
»biese declarado enteramente mi proyec-
»to, me anunció que ella miraba en ade-
»lante á mi Amanda como su hija, y que
»le aseguraba con este título todos sus
»bienes. Sí, mi querida Amanda, los bie-
»nes que ella me destinaba, me dijo que
»los emplearia en adquirirme el mas pre-
»cioso de todos los tesoros, el mas raro
»de todos los bienes que el cielo pudie-
»se darme, y que tiene en mi concepto
»un precio inestimable tanto mayor cuan-
»tos mayores riesgos he corrido de per-
»derle. Yo me arrojé á los pies de Lady
»Martha en los transportes de mi reco-

»nocimiento, y le confesé que ella habia »anticipado mis deseos, pues estaba de»terminado á implorar su generosidad, »despues del momento que habia conocido »que vuestra invariable resolucion era de »no uniros conmigo sin traerme algun »dote, para no violar la promesa que ha»biais hecho á vuestro Padre, y no jus»tificar la dureza del mio para con Miss »Fitzalan.

»En seguida nos convenimos en te»ner á lord Cherburry ocultos nuestros »proyectos. Nosotros queríamos coger de »improviso á la Marquesa y Lady Eu»frasia, esperando por este medio que »conseguiríamos desengañar mas fácilmen»te á mi Padre sobre el juicio de estas »dos señoras.

»Él me habia manifestado mas de una »vez su deseo de que fuese á hacer una »visita al Marques en la casa de campo. »Yo le dije que hacía cuenta de ir al dia »siguiente. Lady Martha me propuso de ir »tambien; y mi Padre no faltó á poner»se de funcion, para suplir sin duda »en sus atenciones por las damas las ne»gligencias del hijo.

»Tuvímos la felicidad de encontrar »toda la familia junta. Las damas manifes»taron mucha satisfaccion de nuestra lle-

»gada, y se alegráron, decian ellas, de »verme con tan buen semblante. El mis»mo Marques, á pesar de su acostumbra»da frialdad, dijo que estaba muy alegre »de verme. La Marquesa y Lady Eufra»sia se me sonreían, y yo me decía á mí »mismo mirándolas: ¡ah mugeres viles y »falsas! vuestro triunfo sobre la inocen»cia y belleza va á acabar prontamente. »Despues de haber pasado casi media ho»ra riendo y oyendo reir, me aproveché »de un momento de silencio y de inter»rupcion de la conversacion para empe»zar mi ataque. Seria demasiado desagra»dable para vos y para mí entrar en »los detalles. El crímen, la rabia y la »confusion se manifestaron al descubier»to en la Marquesa y Lady Eufrasia: »el Marques y Lady Greystock estaban »penetrados de admiracion, y mi Padre »consternado.

»Yo dije á la Marquesa que su re»sentimiento contra una sobrina inocen»te debia apaciguarse por todo lo que »habiais sufrido, y que me lisongeaba »que se alegraria de ver vuestra repu»tacion lavada de las manchas que ha»bia querido imputarle la calumnia; que »deseaba el modo fuese posible so»focar este asunto, y que con tal que

»quisiese emplearse á defender á Miss »Fitzalan de todas las malicias esparci- »das contra ella, con motivo de lo que »habia pasado en su casa, ocultaria cui- »dadosamente la parte que habia toma- »do en esta injusta persecucion.

»Ella me respondió con una voz so- »focada por la rabia, y con la afecta- »cion del mayor desprecio, que me da- »ba gracias de la justicia que decia que- »rer hacer á sus sentimientos; pero que »esta disposicion no era conforme á los »pasos que acababa de hacer, corrom- »piendo á sus criados para justificar á »Miss Fitzalan á espensas de su reputa- »cion: que ella se afligia de encontrar- »me capaz de tal maldad y de seme- »jante debilidad: que yo era vuestro ju- »guete por segunda vez; y que no se »admiraba de ello, pues en artificios »erais maestra consumada: que algun dia »os conoceria, pero demasiado tarde, y »que veria los vicios de que habia pro- »curado justificaros, desplegarse de nue- »vo, y castigarme mi loca credulidad.

»O sí! dijo mi Padre, esta mucha- »cha le ha embrujado; ella hará la des- »gracia de su vida, y trastornará todas »mis esperanzas. No es Miss Fitzalan »(repliqué yo moderándome tanto como

»pude) sino los enemigos de Miss Fit-
»zalan, los que me han hecho su jugue-
»te. Confieso que sus complots contra
»ella han conseguido engañarme. Me era
»imposible pensar que una cosa tan
»horrible, tan monstruosa, tan execra-
»ble, pudiese entrar en la imaginacion
»de unas personas obligadas por los la-
»zos del parentesco y de la hospitalidad
»á ser sus naturales pretectores, y yo
»preferia creer que debia á mi desgra-
»cia y á la fragilidad de la naturaleza
»humana el ser engañado, mas bien que
»á su bajeza y profunda maldad.

»Vos veis, Mylord, gritó el Mar-
»ques dirigiéndose á mi Padre, que con-
»fiesa su pasion por esta infeliz. Sí, re-
»pliqué, la confieso, y me glorío de ello:
»amándo á Miss Fitzalan amo la virtud
»misma; amándola no violo ninguna pro-
»mesa anterior; mi corazon jamas ha he-
»cho alguna que no pudiese cumplir.

»Miserable prevencion! dijo Lord
»Cherbury; pues porqué creyéndola cul-
»pable, como convenis en ello, la ha-
»beis seguido á Irlanda? Por qué no la
»habeis abandonado á la infamia que
»merecia? Ciertamente que vuestra ce-
»guedad se manifiesta bien en esto.

»Yo la he seguido, Mylord, repli-

»qué, con la esperanza de sacarla de »las manos de su seductor y volver- »la á su Padre. Queria endulzar el »destino del pobre Fitzalan. Ah! no »es en los brazos del crímen donde he »encontrado á Amanda, sino en los de »la muerte. A este solemne momento en »que acababa de depositar en la tum- »ba los tristes restos de un Padre ado- »rado, le oí afirmar su inocencia, y yo »me habria creido culpable de impie- »dad rehusando creerla cuando ella mis- »ma se creía cerca de su fin, y que »su alma parecia querer tomar su vue- »lo hácia el cielo. Desde este instante »ha quedado justificada en mi concep- »to, y tomé la resolucion de descubrir »hasta sus últimos escondrijos, los com- »plots tramados contra su inocencia, que »á mí mismo me habia deslumbrado. El »suceso ha sobrepasado mis esperanzas. »La Providencia ha venido en socorro »de la virtud paciente, y ha favorecido »al que ha emprendido vengarla.

»Contra mi primera intencion, mi »querida Amanda, os he dado este de- »tall de una parte de nuestra conver- »sacion. De lo demas bastará que os »diga, que la Marquesa ha insistido en »pretender que yo habia corrompido á

»sus criados, para denigrar su reputa-
»cion y defender la vuestra, en cuya
»tentativa, me ha repetido muchas veces,
»que no saldria con la mia.

»El Marques se defendió con la dig-
»nidad de su casa, y en la imposibili-
»dad de que la Marquesa la hubiese
»manchado con una accion de la espe-
»cie que yo la acusaba. Yo le respon-
»dí con el mismo calor, que la acusa-
»cion era demasiado bien fundada y sos-
»tenida por demasiadas pruebas, para
»que temiese que se refutase jamas: que
»me habia visto obligado á intentarla no
»solo por defender la inocencia calum-
»niada, sino por mi honor, que pron-
»tamente iba á ser esencialmente inte-
»resado en todo cuanto tocaba á Miss
»Fitzalan, y que estaria obligado á ha-
»cer públicas las acusaciones y defensas,
»si la Marquesa continuaba á denegarse
»á reconocer que en todo lo que ha-
»bia pasado en su casa, Miss Fitzalan
»habia sido el objeto de una infame ca-
»lumnia.

»La Marquesa rehusó hacer confe-
»sion alguna que os fuese favorable;
»y Lady Eufrasia, despues de las pa-
»labras por las cuales habia manifes-
»tado mi proyecto de unirme con vos,

»salió de la sala con un ataque de ner»vios.

»Yo conocí que lord Cherburry sin »embargo sospechaba á lo menos algu»na infamia, por algunas palabras que »dejó escapar, como por ejemplo, que »pues habia alguna trama en la aven»tura acaecida en la casa del Mar»ques, debia en toda justicia acla»rarse al momento; pero á pesar del »interes que ponia en la causa de la »inocencia, me pareció claramente que »temia romper con la familia del Mar»ques; que le habia chocado la clara »manifestacion que acababa de hacer, y »me separaba para siempre de Lady Eufrasia.

»Lady Martha Dormer habló á su tur»no diciendo que las pruebas que yo »habia tenido de la inocencia de Miss »Fitzalan eran incontestables, y me pon»drian al abrigo de la reconvencion de »haber sido juguete del artificio ó del »amor; que la sola humanidad, indepen»diente de todo tierno sentimiento, me »habria determinado á emprender vues»tra defensa; que vuestra causa era la »de la inocencia y de la virtud, causa »que debe apasionar á toda persona que »detesta la calumnia y la traicion, cu-

»yos tiros pueden temer no solo los »pobres y huérfanos sin defensa, sino »tambien los grandes y los ricos en el »seno de su prosperidad.

»Yo aun continué allí la relacion »que habia hecho de las disposiciones »y confesiones de los criados, y la re»futacion de la historia calumniosa de »Mistriss Jennings. Fortifiqué estas razo»nes produciendo una carta aun cerra»da del coronel Belgrave. En fin conti»nué á aumentar pruebas sobre pruebas, »de manera que pudiese formar una ver»dadera demostracion.

»La cólera de la Marquesa pasó en»tónces hasta frenesí. Ella insistió en de»fenderse y en acusaros, pero con un »semblante y un tono que se veia »manifiestamente el crímen y la ver»güensa que se le sigue, que era im»posible, viéndola, dejar de creerla cul»pada.

»La escena empezaba á ser dema»siado penosa para mí, y demasiado cho»cante para Lady Martha. Yo pedí que »se pusiesen los caballos en el coche de »mi tia con quien habia venido, prece»diendo á lord Cherburry, despues de »la idea de que podia quedarse mas tiem»po que nosotros en casa del Marques.

»Mi Padre en efecto se quedó con la »esperanza de acomodar las cosas, y vi»no al dia siguiente á Lóndres.

»Me he detenido ya tanto tiempo »sobre escenas desagradables, que debo »ahorrar las que siguieron, y de las que »no os hablaria de ellas si no fuesen la »escusa de mi larga ausencia de Carber»ry-Castle. Nuestros estorbos (vos veis »que uno ya vuestros intereses con los »mios) empiezan á disminuirse, y pue»do decir ya que todos los obstáculos »son al fin superados. Lady Martha me »ha encargado el haceros conocer sus »intenciones por vos, y mi Padre pa»rece estar perfectamente atento. El »me autoriza á aseguraros que desea te»neros por nuera, y que vuestro ingre»so en su familia será á un mismo tiem»po un honor y una dicha. Él os ten»drá una verdadera obligacion, si apre»surais este momento, y si le dais así »la ocasion de reparar por las atencio»nes de la hija la injusticia que ha he»cho á su Padre.

»Yo no he hecho mas que indica»ros vagamente las intenciones de Lady »Martha Dormer por vos. Las encontra»réis mas por estenso en la carta que »os escribe y que tengo el gusto de in-

»cluir en la mia. Os he hecho este lar-
»go relato por escrito, á fin de que
»en la primera conferencia nuestra
»conversacion no sea envenenada por
»memoria alguna molesta, y que poda-
»mos disfrutar tranquilos de la perspec-
»tiva de felicidad que se abre delante
»de nosotros.

»Pero ántes de cerrar mi carta, co-
»mo sé que estais muy léjos del egois-
»mo que hace que uno no se ocupe
»sino de sí mismo, debo deciros que
»he hecho muchas indagaciones para sa-
»ber el paradero de vuestro hermano,
»y que un habilitado del regimiento me
»ha dirigido á un oficial que estaba au-
»sente con licencia. Yo le he escrito en
»el lugar donde reside su familia; y des-
»pues de haber esperado largo tiempo
»inútilmente una respuesta, he despacha-
»do un espreso que me ha traido una
»respuesta política de su padre, en la
»que me decia que su hijo estaba au-
»sente por algunos dias, que debia vol-
»ver incesantemente, y que luego que
»esté de vuelta contestará á mi carta.

»Yo no dudo que despues de esto
»tendrémos luego nuevas de Mr. Fitza-
»lan. Entónces será toda nuestra ocu-
»pacion mudar ó mejorar su situacion

»sino le es agradable. Estad pues tranquila »por lo que respecta á él; pues hasta »que nos traslademos á Inglaterra, ten»drémos una carta de mi amigo: ¡qué al »volveros á ver no encuentre en vues»tro semblante encantador nube alguna »de inquietud!

»Por precio de la reserva que he »tenido rehusándome á la impaciencia »de veros esta tarde, os suplico me re»cibais mañana por la mañana tempra»no, y permitirme ir á desayunarme con »vos. Sin una espresa prohibicion de »vuestra parte, tendré por concedido el »permiso.

»Dicen que el contraste aviva el pla»cer; yo lo creo muy bien. Yo pienso »que sin haber esperimentado las agu»das penas de que tanto tiempo he si»do víctima, no sentiria un placer tan »vivo como el de que está lleno mi co»razon. Despues de verme obligado á »renunciaros, despues de haberos tan»tas veces llorado como perdida para »mí sin remedio, pensar que sois mia »para siempre, es una felicidad que no »puede esprimir ninguna espresion. Pue»do decir que mi dicha verdaderamen»te renace; pues sale de la tumba en »que la habia sepultado la desespera-

»cion. Pero yo olvido que aun teneis »que leer la carta de Lady Martha »Dormer. Vos veis, supongo que por »motivo de nuestra antigua amistad ha»bréis empezado por la mia, pero es »justo y razonable ahora que ceda el »lugar á mi tia. No debo olvidar deci»ros que mi hermana Araminta parti»cipa de nuestra dicha. Ella llegaba del »pais de Gáles cuando yo salí de Lón»dres, y no he podido darle tiempo de »escribiros. Sabréis tambien que la fa»milia del Marques y Lady Greystock, »que parecen en adelante compañeros, en »lugar de volver á la ciudad, han sali»do para Brighthelmstone; contra lo que »esperaba, no han sido despedidas ni la »ama de llaves, ni Mistriss Jánes, y que »han enviado á ámbas á una tierra apar»tada que pertenece al Marques. Como »conozco el espíritu de venganza de la »Marquesa, es claro que tiene alguna »razon secreta para no despedirlas en »castigo de la confesion que me han »hecho. Pero sea lo que fuere, esto es »de demasiada poca importancia para »nosotros; pues que estamos para en »adelante al abrigo de sus nuevas tra»mas. Acabo de correr algunas millas »léjos de Carberry-Castle por haber vis-

»to pasar á caballo un hombre que me »ha parecido ser el coronel Belgrave. A »esta vista he dejado el coche y he mon»tado en el caballo de mi criado, y me »he puesto á perseguirle. Él sin duda ha »evitado mi encuentro, metiéndose en »algun camino de travesía, pues segu»ramente le habria alcanzado. He hecho »inútiles indagaciones para descubrir en »qué lugar de las cercanías habitaba. En »cuanto á la seguridad personal, nada »temo de este miserable en el lugar en »que os hallais; pero si es él, á quien »yo he visto, podria turbar vuestra tran»quilidad, sea procurando acercárseos, sea »escribiéndoos. Gracias al cielo estaréis »en adelante al abrigo de peligros de es»ta naturaleza. Pero yo me reprendo aun »el diferiros la lectura de la carta de »Lady Martha. A Dios. No engañeis la es»peranza que tengo de veros mañana »por la mañana temprano.

Mortimer.

Amanda leyó esta carta con una conmocion que puede mas bien concebirse que describirse. La habria leido otra vez, si la carta de Lady Martha no hubiese llamado tambien su atencion. Ella la levantó de tierra donde la habia dejado caer, y leyó lo que sigue.

»Cuando diré á la querida y ama-
»ble Miss Fitzalan que la felicito de to-
»do mi corazon de la mudanza feliz
»que ha sucedido á su situacion, lo cre-
»erá sin duda fácilmente, despues del
»tierno interes que tengo por un hom-
»bre que amo desde su niñez, y cuya
»felicidad depende entera y esencialmente
»de la de Miss Amanda.

»Con todo no creais, mi querida Miss
»Fitzalan, que yo no me alegre de vues-
»tra dicha, por vuestra propia conve-
»niencia, é independientemente del in-
»teres que tengo en la de lord Morti-
»mer. Mucho tiempo ha que os estima-
»ba y os admiraba, despues de lo que
»he oido decir de vos; y aun cuando
»la esperanza de ver establecerse entre
»nosotros una relacion mas estrecha se
»habia estinguido, yo no he podido ol-
»vidaros lo bastante para cesar de in-
»teresarme en vuestra dicha. O! y cuán-
»to me he alegrado de ver revivirse es-
»ta esperanza con toda la verosimilitud
»de que será prontamente realizada! Yo
»miro á Mortimer como el mas feliz de
»los hombres en el momento mismo que
»podrá decir que sois suya; y el pla-
»cer que siento de pensar que habré
»contribuido á procurarle este bien in-

»estimable, es el mayor que jamas ha-
»ya sentido.

»Aunque no puede dar á mi hija
»adoptiva una fortuna igual á la que
»habria traido Lady Eufrasia Sutherlan
»á Mortimer, lord Cherburry está per-
»fectamente convencido que Miss Fitza-
»lan está dotada de un mérito que com-
»pensa ventajosamente esta diferencia.
»Diez mil libras esterlinas y mil de ren-
»ta anual serán su dote, y el resto de
»mi fortuna despues de mí está asegu-
»rado á lord Mortimer. Estos arreglos
»se terminarán en mi casa de campo,
»en donde me propongo ir al instante
»con Lady Araminta, y en donde las
»dos esperamos con una grande impa-
»ciencia vuestra llegada. Así os suplica-
»mos que os apresureis tanto como lo
»permitirán vuestra salud y vuestros ne-
»gocios. Lord Cherburry nos ha prome-
»tido seguirnos de aquí á pocos dias,
»de manera que se hallará, á lo que
»creo, en Thornbury para recibiros. Plu-
»guiese al cielo, mi querida Miss Fitza-
»lan,. que la inocencia y la virtud ca-
»lumniadas encontrasen siempre cam-
»peones tan zelosos como lord Morti-
»mer! Veríamos así ménos víctimas de
»la maldad y de la calumnia sucumbir

»á un desprecio, y á reconvenciones in-
»justas. Perdonadme esta ojeada arroja-
»da atras sobre escenas ya pasadas, aun
»que por lo demas, vos podeis alegra-
»ros con la memoria de que las acer-
»bas pruebas que habeis sufrido, han
»hecho resaltar muy bien vuestras esti-
»mables calidades. A Dios, mi querida
»Miss Fitzalan. He hecho mi carta bre-
»ve, por que hay una cierta persona que
»no me habria permitido tomarme de-
»masiada parte en vuestro tiempo. Yo
»le he dicho qne vos diriais alguna pa-
»labra de su impaciencia é importuni-
»dad; pero me ha contestado que (sin
»duda por impedir que no descubra á
»vuestra vista sus defectos) vos sabiais
»ya alguna cosa. Yo le permito con to-
»do el desplegarlos á su gusto cuando
»él tratará de apresurar vuestra llegada
»á Thornbury, para ser recibida en
»los brazos de vuestra síncera y buena
»amiga.

Martha Dormer.

Se puede decir que la felicidad de Amanda era en este momento la mayor que puede ser dable gustar en el mundo. He dicho puede ser, por que se mezclaba en ella este triste pensamiento, que

su Padre, este amigo fiel y tierno que habia participado de todas sus penas, no podia participar de su alegría Pero ella apaciguó este pesar, pensando que una felicidad entera y perfecta no es herencia del hombre; y se volvió con un piadoso reconocimiento hácia el Ser todopoderoso, que habia cambiado su tristeza en alegría, y la perspectiva descolorida de un penoso porvenir en un cuadro rico y risueño.

Su vanidad se hallaba un poco ofendida, por que entreveia en la carta de Mortimer las dificultades que habia hecho aun lord Cherbury; pero esta impresion prontamente se borraba por los elogios lisongeros de Lady Martha, y por la estimacion y amistad de Lady Araminta, con la cual iba á tener la dicha de vivir; lo que miraba como una de las mayores ventajas de que podia disfrutar.

En cuanto á sus sentimientos por lord Mortimer, seria imposible esplicarlos; era el amor, el reconocimiento y la admiracion con toda energía quienes llenaban su corazon, y la hacian llorar de sensibilidad y de alegría, á la idea que iba á ser suya para siempre.

Con las dos cartas en la mano se

fué al aposento de la superiora. La buena señora vió señales de lágrimas en los ojos y mejillas de Amanda, y esclamó con un tono de interes: O! yo temo que mi hija tiene alguna cosa que la aflige! Amanda le entregó las dos cartas, y le suplicó, que ella misma juzgase si tenia motivos de estar agitada. A medida que la superiora leia, interrumpia su lectura con repentinas esclamaciones, que manifestaban su sorpresa y satisfaccion. Ella se quitaba á menudo sus anteojos para enjugar sus ojos, mojados con lágrimas de alegría. Amanda seguia con la vista todos sus movimientos y las impresiones que le hacia esta lectura. Cuando la buena superiora hubo acabado, dió á Amanda un abrazo de enorabuena. Lord Mortimer es digno de vos, hija mia, le decia, y este es el mayor elogio que puedo hacer de *él*. Despues de algunos comentarios sobre diferentes pasages de la carta, preguntó á Amanda con una sonrisa un poco maligna, si contaba enviar un espreso á lord Mortimer para prohibirle venir al dia siguiente por la mañana. Amanda le confesó francamente, que no era esta su intencion, y que estaria muy contenta de verle. La superiora dijo que haria

Preparar el desayuno para los dos en el Pabellon del jardin, y que impediria que nadie les incomodase. Tambien prometió tener secreto este asunto hasta la Partida de Amanda.

CAPÍTULO VIII.

«La alegría es tan enemiga del reposo como la inquietud. Amanda casi no durmió, pero sus pensamientos eran demasiado agradables para que sintiese la falta de dormir. Ella se levantó temprano, y apénas se habia trasladado al pabellon cuando lord Mortimer llegó allí. Toda la alegría de su alma brillaba en sus ojos: Amanda le recibió con la mas tierna conmocion. Él apretó contra su corazon en el silencio y éxtasis de la felicidad el tesoro que el cielo le volvia. Uno y otro no estuvieron en estado de hablar durante algunos momentos; pero las lágrimas que despedian los ojos de ámbos, esprimian sus sentimientos mejor y mas fuertemente que ningun lenguage.

Amanda en fin cobró la palabra, y comenzó por dar gracias á Mortimer, por el zelo que habia puesto en ven-

gar su honor. Él detuvo prontamente la efusion de este reconocimiento, haciéndola convenir que habia trabajado tanto por él como por ella.

Amanda procuró reponerse de la agradable turbacion en que la habian sumergido los transportes de lord Mortimer, ocupándose en servirle el desayuno, para el cual las religiosas habian juntado todos los regalos que podia proporcionar el convento; pero su mano estaba trémula; ella derramó el té sobre la mesa, y cometió mil impropiedades sirviendo á Mortimer; despues de haberse este sonreido de su turbacion, quiso hacer los honores de la mesa, en lo que Amanda consintió, pero el desayuno interesaba muy poco á uno y otro. Mortimer tenia entre sus manos una de Amanda, y tenia sus ojos constantemente fijos sobre ella, como para asegurarse que no habia ilusion en su goze actual; y una ternura que Amanda no tenia ya razon de disimular, rayaba en sus ojos, y manifestaba en ella un sentimiento vivo y profundo de su dicha, exaltada por el testimonio de una conciencia pura que le decia, que lo habia merecido. La dulce y deliciosa satisfacion que disfrutaba Amanda, daba tal

brillo á su color, que lord Mortimer declaró en la continuacion de la conversacion, que ella habia hermoseado despues de su llegada á Santa Catalina. El medio dia les encontró aun conversando á la mesa. Las religiosas, dijo Mortimer sonriéndose, encontrarán que nos hemos dado el tiempo del desayuno. Amanda se levantó con precipitacion. Yo no tengo necesidad, continuó Mortimer, de preguntar como Sterne á la naturaleza, qué causa nos da la ocasion de comer tan agradable; yo lo pregunto á mi corazon, y este me responde que á lo ménos hoy tengo el placer de estar á vuestro lado. Amanda se puso colorada, y salieron al jardin. Ella hubiera querido pasearse delante de la casa, pero lord Mortimer se la llevó dulcemente en un paseo solitario. Allí su conversacion fué mas seguida; se entretuviéron en las intenciones generosas de Lady Martha, y en las disposiciones que hacia para recibirlos, y para las bodas de Amanda. El casamiento debe celebrarse á Thornbury, qne era una tierra de Lady Martha. Los reciencasados permanecerian allí un mes, y desde este sitio pasarian á una tierra de lord Cherbury lo restante del verano. Debian tomarles una casa en Lóndres en

un hermoso cuartel donde pasarian el invierno, y en donde Lady Martha queria tomar su alojamiento siempre que iria á Lóndres, con condicion de que Mortimer y su Esposa irian á Tornbury todos los años á pasar las fiestas de Navidad y tres meses de verano. Lord Mortimer dijo á Amanda, que él podia tomar para su residencia en la campaña una de las tierras de su Padre á su eleccion; pero que no habia querido ninguna con el pensamiento de que ella preferiria á Tudor-Hall. Ella le aseguró que este era su modo de pensar. Le habló tambien de los presentes que Lady Martha le preparaba de la carroza que le mandaba hacer, y de los criados que le tenia dispuestos, y que esperaba encontrar á Thornbury, cuando ellos llegarian allí, preguntándole siempre si estas disposiciones le gustaban y le eran agradables.

Amanda estaba penetrada hasta llorar de los cuidados de Mortimer, el cual para calmar esta conmocion mudó de conversacion, y le habló de su partida de Santa Catalina. Le suplicó que no lo difiriese sino el tiempo necesario para hacer los preparativos. Ella se lo prometió, confesándole que en esto seguiria tambien su inclinacion, y no haria mas

que satisfacer la impaciencia que tenia de ser presentada á su generosa protectora, Lady Martha, y á la amable Lady Araminta.

Lord Mortimer, lleno siempre de delicadas atenciones, le suplicó que pidiese á la superiora una muger decente que la acompañase en el viage, en una silla que seguiria á la suya. Amanda se lo prometió.

Lord Mortimer le regaló un hermosísimo bolsillo que contenia en billetes de banco por quinientas libras esterlinas. Amanda se puso colorada, y sintió alguna pena á la idea de tener una nueva obligacion á Mortimer por cada una de sus necesidades. Él le tomó la mano, y con una dulce y tierna voz le dijo que tendria motivos de ofenderse, sino miraba en adelante como comunes entre ellos su fortuna, y todos sus intereses. Le dijo que las quinientas libras esterlinas eran ya suyas, pues que eran los mismos billetes que habia retirado de las manos de la ama de llaves. Dejaos llevar de vuestra natural generosidad, y dad satisfaccion á vuestro reconocimiento: las buenas religiosas son las primeras en la lista de aquellas que os han obligado, y deseo que no solo recompenseis

liberalmente los servicios que os han hecho, sino que les prometais un regalo anual de cincuenta libras esterlinas.

Esta última atencion dió mucho gusto á Amanda. Era para ella un esquisito placer poder contribuir al bien estar de estas buenas religiosas, á quienes debia tantos cuidados. Lord Mortimer en seguida le dió su retrato que habia mandado hacer en Lóndres para ella, y era de una semejanza prodigiosa; detras de él habia la cifra de Mortimer en diamantes sobre una trencilla de sus cabellos. Este era de los mas hermosos presentes que pudo hacer á Amanda, á quien significó que esperaba que ella le daria el suyo en cambio, aunque él tenia ménos necesidad de la copia cuando poseeria el original. Añadió al retrato un hermosísimo anillo de diamantes que Lady Martha le enviaba, como en prenda de la amistad que le profesaba, y le hizo saber al mismo tiempo, que su tia acompañada de Araminta se proponia venir á recibirla á Holy-Head, para hacer á su hija adoptiva todos los honores que le eran debidos.

En medio de su conversacion tocáron la campana de ir á comer la comunidad. Amanda se sobresaltó, y esclamó

que estaba muy léjos de creer que fuese tan tarde: esta sencilla confesion hizo sonreir á Mortimer del placer que habia gustado en esta conferencia.

Queria irse á toda fuerza, pero él la detuvo para obtener el permiso de volver por la tarde á tomar el té. Ella consintió en ello, con tal que asistiesen la superiora y sor María. Lord Mortimer hizo cuanto pudo para apartarla de esta condicion; pero estuvo inflexible, por mas que le dijo que era una mala muchacha, que debia temer que cuando habria adquirido el drecho y el poder se vengaria de todas las pruebas á las cuales ponia su paciencia; que pues que ella lo queria así, era preciso conformarse; pero que esperaria que las buenas religiosas tendrian demasiada conciencia para quedarse con ellos toda la noche. Puede ser, respondió Amanda; pero volviendo á tocar la campana segunda vez, Mortimer se fué.

El primer momento que se encontró sola con la superiora, lo aprovechó para suplicarla que le buscase una muger que pudiese acompañarla en su viage. La superiora le dijo que seguramente encontraria una persona que le convendria, y prometió escribir aquella misma noche á

todas las personas que conocia para ayudarla á buscarla.

La superiora y sor María estuviéron muy contentas del convite que Amanda les hizo de tomar el té con lord Mortimer. Este llegó mas temprano de lo que esperaban. La pobre Amanda estaba temiendo que sus compañeras no oyesen la pregunta que le hizo muchas veces; que no se retiraran luego despues del té. Pero sin oir esta conversacion la superiora tenia demasiada penetracion para no conocer que ella y sor María estaban allí por demas, y se retiró pronto bajo cualquier pretesto, y se llevó á sor María.

Amanda y Mortimer pasáron al jardin. Él le dió gracias por no haber perdido el tiempo de pedir á la superiora una muger para el viage, y le dijo que al fin de la semana ó mas tarde estaria pronta á partir. Amanda le prometió hacer toda la diligencia posible. Ambos pasáron juntos mas de una hora deliciosamente paseando y entreteniéndose de su próxima felicidad.

La superiora consiguió procurar á Amanda la muger que le habia pedido, y le presentó una que le agradó mucho. Ella hizo todos los preparativos de mo-

do, que pudiese partir al tiempo que Mortimer le habia indicado. Este pasaba casi todo el dia en Santa Catalina, de donde no salia sino para ir á comer á su casa. Muchos convites de sus vecinos le perseguian, y venian sin cesar á hacerle visitas, pero encontraba medio de evadirse de unos y otros.

Amanda le decia muchas veces riendo, que él mismo retardaba la partida pasando los dias enteros con ella; pero él replicaba que este era un pretesto que tomaba para alejarle, y su presencia por el contrario era el medio de apresurarla.

Una tarde, llegado segun su costumbre Mortimer á Santa Catalina, se presentó á Amanda todo turbado; su semblante estaba inflamado, y toda su persona manifestaba agitacion. A penas miró á Amanda. Él se sentó, y poniendo el codo sobre la mesa apoyó su cabeza sobre la mano. Amanda se alarmó mucho; su corazon palpitaba de miedo de alguna desgracia; pero no tenia valor para preguntárselo. En un instante arqueando las cejas, murmuró entre dientes: maldito sea el malvado!

Amanda no pudo guardar silencio por mas tiempo: ¿qué malvado? escla-

mó ella, qué significa la turbacion en que os veo? Amanda, le dijo mirnádola fijamente, decidme luego: ¿habeis visto aquí últimamente alguna persona estraña? Buen Dios! respondió ella, qué quereis decirme con esta pregunta? No, os aseguro solemnemente que no he visto á nadie.

Esto es bastante, le dijo él, vuestra respuesta me tranquiliza; pero, mi querida Amanda, añadió tomándole la mano, pues que habeis visto mi agitacion, es preciso que os diga la causa de ella. Acabo de ver á Belgrave: estaba á poca distancia de mí, inmediato á la iglesia, cuando le divisé; pero el miserable, el cobarde pícaro, condenado por su propia conciencia, no se ha atrevido á esperarme, y ha escapado saltando por encima del cercado que separa la iglesia del bosque donde sabeis que hay muchos caminos y travesías. Yo he hecho esfuerzos inútiles para reconocer por cuál de ellos se habia alejado.

Ya veo, dijo Amanda pálida y temblando, que mi destino es ser desgraciada por este hombre; yo esperaba á la verdad que lord Mortimer no se turbaria mas por las inquietudes que este miserable procura darle: pero estas in-

quietudes, añadió llorando, suponen dudas de que mi corazon está profundamente ofendido. Si la sospecha debe estar siempre entre los dos, mas vale separarnos; pues una union sin mutua confianza no puede ser sino un manantial de desgracias.

Que soy infeliz, dijo Mortimer, causándoos tanta pena; pero os engañais enteramente, mi querida Amanda, sobre la causa de mi inquietud. Os juro por todo lo que hay de mas sagrado, que ninguna duda ni sospecha contra vos se ha levantado en mi imaginacion. Nadie puede tener una estimacion mas alta de una muger, de la que yo tengo por vos; pero estaba turbado por el temor que este miserable no se hubiese manifestado á vos, y que por temor de mí no me hubieseis ocultado que le habiais visto.

Esta esplicacion calmó á Amanda; pero en espiacion de la pena que él le habia causado, exigió de él que no haria tentativa alguna para descubrir á Belgrave. Él no quiso hacer esta promesa, y ella no se atrevió á insistir, de miedo que la chispa de los zelos que conocia en el carácter de Mortimer, no viniese á causar un incendio. Por otra

parte estaba persuadida que Belgrave evitaria cuidadosamente ver á Mortimer, y resolvió que, si algunos vestidos y ropa blanca que habia encargado en la ciudad vecina no estaban prontos, no los esperaria mas tiempo, deseando mas que nunca dejar una mansion, en donde creia que Mortimer podria estar espuesto á algun peligro.

Al dia siguiente por la mañana, Amanda, en lugar de ver llegar para el desayuno á lord Mortimer, recibió de él el billete que sigue.

»Me es imposible ir esta mañana »á Santa Catalina; pero en lo restante »del dia veré á mi querida Amanda, ó »recibirá nuevas de mí. Ella á lo ménos »no podrá acusarme hoy de retardar »los preparativos de nuestro viage; y si »al volverla á ver no encuentro que »haya empleado el tiempo en apresurar»los, puede contar en ser reñida por »su fiel servidor

Mortimer.

Este billete dió á Amanda la mas mortal inquietud. Era evidente que Mortimer iva en persecucion de Belgrave. Corrió á la puerta para hacer algunas preguntas al conductor del billete, pero

este se habia ya marchado. Se fué al cuarto de la superiora á comunicarle sus temores. La superiora se esforzó á calmarla, asegurándole que Belgrave tomaria siempre todas las precauciones posibles para no ser descubierto.

Amanda no probó el desayuno, y suspendió hacer sus paquetes. Todo el dia pasó en esta inquietud y con la esperanza de la visita ó de la carta que Mortimer le habia prometido. Nada venia. Despues de comer resolvió enviar al viejo jardinero á Carberry-Castle. Miéntras que ella le hablaba para esto en el jardin, una criada vino á avisarla que alguno pedia por ella en el locutorio de parte de Mortimer. Ella voló allá; pero cuál fué su sorpresa, cuando el pretendido mensagero de lord Mortimer, quitándose un grande sombrero que cubria toda su cara, se manifestó á su vista lord Cherbury! Entónces no pudo ménos de esclamar: gran Dios! ha sucedidido alguna cosa á Mortimer? y se dejó caer sobre una silla con una agitacion que apenas la dejaba rispirar.

CAPÍTULO IX.

Lord Cherbury se apresuró á socor-

rerla y calmar su agitacion, asegurándole que lord Mortimer estaba en perfecta salud. Recobrada un tanto con esta seguridad, ella le preguntó, ¿como habia sabido el estado de su hijo? Él respondió, que por haberle visto una hora hace, sin que el mismo lo supiese. Amanda mas tranquila sobre lord Mortimer, empezó á reflexionar en la estraña é inesperada visita del Padre; ella habria imaginado que venia para manifestarle el mismo su satisfaccion de recibirla en su familia, si su aire y su compostura no le hubiesen alejado del todo esta idea. Sus miradas sombrías estaban fijas sobre ella, y se veía que él temia hablar.

La misma Amanda se hallaba en una situacion demasiado turbada para romper el silencio: al fin lord Cherbury le dijo precipitadamente: lord Mortimer no sabe ni debe saber que yo haya venido aquí.

No debe saberlo! repitió Amanda con la mayor admiracion. Gran Dios! esclamó lord Cherbury levantándose de una silla en que se habia sentado, por dónde empezar cómo noticiárselo.... O Miss Fitzalan, (acercándosele) tengo muchas cosas que deciros, que os darán

grande disgusto. Yo habia creido poderme esplicar con vos en una conferencia, pero veo que me he engañado; he presumido demasiado de mi valor; os escribiré.

Mylor, le dijo Amanda pálida y temblando, decídmelo ahora, no me dejeis en suspension. Despues de los temores que acabais de darme, esto seria una verdadera crueldad. O! seguramente si no ha acaecido nada funesto á lord Mortimer, si Lady Martha y Lady Araminta estan buenas, ya no me queda que saber cosa alguna que sea tanta desgracia para mí.

Ah! dijo él sacudiendo tristemente la cabeza; vos os engañais en vuestras congeturas, aunque los amigos de que me hablais esten buenos. Yo os he dicho que os escribiré. Podréis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza como para impri-

mir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras partió, dejándo á Amanda llena de sorpresa y de horror. Algunos minutos se pasaron ántes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber donde iba, y repitiendo las últimas palabras de lord Cherbury. Él puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, por qué ocultar á lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Porque no dejarse conocer sino de ella? Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarme?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga; le sorprendió, y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de lord Mortimer. Amanda suspiró, y res-

pondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quien era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitacion que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si lord Mortimer venia por la tarde, le dijesen que no estaba para recibirle.

La superiora la instó á que se quedase á tomar el té, pero ella lo reusó, y al retirarse suplicó que no dijesen nada á lord Mortimer de la visita que habia tenido; por que, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró en su aposento, y procuró apaciguarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las religiosas, respetando sus intenciones, la dejáron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser

observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á lord Cherbury esperándola en las ruinas. Él tenia una carta en las manos que le entregó luego que llegó En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto, que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave meditad bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entónces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

O! decidme, decidme os suplico, esclamó Amanda asiéndole por el brazo. cuál es la demanda que me haceis, y de este suceso qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana á la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y lord Mortimer compareció dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

Ay mi Dios! dijo él, qué venis á hacer aquí? con quién estabais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante obscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante que infaliblemente la habria descubierto. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: con quién estaba? Sí, dijo lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habeis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. A buena hora, dijo él, pero repito ¿qué venis á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; y porqué venir aquí sola? Cómo si teneis los temores que me habeis dicho vos misma, os esponeis á que os encuentre el miserable que os persigue? Cuando he llegado al convento me han dicho que estabais indispuesta, y que queriais estar sola. Yo no me he podido resolver

á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estabais. Es malo en efecto, Amanda, es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y deritiéndose en lágrimas, y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazon estaba lleno de terrores que habia derramado en el lord Cherbury, y veia en el alma de Mortimer sospechas que no podia disipar, sin revelar el secreto que le habia mandado guardar tan solemnemente.

Ah! Amanda, le dijo lord Mortimer aflojando de una vez la severidad con que acababa de hablarle, vos conoceis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo habia esperado, y tenia ganas de ello. Vos sabeis que soy violento, pero vos moderais mis pasiones! Yo me entrego á vuestras manos; haced de mí lo que gusteis.

Entónces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo

el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veia, á la pena que le habia dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no le habia ofendido; pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que habia sufrido todo el dia por él. Lord Mortímer se contentó de esta esplicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que le habia detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y sor María la siguieron á la sala en donde lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y darle algo de comer, porqne no habia tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no habia tampoco comido casi nada, y que esperaba que lord Mortimer la instaria á tomar algun alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se habria quedado con mucho gusto; pero la superiora, siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarian mejor la cena.

Entónces lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables se esforzó á alegrar su amable compañera, y

hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podia reponerse sino con el tiempo de la agitacion que habia esperimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le habia hecho de esplicarle porque no habia venido á Santa Catalina como de ordinario.

Él le confesó francamente que habia ido en busca de Belgrave; pero que sus correrías habian sido sin suceso por las precauciones que el miserable habia tomado; lo que me persuade, añadió Mortimer, que él no ha abandonado aun sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he aceptado su combite, pero no he podido saber na-

da. Yo estaba muy impaciente de volverme, miéntras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuvo mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis, no penseis mas con este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este pais. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Martha se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creerá que habeis tomado el hábito á Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Sériamente qué motivo puede retardar vuestra partida, si no os es indiferente este viage?

Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos llevaba á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle: hoy es

mártes, pues que sea el juéves. Milord, díjo Amanda, no fijamos aun esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeció con repugnacia y se retiró.

CAPITULO X.

Amanda se entró en su aposento luego que se marchó Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sentó para leer la carta que iba, segun le habian dicho, á fijar su destino.

A Miss Fitzalan.

»Derribar el edificio de vuestra fe»licidad en el instante en que os hallais »en el punto de disfrutarla, es en efec»to llevar á vuestro seno la mas cruel »de las penas. Sin embargo, tal es el »horror de mi destino, que no me pue»do librar de perderme sino poniéndo»me entre vos y Mortimer, y arrancán»doos así á los dos la felicidad que vues»tra union os prometia. Vos perdereis el »color á este terrible anuncio; mi carta »caerá de vuestras trémulas manos; pero, ó

»mi querida Miss Fitzalan! no la arro-
»jeis léjos de vos, sin haberla leido to-
»da entera, y sin haber fijado la suerte
»del mas desgraciado de los hombres,
»desgraciado de pensar que destruye no
»solamente vuestra dicha, sino la de un
»hijo amable, generoso, adorado, tal co-
»mo lo es Mortimer. Ya es tiempo que
»haga cesar la cruel incertidumbre en
»que os tengo. Estais ya bastante prepa-
»rada á las cosas siniestras que tengo
»que revelaros, y me esplicaré claramen-
»te. El juego, este veneno de la providad
»y virtud, me ha perdido; pero entre-
»gándome á él he ocultado tan bien
»hasta ahora esta desgraciada pasion,
»que mis mas íntimos amigos la han ig-
»norado. Lo confieso con harta vergüen-
»za: era el primero en las sociedades á
»levantarme contra este vicio, al mismo
»tiempo que todos los dias sacrificaba á
»él en secreto sumas que habrian saca-
»do de la miseria á familias enteras. Mis
»ganancias y mis pérdidas balanceáron
»largo tiempo, de modo que no causáron
»en mis bienes disminucion alguna con-
»siderable. Cosa de cinco años ha que
»uno de mis íntimos amigos, Mr. Free-
»Love murió, y me dejó tutor de su hi-
»jo, á quien habréis visto en mi casa el

»invierno pasado. Estaba encargado por »el padre de administrar la propiedad »de su hijo, consistiendo en una hermo- »sa posesion y cincuenta mil libras ester- »linas de capital. Luego que el jóven »Free-Love fué mi pupilo, estaba algu- »nos meses ha en mala fortuna; la sed »de ganar, diferente de otras pasiones, »se irrita con la adversa suerte. Yo pues »continué á jugar y perder hasta que »hube consumido toda mi propiedad. En »lugar de detenerme á lo ménos por en- »tónces, quise tentar á reparar mis pér- »didas poniendo al juego el bien mas pre- »cioso que la riqueza, mi mismo honor, »y aun confié á los caprichos de la suer- »te los bienes de Free-Love que tenia »en mis manos. Él estaba aun léjos de »su mayor edad. Antes de esta época me »lisongeaba que habria reparado mis pér- »didas, y que podria volverle, no sola- »mente el capital, sino el interes que es- »taba encargado de sacar de el, empleán- »dole útilmente. Impelido de mi mal ge- »nio he arrojado de suma en suma toda la »fortuna de mi amigo en el sumidero »que se habia engullido la mia. En fin, »cuando he conocido que lo habia per- »dido todo, la desesperacion se ha apo- »derado de mí, y aun tiemblo á la me-

»moria del desórden de mi imaginacion »en este momento fatal.

»Ya os he dicho que todos mis bie»nes propios han si devorados por el jue»jo. Yo no puedo llegar á lo que perte»nece á mi hijo sin su consentimiento. »Cualquiera que fuese la pérdida que pu»diese sufrir empeñándose por mí, estoy »seguro que no vacilaria un momento en »socorrerme, si supiese mi apuro; pero »me espantaria ménos la muerte y una »muerte cruel, que verme obligado á »darle á conocer mi situacion. Sus esce»lentes cualidades y la nobleza de sus »principios añaden al amor que le ten»go, una especie de temor. Comparecer »á sus ojos con un carácter vil, dejar»le ver que mi vida ha sido una hipo»cresía malvada, ser perturbado y confun»dido en su presencia, no poder tolerar »sus penetrantes miradas, verle avergon»zarse de los crímines de un padre, son »horribles é insufribles ideas para mí; y »en el estravío en que ellas se arroja»ban, habia resuelto, sino podia evitar »hacerle confidente de mi bajeza, no so»brevivir á mi propia confesion. En este »crítico momento el marques de Rosline »vino de Escocia a establecerse á Lóndres. »La intimidad antigua de nuestras fami-

»lias se renovó, y ví que podria seguir-
»se de aquí una alianza. Esta perspecti-
»va me dió alguna esperanza, pero no
»fué de mucha duracion, por haber ma-
»nifestado Mortimer una gran repugnan-
»cia á este proyecto.

»Yo me habia lisongeado que el tiem-
»po debilitaria y venceria su resistencia,
»y no he renunciado á esta esperanza
»sino cuando he conocido su inclinacion
»por otro objeto. No puedo describiros
»el sentimiento penoso que esperimenté
»viendo por este lado perdido para mí
»todo medio de salud; pues aunque tier-
»no y respetuoso por su Padre, no me
»lisongeaba que Mortimer sacrificase cie-
»gamente su razon y su inclinacion á mi
»voluntad. Volví pues á tocar mi horro-
»roso proyecto; pero suspendí la ejecu-
»cion viendo á Mortimer que caia en al-
»guna incertidumbre sobre vos, y cuan-
»do os creia á entrámbos separados pa-
»ra siempre, comenzé á revivir; pues tal
»es la naturaleza y el egoismo del vicio,
»que estingue todos los sentimientos de
»humanidad, de manera que he llegado
»hasta alegrarme de los desórdenes su-
»puestos á la hija de mi amigo.

»Pero la perseverancia de Mortimer,
»ó mas bien la Providencia, habiéndoos

»hecho triunfar de los artificios y de la »malicia de vuestros enemigos, me ha »vuelto á sumergir en la desesperacion. »Estoy seguro que Mortimer por delica- »deza os ha ocultado la oposicion que »he puesto á vuestra union con él, aun »despues de conocida vuestra inocencia, »y despues que Lady Martha me habia »manifestado sus intenciones á favor vues- »tro. En fin yo comprendí que era ne- »cesario ó que hiciese semblante de ad- »herirme al deseo de mi hijo, ó que hi- »ciese conocer el verdadero motivo de »mi oposicion, ó que riñese con mi hijo »y mi hermana, y les manifestase una »irritante personalidad. He tomado el »primero de estos partidos, y he fingi- »do consentir á la union de Mortimer »con vos, pero determinándome venir á »arrojarme yo mismo á vuestros pies á »implorar vuestra piedad, y poner en »vuestras manos mi suerte. He creido »que una muger de un carácter tan per- »fecto y tan heroico como el vuestro que »se ha manifestado en las aflicciones en »que os habeis hallado reducida, tendria »compasion de uno de sus semejantes que »ha caido en las mayores faltas, y en las »mas grandes desgracias. Si mi situacion »fuese otra de lo que es en el dia,

»y mis bienes los que se me suponen,
»y vos estuvieseis desposeida de todo,
»me alegraria veros la esposa de mi hi-
»jo, y os creeria bastante rica con vues-
»tro mérito y vuestras virtudes. En el
»estado en que me hallo, el dote que os
»hace Lady Martha no es de importan-
»cia alguna para mí, ni me recompen-
»saria aun que ella dispusiese de todos
»sus bienes en favor mio. El proyecto
»de vuestro casamiento con Mortimer es
»aun un secreto para el público, y por
»esta razon no se ha disuelto aun la
»amistad entre ámbas familias. Yo he si-
»do bastante dichoso en apaciguar las
»diferencias sucitadas entre la de Ros-
»line y mi hijo, y en hacerles olvidar
»su resentimiento. Estoy seguro que el
»casamiento se hará á la primera pro-
»posicion que yo haga. El dote de La-
»dy Eufrasia será de 60 mil libras es-
»terlinas de contado, y de cinco mil li-
»bras esterlinas de renta cada año. Con
»el dinero de contado desquitaré mi deu-
»da con Free-Love, que no puedo di-
»ferir de pagarla en la época de su ma-
»yor edad sin perder mi honor. Así vos
»veis, mi querida Miss Fitzalan, que el
»casamiento de mi hijo con Lady Eu-
»frasia es un medio seguro, y el solo

»que me queda para impedirme que caí-
»ga en el abismo, en cuyos bordes me hallo.

»Vos sola, como un ángel de mise-
»ricordia, podeis mandar que viva y sal-
»varme de mí mismo. Sin embargo no
»creais que renunciando á lord Morti-
»mer, si le renunciais en efecto, haceis
»al mismo tiempo el sacrificio de toda
»fortúna, no; será deber y cuidado de
»mi reconocimiento aseguraros vuestro
»bien estar é independencia, y por otro
»lado, entre el grande número de hom-
»bres sensibles á vuestros encantos y á
»vuestro mérito, encontraréis uno que os
»hará feliz como Mortimer; miéntras que
»este habiéndoos perdido, aceptará sin
»vacilar la mano de Lady Eufrasia.

»Vos me preguntaréis sin duda có-
»mo podréis romper vuestra palabra con
»Mortimer, despues de lo que ha pasado
»entre vos y él, sin darle á conocer los
»motivos de vuestra conducta.

»En efecto es una dificultad; pe-
»ro despues de haber llevado la cosa
»tan allá, no titubearé en deciros como
»se puede superar. Vos no teneis mas
»que alejaros de él secretamente, y sin
»dejarle vestigio alguno por el cual os
»pueda hallar. Si, despues de haber con-
»sentido á salvarme, os detuviese este

»obstáculo, retirariais de mí por lo mis-
»mo vuestra compasion y vuestras bon-
»dades; pues que la consecuencia nece-
»saria de la menor vacilacion de vues-
»tra parte, será dar á conocer mi situa-
»cion á mi hijo, y os repito solemne-
»mente que no sobreviviré á esta afren-
»ta. No existiré, envilecido á los ojos
»de mi hijo. Si me concedeis pues mi
»súplica, concedédmela toda entera: per-
»donad, mi querida Miss Fitzalan, las for-
»mas de mi estilo absoluto y arbitrario:
»yo las habria endulzado, si hubiese po-
»dido decirlo de otra manera; pero el
»tiempo, el peligro y la necesidad me
»han obligado á esta dureza. Ahora que
»os he abierto mi corazon, como á un
»ser de una naturaleza superior, cuya
»indulgencia imploro, á vos toca deci-
»dir, si viviré para reparar mis faltas,
»ó si las colmaré con un acto de de-
»sesperacion. Si por el amor mismo del
»pobre Mortimer ejerceis con migo esta
»grande clemencia, que puede solo ahor-
»rarle el dolor de ver á su Padre ter-
»minar ántes de tiempo una vida cri-
»minal por un crímen postrero, mi re-
»conocimiento, mi admiracion y mis cui-
»dados por vos miéntras que viva, serán
»nuestra recompensa. Esperaré con ansia

»vuestra respuesta, y vendrá á buscarla
»aquí mañana

Vuestro síncero y desgraciado amigo
Cherbury.

La carta fatal cayó de las manos de Amanda; una nube se estendió sobre sus ojos, y casi sin conocimiento se arrojó sobre una silla, pero despues de haber creido un momento que se dispertaba de un pesado sueño, recuperó todo el sentimiento de su desgracia. Un sudor frio, un temblor universal, y un terror profundo se apoderaron de ella. Arrojaba á su alrededor sus ojos inquietos, como para buscar la causa de su horrible situacion, hasta que el funesto escrito caido á sus pies hirió de nuevo sus ojos.

No hay pues, se preguntaba á sí misma recorriéndola de nuevo, no hay pues medio alguno para mí de evitar el horroroso sacrificio que se me exige? Lady Martha y lord Mortimer pueden unir sus esfuerzos para salvar el honor de su desgraciado Padre y hermano; ellos sentirán todo el horror de su situacion, perdonarán sus faltas, harán.... Pero al mismo instante arrojaba de sí estos pensamientos como culpable.

Estas palabras de Cherbury »*no sobreviviré á esta afrenta*" volvian á su imaginacion, y le daban terribles reflexiones de pensar que para salvar al Padre debia renunciar al hijo.

Pero merece el Padre un sacrificio tan grande? y despues de los empeños que habia contraido con Mortímer, tenia derecho para alejarle de ella para siempre? Duda criminal, se decia á sí misma, á la que me arrastra mi ternura, y que debe disipar la voz de la razon y de la virtud. Sí, escucharé esta voz; jamas me consolaria de haber concurrido á la muerte de lord Cherbury; la desgracia de Mortimer será ligera perdiéndome, en comparacion de la que esperimentaria por un suicidio.

Mi destino no me deja alternativa, esclamaba con una voz sombría y con el acento de la desesperacion; yo debo sujetarme á él sin combatir mas tiempo. No puedo llamar á nadie para obtener un consejo sabio; renuncio pues á lord Mortimer, renuncio. Pero oh mi Dios! dadme fuerzas para soportar esta pérdida! O Mortimer, mi querido Mortimer, á quien nadie puede reemplazar en mi corazon, la mano de hierro del destino se pone entre los dos, y nos sepa-

ra para siempre! Ni aun permitido me será justificarme de ingratitud con vos, no. Seré enteramente víctima de lord Cherbury, cuya crueldad, disimulo y fingido consentimiento á los deseos de su hijo no me han lisongeado con una falsa alegría, sino para hacer mas vivos mis dolores.

Un pensamiento horrible vino aun á herir su imaginacion: lord Mortimer iba á imputar su huida á su pasion por Belgrave, y su honor y su reposo serian sacrificados tambien á lord Cherbury. Su razon y su reflexion no pudiéron, durante algun tiempo, resistir á este choque; y agitada su alma por un torbellino de pasiones opuestas, resolvió justificarse con lord Mortimer, pero esta resolucion no fué de larga duracion. La reflexion la convencia, que justificándose de un supuesto crímen cometería uno realmente; pues que para ponerse al abrigo de una injusta calumnia, perdería el honor de lord Cherbury, y seria acusada, no solo por el mundo, sino por su propia conciencia, de haber causado el suicidio, que seria la consecuencia necesaria de su propia justificacion.

Yo lo debo, es necesario, esclamaba

ella como fuera de sí; yo haré este sacrificio. Lord Martimer es perdido para mí. Ella se arrojó sobre la cama toda vestida, y pasó el resto de la noche hasta la mañana en una agonía indescribible. Sin embargo habia caido en un estado de sopidés mas que de sueño, cuando la sacáron de él algunos ligeros golpes á la puerta, y la voz de sor María, que le dijo que lord Mortimer estaba abajo, y la esperaba para el desayuno.

Amanda saltó de la cama diciendo que iba á bajar, compuso su desaliño, y procuró calmar su espíritu, y levantando los ojos y las manos al cielo, le pidió fuerzas para soportar las pruebas que se le preparaban en este dia.

Luego que entró, la alteracion que lord Mortimer vió en su semblante y todas sus señales, le hizo viva impresion. O Dios! Amanda, esclamó, qué hay? qué teneis? y encontrando sus manos ardientes del calor de la fiebre, porqué teneis la crueldad, añadió, de ocultar vuestra indisposicion? habriais tenido socorros que habrian impedido sus progresos. El la apretó en sus brazos con una ternura inesprimible, y declaró que iba á enviar á buscar el médico que la habia asistido.

No, le dijo Amanda cuyas lágrimas corrian, no lo envieis á buscar; pues él ningun bien me puede hacer. Ningun bien! replicó Mortimer espantado. Comprehendo, dijo ella reponiéndose, que él no me ordenaria remedio alguno, pues mi mal solo procede de la agitacion que esperimenté ayer, y que me ha hecho pasar una mala noche; pero el reposo de hoy me curará.

Lord Mortimer condecendió con dificultad á su proyecto de hacer venir al instante el médico, y esto solo con la condicion, que si Amanda no estaba mejor ántes de la noche, se lo harian saber, y él lo enviaria á buscar.

Amanda no pudo ni comer, ni servir el desayuno. Cuando este fué acabado, dijo á lord Mortimer que tenia grande necesidad de reposo, y que era preciso que ella se retirase, pero que de nueve á diez de la noche tendria satisfaccion de verle. Él procuró persuadirla que estaria tambien con comodidad sobre un canapé en la sala como en su aposento, pero ella insistió. Mortimer se retiró en fin con la mayor repugnancia, despues que ella se lo hubo instado muchas veces.

Vuelta á entrar Amanda en su apo-

sento, superó el abatimiento que le causaba su triste situacion, para ocuparse en trazar el plan de la conducta que debia tener. Desde luego era preciso que escribiese á lord Cherbury para instruirle de su resolucion, y dispensarse de entrar con él en conversacion alguna que no estaría en estado de sostener.

Tambien debia hacer saber á la superiora la repentina mudanza que habia sucedido en sus asuntos, ocultándole solamente las causas de ella; y como el dia posterior al dia siguiente era fijado para su partida con Mortimer, tenia necesidad de buscar con ella un lugar en donde ponerse al abrigo de las pesquisas de Mortimer.

La superiora tenia tan buena opinion de lord Mortimer, que Amanda temia que ella no imputase la resolucion que le comunicaria, á algun motivo criminal, y que en consecuencia no la abandonase enteramente. Si le sucediese esta nueva desgracia, la que era muy posible, estaba resuelta á retirarse secretamente á la ciudad vecina, desde donde podria trasladarse inmediatamente á Dublin. Lo que entónces haria ó lo que vendria á parar, no entraba en su pensamiento, ocupada únicamente en el mo-

do con que dejaria Santa Catalina.

Ella sin embargo esperaba aun que la superiora no la abandonaria, y que la Providencia, que hasta entónces habia velado sobre ella, la miraria con ojos de piedad y le conservaria la sola amiga que podia darle algun socorro y consejos sabios. Despues de haber trazado este plan de conducta, tomó la pluma para estender su acto de renuncia á lord Mortimer en estos términos.

»Al conde de Cherbury.»

»Mylord: por ceder á vuestros de»seos renuncio á mi dicha. Digo á mi »dicha, pues debo declarar á lord Mor»timer, que yo no imagino otra mas »grande para mi que la de ser unida »con un hombre de su carácter. Me la »debo á mí misma de aseguraros que »no es ni su rango ni su fortuna, si»no su mérito y sus virtudes, las que »le han conquistado mi inclinacion.

»Hubiera sido feliz para ámbos, My»lord, y sobre todo para mi, que hu»bieseis continuado en oponeros á las »miras de vuestro hijo. Mi respeto por »la autoridad paternal me hubiera im»pedido consentir á una union en la »que habriais rehusado vuestro consenti-

»miento. Sin el consentimiento fingido »que habeis dado, no habria mirado los »obstáculos como superados.

»Pero no quiero perder el poco mé»rito que mi resignacion á vuestros de»seos puede darme, en concepto vuestro, »insistiendo sobre las desgracias que me »acarrea. Pueda la pérdida de todas mis »esperanzas realizar las vuestras, Mylord; »y pueda la fortuna aumentar mas la »felicidad de lord Mortimer!

»Estoy reconocida, Mylord, á la in»tencion que me manifestais de proveer »á mis necesidades; pero al mismo tiem»po os debo prevenir que en ningun »tiempo ni ahora aceptaré cosa algu»na de vos.

»No debo disimularos una verdad: »no está en vuestro poder pagar el sa»crificio que os hago, y beneficios de »esta naturaleza pasan demasiado en una »buena alma, para que pueda resolver»se á recibirlos de otra mano que de »la estimacion y amistad.

»Tengo el honor de ser vuestra muy »humilde y obediente servidora.

Amanda Fitzalan.

Las lágrimas que habia detenido escribiendo, corrieron luego en abundan-

cia. Ella se levantó y se fué á la ventana para probar si el aire fresco la aliviaria de la opresion que sentia. Desde allí divisó á lord Mortimer y la superiora conversando á alguna distancia. Un momento despues, habiéndose retirado Mortimer, la superiora que no la habia visto el dia anterior, entró en su aposento. Despues de los acostumbrados cumplimientos le dijo: lord Mortimer me ha noticiado que estabais mala. Yo me lisongeaba que su corazon habia exagerado el peligro, pero viéndoos, mi querida hija, creo que sus temores son fundados. Decidme pues, querida, cuál es vuestra indisposicion? Ciertamente debeis hoy mas que nunca tener cuidado de vuestra salud.

Oh! no, respondió Amanda con un suspiro convulsivo, vos os engañais muy bien. La superiora se alarmó, y no pudiendo sostenerse, se sentó y suplicó á Amanda con una voz que esprimia toda su sensibilidad, le esplicase las causas del estado en que la veia.

Amanda se dejó caer de rodillas delante de ella, le tomó las manos, las llevó á sus lábios y las mojó en lágrimas esclamando: qué desgraciada soy! Desgraciada! repitió la superiora. Por amor de Dios, esplicaos; no me dejeis

por mas tiempo en tan cruel incertidumbre. Mi corazon no puede sostener vuestra agitacion que me anuncia alguna cosa de horrible. Sí, dijo Amanda; os debo anunciar que lord Mortimer y yo no séremos unidos jamas.

La superiora se sobresaltó; sus miradas parecian decir que temia que Amanda no tuviese la imaginacion desgarriada, y le suplicó difiriese su esplicacion hasta que se hubiese repuesto de su turbacion.

Yo no me levantaré, le dijo Amanda, hasta que me hayais prometido que á pesar del misterio en el que mi situacion me obliga á encubrirme, continuaréis á ser mi amiga. Esta seguridad traerá algun alivio á las penas de mi corazon.

La superiora conoció entónces que el desórden en que veia á Amanda era efecto de un grande disgusto; pero ignoraba cuál podia ser la causa de él. Vos debeis conocerme bastante, le dijo ella, para no tener necesidad que os asegure de nuevo mi tierna amistad; pues sea el que fuere el misterio que esteis obligada á callar á los demas de vuestra situacion, me lisongeo que no lo tendréis conmigo, y espero con impaciencia una entera esplicacion.

Este es uno de mis mayores disgus-

tos, respondió Amanda, el no poder dárosla; en ninguna circunstancia, ni aun en la cama próxima á la muerte, podria daros á conocer el obstáculo que me separa para siempre de lord Mortimer; pero os diré lo que pueda para haceros conocer mi situacion.

Un obstáculo imprevisto é inesperado se opone á mi union con lord Mortimer, y este obstáculo que me detiene debo tenerle enteramente en silencio. Es preciso que me oculte de Mortimer, y y me aleje de él, sin que pueda sospechar ántes, que tengo este proyecto por temor de que sus inquietas y menudas preguntas, arrancándome mi secreto, nos sumerjiria á los dos en un abismo de males. Para evitar estas desgracias es preciso que toda la casa, excepto vos, ignore mi plan, y que me procureis encontrar un asilo seguro y oculto donde pueda retirarme. Os suplico, añadió ella, que no atribuyais mi renuncia de lord Mortimer á ningun motivo indigno de mí; llamo por testigo de mi inocencia al Ser todopoderoso y bueno, quien solo puede consolarme de esta pérdida y ayudarme á soportarla. Creed á mis palabras, compadeced mis penas, no me condeneis, permaneced mi amiga en un

momento en que vuestra amistad me es mas necesaria que nunca; pues si ella me falta me siento incapaz de combatir por mas tiempo contra mi destino.

La superiora guardó un momento de silencio, y le respondió con gravedad: os confesaré, Miss Fitzalan, que vuestra conducta me parece tan estraña, y tan inesplicable, que no es necesario menos que la alta opinion que tengo de vuestro caracter, para que no os minore mi estimacion; pero como estoy persuadida que no os pódeis conducir sino por honestos motivos, podeis estar asegurada que os serviré con todo mi poder. Sin embargo ántes de resolveros á pedirme un servicio de esta naturaleza, pesad bien lo que vais á hacer; considerad que á los ojos del mundo vais á parecer culpable de una accion indecorosa, rompiendo vuestros empeños con lord Mortimer, sin dar razon alguna de ello. Os remuerde la conciencia de alguna cosa en el paso que vais á dar?

Nada me remuerde, le dijo Amanda tened pues piedad de mí, y no agravais mis penas, presentándome las consecuencias pesadas que se me seguirán por el sacrificio que estoy precisada á hacer. Prometedme solamente, añadió tomando

la mano de la superiora, que vos me daréis puebas de vuestra amistad en esta triste y crítica ocasion.

Sus miradas, sus palabras y su conmocion cortaron la palabra á la superiora; vió que seria crueldad insistir sobre las consecuencias crueles de una accion, á la que Amanda estaba obligada por una necesidad fatal á callar; le dió todos los consuelos que estaban en su poder; le prometió buscar al instante un asilo donde pudiese retirarse, y sepultar en un inviolable secreto todo lo que acababa de pasar: ella la hizo acostar, le trajo algunos sorbos de vino, y tirando las cortinas salió del cuarto, donde volvió dos horas despues, y la encontró mas tranquila. La buena superiora no quiso dejarla levantar, y sentándose sobre la cama le contó lo que habia imaginado para ella.

Le dijo que tenia una parienta en Escocia, reducida por la medianía de su fortuna á tener escuela de muchachas; pero como empezaba á envejecer, no estaba en estado de dar á sus educandas los cuidados que exigian los padres, á méños de tener con ella una persona capaz de ayudarla. Ella me ha escrito, añadió, poco tiempo hace para suplicar,

me que le buscase una jóven instruida y de buenas costumbres, que pudiese contentarse con un salario módico, y llenar sus intenciones. Yo no os propondria una colocacion de esta especie, sin la urgente necesidad en que me decis que os hallais de alejaros prontamente de lord Mortimer; lo que no me deja tiempo de buscaros otra. No os imagineis que quiera que permanezcais allí; seria lástima que talentos como los vuestros fuésen sepultados en semejante obscuridad; pero creo que podeis permanecer allí hasta que hayais recobrado alguna tranquilidad de espíritu, y que se os pueda encontrar un establecimiento mayor.

Ah! no hableis, dijo Amanda, de mis talentos; mi espíritu está tan abatido por el dolor, que se pasará mucho tiempo ántes que pueda hacer cosa alguna buena, y el sitio de que me hablais, por su misma obscuridad es precisamente el que yo deseo.

Hay tambien alguna ventaja, dijo la superiora, de alguna consideracion en tomar el partido que os propongo, y es que la morada de mi prima está á pocas millas de Port-Patrick, á la cual un buen viento os llevará en pocas horas. Conozco el patron de un barco que va y viene continuamente haciendo este ca-

mino, este vive á corta distancia de aquí, y tanto él como su muger me deben algunas obligaciones, y tendrán mucha satisfaccion en tener esta ocasion de servirme. Yo enviaré á buscar al marido esta misma tarde; le instruiré del momento en que quereis partir, y el mismo se encargará de conduciros á casa de Mistriss Macpherson.

Amanda dió gracias á la superiora, la cual le dijo que habia escrito ya la carta á su prima, y que deseaba saber si ella queria presentarse bajo su verdadero nombre ó con otro supuesto. Amanda le suplicó que la diese á conocer con el nombre de Francisca Donald, y la superiora añadió este nombre á la carta concebida en estos términos:

A Mistriss Macpherson.

»Mi querida prima: esta carta os se»rá entregada por Francisca Donald, la »jóven que os dirijo para ayudaros en »vuestra escuela. Yo la conosco de al»gun tiempo á esta parte, y puedo res»ponderos de su talento y de su bue»na conducta; es bien nacida, ha teni»do muy buena educacion, y ha cono»cido tiempos mas felices; pero ha es»perimentado algunos reveses, y sopor»ta su mala fortuna con paciencia y va»lor, que es la mejor prueba que

»ella os puede dar de su mérito real. »Yo le he dicho que vos no dabais mas »que diez libras esterlinas de salario, y »ya veis que se contenta con este tan »módico precio; pues que consiente ve»nir á vuestra casa. Siento mucho saber »que sufris dolores de reumatismo, y es»pero que cuando tendréis mas tiempo »para cuidaros os hallaréis mejor. To»das nuestras hermanas os dan gracias »por el interes que les manifestais. Nues»tra pequeña escuela va bastante bien, »y esperamos que nuestro reconocimien»to acia la Providencia nos merecerá »la continuacion de sus favores.

Soy, mi querida prima &c.

Elisabeth Dermot.

A ta Catalina.

Ya veis, añadió la superiora, que no he dicho de vos todo lo que habria podido decir; pero yo haré á mi carta las adiciones y mutaciones que querais, si no estais contenta de ella. Amanda le aseguró que no veia cosa alguna que mudar. La superiora le dijo que lord Mortimer habia vuelto para saber noticias de su salud, y que le habian contestado que ibais mejor. Amanda le declaró que no queria verle hasta la hora de cenar. La superiora observó que

vista la mudanza sucedida en el estado de sus cosas, Amanda haria muy bien en encontrarse con él lo ménos posible, y para impedir se quedasen á solas, le hizo servir la comida y el té en su propio aposento. Se lo sirvieron, y la buena superiora no quiso salir sin haber visto á Amanda tomar alguna cosa. Sor María hubiera deseado hallarse presente, pero la superiora habia encontrado medio de apartarla.

Habiendo determinado Amanda el plan de su conducta, estuvo mas tranquila, y la compañía de la superiora que volvió con ella inmediatamente despues de comer, la mantuvo en este estado, en el que habia tenido bastante dificultad á ponerse.

Ella suplicó á la superiora que no difiriese escribirle inmediatamente despues de su partida, y noticiarle fielmente todo lo que pasaria á consecuencia de su huida. No era pues menester, le dijo, contemplar su sensibilidad por una compasion mal entendida; ella amaba mas la verdad que el menor misterio que solo la atormentaria mas.

La superiora le prometió contentarla sobre este punto. Amanda le manifestó con lágrimas el pesar que sentia de no hallarse en estado de demostrar á la co-

munidad su reconocimiento por todas las bondades que habian tenido con ella, como habia tomado la resolucion junto con lord Mortimer. La superiora se esforzó á consolarla asegurándola que ella y todas sus hermanas se hallaban ya liberalmente recompensadas y aun mas allá de lo que era menester para satisfacer sus humildes deseos.

Amanda le dijo que dejaria sobre la mesa del tocador una carta para lord Mortimer con los billetes de banco que le habia dado, y que conservaria el retrato y el anillo. En cuanto á los vestidos que habia pedido á la ciudad vecina, dejaria el dinero necesario para pagarlos, y que quedarian para la muger que le habia prometido seguirla á Inglaterra, como una indemnizacion. Ella no queria llevarse á Escocia sino alguna ropa blanca y sus vestidos de luto; el resto de sus efectos como tambien su música y sus libros, se le embiarian en seguida.

Amanda debia á la comunidad por su pension de cerca tres meses diez guineas. De doscientas libras esterlinas que lord Mortimer le habia dado al dejar Carbery-Castle, le quedaban ciento y veinte, de manera que aunque no pudiese satisfacer suficientemente á su gus-

to los deberes del reconocimiento, podia contentar los de la justicia. Ella dijo su intencion á la superiora, la cual en nombre de toda la comunidad rehusó recibir cosa alguna. Amanda no disputó; habiendo ya tomado su resolucion del modo que se portaria sobre esto. La superiora tomó el té con ella, y despues del té le dijo sola, porqué queria calmarse y componerse ántes de la llegada de lord Mortimer.

Con la ayuda de estas precauciones se halló en estado de entregar su carta á lord Cherbury á la hora convenida. Su corazon latia al acercarse este momento. Temia ser otra vez sorprehendida en las ruinas por Mortimer, ó ser seguida por algunas religiosas. Al fin el relox la avisó, se levantó temblando y abrió su puerta; escuchó y observó si habia alguna persona en las cercanías. Los momentos eran preciosos; ella se escurrió por lo largo de la galería, y por fortuna encontró la puerta de entrar abierta, y con esto se apresuró. Lord Cherbury la esperaba. Amanda le presentó la carta sin hablarle, y él la recibió del mismo modo; pero cuando vió que volvia á tomar el camino del convento, él le agarró con fuerza una mano, y con una voz que manifestaba to-

da su agitacion gritó: decidme, Miss Fitzalan, decidme ¿vuestra respuesta es favorable? Sí, repondió ella con una voz trémula.

Qué el cielo os colme de bendiciones, esclamó cayendo de rodillas y abrazando las suyas con transporte. Ella se incomodó de verle en esta postura, y atemorizada de ser detenida: dejadme, Mylord, dijo ella, por piedad por mi y por vos mismo. Dejadme, pues si me deteneis un momento mas podemos ser descubiertos. Por qué conducto, dijo lord Cherbury, podré saber noticias vuestras? Por la superiora, respondió Amanda. ella sola sabrá el lugar de mi retiro.

Él le agarró otra vez de la mano y se la besó con transporte. A Dios, ángel del cielo, ángel consolador, gritó, y desapareció entre las ruinas. Amanda volvió apresurada á la casa temiendo encontrar á Mortimer ó alguna otra persona. Apenas acababa de llegar á su cuarto cuando la superiora vino á decirle que lord Mortimer la esperaba en la sala. Ella se transfirió allá. El aire fresco le habia dado mejores colores, de modo que parecia que estaba mejor, y su conversacion fortificó á Mortimer en este pensamiento. Ella conversó con bastante libertad, y se esforzó á comer al-

guna cosa. Detenia sus lágrimas prontas á correr, siempre que él decia algunas palabras de la felicidad que iban á gustar cuando estarian unidos, de la acogida que se les preparaba á Thornbury, y del placer que Lady Martha y Lady Araminta tendrian en recibirlos.

Amanda le suplicó que no volviese mañana al desayuno sino solamente despues de comer, por que los preparativos de su marcha, le decia, no le permitian darle tiempo alguno. Él quiso persuadirla que su presencia no le incomodaria, pero ella jamas quiso consentir.

Amanda pasó una noche muy cruel; ella se desayunó con todas las religiosas, las cuales le espresaron todas su pesar de verla partir, pesar, decian ellas, endulzado con la esperanza de volverla á ver luego, habiéndoles prometido lord Mortimer de llevarla á Carberry-Castle, luego que habria hecho una visita á sus amigos de Inglaterra. Era este un momento el mas doloroso para Amanda. Ella tuvo una estrema dificultad en ocultar su conmocion y en detener sus lágrimas á esta mencion de una promesa que jamas debia realizarse. Comió un poco con precipitacion, y se retiró á su aposento con el pretesto de hacer

sus paquetes. Las religiosas la siguieron ofreciéndole á competencia ayudarle. Ella les dió gracias con su dulzura y su gracia acostumbradas, diciéndoles que no tenia necesidad de su socorro. Con esta seguridad se retiraron, y Amanda temiendo una nueva interrupcion, escribió su carta de despido á lord Mortimer en estos términos:

A Lord Mortimer.

»Mylord: un destino, del cual ni vos »ni yo somos dueños, se opone á nues»tra union: en vano habeis combatido, »y en apariencia superado todos los obs»táculos; se ha levantado nuevamente »uno que jamas hubiéramos podido pre»veer, al cual una invencible necesidad »me obliga á ceder, y me separa de »vos sin dejarme ninguna esperanza de »echármelo en cara jamas, sin permi»tirme justificar mi conducta, ni dar es»cusa alguna que pueda ni aun paliar »la abominable ingratitud y traicion hor»rible de que os pareceré culpable. Di»go que os pareceré, pues á la verdad »mi corazon de nada me remuerde, y »por el contrario sufre mil muertes por »el sacrificio que está obligada á hacer. »Pero, Mylord, yo no quiero afligir el »vuestro deteniéndome en mis propios

»tormentos, os he dado ya demasiado »pesar; pero no seré mas enemiga de »vuestra paz ni turbaré mas vuestra di»cha. Alejada de vos, el nombre que yo »amaba oir no herirá mas mis oidos, »y la fantasma engañosa de una prome»tida felicidad no se burlará mas de mí.

»Si mis deseos se hubiesen llenado, »puede ser que una felicidad tan gran»de y tan inesperada habria corrom»pido mi corazon, y habria desviado »demasiado mis pensamientos del cielo »hácia la tierra. Sí, he evitado este pe»ligro, bendita sea la mano que ha re»tirado de mí la capa de la felicidad »en el momento en que iba á gustar »sus delicias.

»Yo no puedo exigir de vos vuestra »compasion, aunque sé que la merezco, »ni puedo pediros que no me conde»neis, aunque sé que soy inocente.

»Os devuelvo los billetes que he re»cibido de vos, pero me detengo el re»trato y el anillo, restos solos de una »felicidad que no existe. A Dios, My»lord, caro é inestimable amigo; á Dios »para siempre. Puedan la paz y la fe»licidad que tanto mereceis, ser vuestro »patrimanio, y no sean mas turbadas »como lo han sido demasiado amenudo »por la desgraciada.

Amanda Fitzalan

Esta carta mojada con lágrimas la encerró en una cagita hasta la noche, y en seguida se ocupó en juntar el equipage que queria llevarse con ella en una pequeña maleta. La superiora vino á decirle que habia visto al dueño del barco, y que lo habia convenido todo con él: que le habia prometido el secreto, y se habia obligado á partir á las cuatro de la mañana, acompañarla el mismo hasta la casa de Mistriss Macpherson, y venirla á tomar al convento á las tres de la mañana.

Arregladas así las cosas, Amanda dijo á la superiora que para evitar dar sospecha alguna, ella dejaria sobre la mesa el dinero que habia resuelto dar á la muger que debia conducirla á Inglaterra con un billete que indicaria su destino. Habiéndose retirado la superiora, Amanda aprovechó este momento para poner en el mismo papel diez guineas para el convento, y las cinco guineas para la camarera. Ella hubiera deseado hacer mas; pero temia dejarse llevar de la generosidad, cuando á ella le podian faltar medios para proveerse en sus mas urgentes necesidades. Al mismo tiempo escribió la siguiente carta:

A Mistriss Dermont.

»Mi querida señora: si mi situacion »hubiese sido mejor de lo que es, no os »ofreceria una suma tan módica como la »que encontraréis en este papel, y que es »tan poco proporcionada á la deuda que »he contraido con vos. Siento amargamen»te no poder reconocer mejor todas vues»tras bondades, y las de vuestras obse»quiosas compañeras; ellas no saldrán »de mi memoria; y solo á aquel que »ha prometido mirar con bondad á los »benefactores del huérfano, toca recom»pensaros. He dejado cinco guineas pa»ra la muger que debia acompañarme »á Inglaterra.

»A Dios, mi querida Mistriss Dermont. »A Dios, queridas y amables habitantes de »Santa Catalina. No me olvideís en vues»tras oraciones, y creed que seré toda »mi vida, vuestra reconocida y afecta ser»vidora.

Amanda Fitzalan.

La avisaron para comer. Su espíritu estaba en grande abatimiento, al pensar que dejaba las amables mugeres que tan buenas habian sido para ella, y sobre toda idea á la de la triste noche que iba á pasar con Mortimer.

Este llegó temprano, y al ver el ai-

re abatido de Amanda, se renovaron sus temores sobre su salud; ella contestó á sus preguntas diciéndole que estaba cansada. Puede ser, le dijo él, que quisierais diferir un dia vuestra partida, y descansar aun mañana. No, no, dijo Amanda, no se retardará. Mañana, dijo con una sonrisa forzada, partiré.

Lord Mortimer le dió gracias por esta resolucion, que él atribuia al deseo que tenia de agradarle, peró manifestándole al mismo tiempo sus inquietudes de que ella no estaba bastante buena para partir.

Amanda conoció que si no hacia algunos esfuerzos, tendria mucha dificultad á evadirse de las preguntas de Mortimer; y para desviar la atencion del lord, propuso convidar á todas las religiosas á tomar el té con ella, por que era la última tarde que pasaba en el convento. Lord Mortimer consintió en ello, el convite se hizo, y fué aceptado.

La conversacion fué triste como se puede bien adivinar. Amanda era tan amada de todas las religiosas, que la idea de perderla les daba una pena, que no pudo combatir la esperanza de verla luego á Carberry-Castle. Hácia las nueve de la noche ellas se retiraron á sus oraciones de noche, y se habrian des-

pedido de Mortimer si este no les hubiera dicho que para no fatigar á Miss Fitzalan no se pondrian en marcha mañana hasta las diez de ella, y que tendria el gusto de volverlas á ver.

Antes de retirarse procuró alegrar y reanimar á Amanda, diciéndole que él consentia en retirarse temprano á fin de que pudiese descansar mas tiempo para prepararse á la fatiga del dia siguiente. Con este fin se levantó para marchar. Este momento fué terrible para Amanda: oir y ver por la última vez al hombre que tan tiernamente amaba, pensar que al dia siguiente á la misma hora ella estaria léjos, y muy léjos de él, para no volverle á ver ni oir jamas; que iba á mirarla como una ingrata y falsa criatura, á despreciarla, y puede ser á detestarla, como un manantial envenenado de inquietudes, disgustos y dolores para él! El corazon de Amanda se despedazaba. Y miéntras que él la apretaba contra su seno, ella involuntariamente hizo lo mismo con él, y en su conmocion dejó escapar lágrimas en abundancia. Alarmado y sorprehendido lord Mortimer, y sosteniéndose apenas, la hizo sentar, y arrojándose á sus pies le dijo: Mi querida Amanda, mi tierna amiga, qué teneis? Tiene vues-

tro corazon algun deseo que no esté satisfecho? Si esto es, no os conduzca á ocultármelo una falsa delicadeza! Mi dicha toda entera se funda en vos. Decidme, os suplico, qué es lo que puedo hacer para volveros la tranquilidad y serenidad?

Oh! no, dijo Amanda, todo lo que un mortal podia hacer por mí, vos lo habeis hecho ya, yo no tengo espresion que pueda pintar mi reconocimiento, y el profundo sentimiento que guardo de las obligaciones que os devo. Pueda el cielo recompensar vuestra bondad con sus mas preciosos beneficios!

Vuestro deseo, le dijo lord Mortimer con una media sonrisa, está ya llenado dándoos á mí. Pero decidme, qué es lo que os abate de un modo tan estraño? En esto hay seguramente otra cosa que la fatiga. Amanda le aseguró que se engañaba, y temiendo ulteriores preguntas, ella le dijo que solo esperaba que partiese para acostarse, y que el reposo la restableceria. Lord Mortimer se levantó al momento. A Dios pues, mi quedida Amanda, le dijo, estad buena y alegre para mañana. Ella le tomó la mano sobre la que apoyó sus mejillas húmedas de lágrimas. A Dios, le dijo ella; cuando nos volverémos á ver

estaré mejor y mas alegre; pues (acabó de decir para sí) no nos volverémos á ver hasta el cielo.

Amanda permaneció sin movimiento elevada en el sitio en que le dejó Mortimer, hasta que hubo oido que habian cerrado la puerta. A este momento no pudo contenerse mas, y dejándose llevar de sus lágrimas y suspiros se arrojó sobre la silla que acababa de dejar Mortimer. La buena superiora que velába sobre sus movimientos, corrió, y le hizo respirar una agua espirituosa, y mezcló sus lágrimas con las de su jóven y desgraciada amiga.

Ella la calmó poco á poco, y Amanda le dijo que la prueba mas acerba habia pasado ya. Y yo espero, dijo la superiora, creo que vuestro valor en sostenerla tendrá su recompensa en esta misma vida.

Fué convenido que Amanda se vestiria para el viage. La superiora le prometió irla á buscar á su aposento luego que se hubiesen retirado las religiosas. Amanda se fué á su cuarto á ponerse el vestido de viage. La superiora le trajo pan, vino y un pollo frito. Amanda le suplicó le diese parte al momento de las noticias que pudiese adquirir de Oscar, y escribirle con algunos detalles

tan pronto como le seria posible.

Ella dejó sobre la mesa sus dos cartas, una para lord Mortimer y la otra para la superiora, y esperó con impaciencia que el patron del barco que debia venirla á buscar, golpease á la puerta de su ventana á la hora convenida.

Ella se levantó, abrazó á la superiora, la cual solo pudo decirle estas palabras: Dios os bendiga, hija mia, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda sacudió la cabeza, haciendo semblante de decirle que ya no habia felicidad para ella; y siguiendo el corredor, abrió la puerta, y entró el hombre que la esperaba. Ella le enseñó con el dedo la pequeña maleta que debia llevarse; el hombre la tomó, y partieron.

Jamas humana criatura se halló mas abandonada que Amanda en este cruel momento. Todo cuanto habia sufrido, cuando habia sido despedida de casa la Marquesa, era nada en comparacion de su estado actual. En esta última desgracia tenia una proteccion, un asilo, un apoyo en un Padre tierno. Ahora no tenia nadie para endulzar y aliviar sus penas. Los objetos que se presentaban á

su vista, hacian mas vivos sus dolores. Al ver los viejos árboles que daban sombre á la tumba de su Padre, agitados por el viento de la mañana, sintió no estar al lado de Fitzalan, descansando con él bajo un mismo abrigo.

Ella apartó de allí sus ojos con un suspiro penetrante, que hizo impresion al hombre que marchaba delante. Él volvió la cabeza, y viéndola pálida y trémula le ofreció su brazo, cual ella aceptó, hallandose incapaz de sostenerse. Un pequeño barco que les esperaba á cerca media milla de Carberry-Castle, les condujo al navío, cuyo dueño dijo que iba á ponerse á la vela al momento. Amanda estuvo muy contenta de encontrar allí la muger del patron en el aposento, en donde habian preparado un desayuno para ella, servido con propiedad, y de él tomó un poco de pan y de té, oprimida como estaba de fatiga. Su compañera atribuyendo su abatimiento al temor de pasar el mar, le aseguró que el pasage seria corto, y le dijo que observase que se veian las montañas de Escocia alumbradas con los rayos del sol que nacia; pero este espectáculo no fijaba los ojos de Amanda tan

fuertemente como Carberry - Castle que le interesaba mas. Ella preguntó á la muger del patron, si creia que de la parte opuesta se podia ver Carberry-Castle. Le respondieron que no. Lo siento mucho, dijo tristemente Amanda.

Esta permaneció á la ventana del camarote miéntras pudo distinguir el castillo, y hasta que el mareo la obligó á ponerse en cama. La muger del patron la cuidó; y á las cuatro de la tarde llegaron á Port-Patrick. Amanda dijo al patron, que como no queria detenerse en posada alguna, le suplicaba le alquilase una silla que la condujese directamente á casa de Mistriss Macpherson. Todo esto fué ejecutado, y Amanda al desembarcarse montó en la silla acompañada de la dueña del barco que conocia muy bien la morada de Mistriss Macpherson. Esta vivia á unas cinco millas de Port-Patrick cerca de la costa. Ellas llegaron luego á una pequeña casa apartada, situada en medio de un campo casi todo cubierto de cardos, separada del camino por una pequeña pared que caia arruinada á poca distancia del mar, cuya costa en este sitio estaba llena de rocas, y el territorio de la circunferencia inculto y desierto.

El compañero de Amanda entró primero solo para preparar á Mistriss Macpherson, y volvió prontamente á decir á Amanda que era bien venida. Un paso estrecho conducia á una sala obscura, cuyo pavimiento era de tierra pisonada. Mistriss Macpherson estaba sentada en una grande y vieja silla de brazos; su cara estrecha y flaca, su estatura pequeña y como la de la vieja Beldame de Otway, doblada por la edad: su vestido era de un paño gris, y demasiado corto á pesar de la pequeñez de su talle; su delantal de tafetan negro era tambien corto, y sobre su pequeño gorro tenia un pañuelo atado al cuello. Ella solo hizo una señal con la cabeza á Amanda, y poniendo sobre su nariz un par de grandes anteojos la miró sin hablarla. Amanda presentó la carta de la superiora, y se sentó cerca de la ventana hasta que huvo leido toda la carta. Durante este tiempo llevaron su maleta. Al fin la vieja rompió el silencio con una voz tan flaca como su cara.

Hija mia, dijo ella, quitándose sus anteojos para hablar con mas comodidad, yo habia pedido á mi prima una jóven que pudiese ayudarme, pero no tan jó-

ven como vos pareceis. Bueno, dijo el hombre que conducia á Amanda, si este es un defecto, es de la naturaleza de aquellos que se corrigen todos los dias.

Sí, dijo la vieja, pero ella no se correjirá tan pronto para mí. Sin embargo, hija mia, como estais tan bien recomendada, yo os esperimentaré. Mi prima me dice que sois bien nacida, y que habeis tenido comodidades; pero os prevengo que no es menester pensar en lo que fuisteis, sino en lo que sois ahora. Yo espero de vos que seréis, arreglada, dulce, atenta, que no seréis remilgada, andariega ni parlera, sino sentada, sabia y modesta.

A fe mia, dijo el hombre, qué teneis sino mirarla? y leeréis en su cara que tiene todo lo que pedis. Sí, dijo la vieja, vos podeis creerlo así; pero sentiria juzgar de las personas por el semblante; pues muchas veces nos engaña. Así decidme, hija mia, en conciencia si creeis poder llenar mis intenciones.

Si señora, respondió Amanda, sufriendo mucho por su penosa y desagradable situacion. Estamos pues de acorde; pues que sabeis cual es el salario

que doy. El dueño del barco entónces se despidió sin que Mistriss Macpherson le ofreciese el menor refresco.

El corazon de Amanda se angustió al momento en que se vió precisada á vivir con un ser tan poco sociable, y en un sitio tan salvage y tan abandonado. Una chosa en la vencindad de Santa Catalina le habria parecido un palacio en comparacion de su actual habitacion; pues allí habria tenido la sociedad consoladora de las buenas religiosas. La presencia del dueño del barco que manifestaba compasion é interes por ella, la habia sostenido hasta entónces; pero luego que salió del aposento, se deshizo en lágrimas acompañándole, como si solo entónces hubiese comenzado el abandono en que habia caido. Ella salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole la mano: presentad mi amistad, mi tierna amistad á Mistriss Dermont, y decidle, os ruego, que me escriba en seguida dándome algun consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dijo este hombre bizarro; pero calmaos, querida jóven; pues aunque la vieja sea un poco seca, se endulzará sin duda con vos. El cielo os bendiga, y os haga tan feliz como mereceis!

Amanda triste y pensativa volvió á entrar en la sala, y desde la ventana siguió aun con la vista el carruage que la habia conducido á esta triste mansion.

FIN DEL TOMO IV.